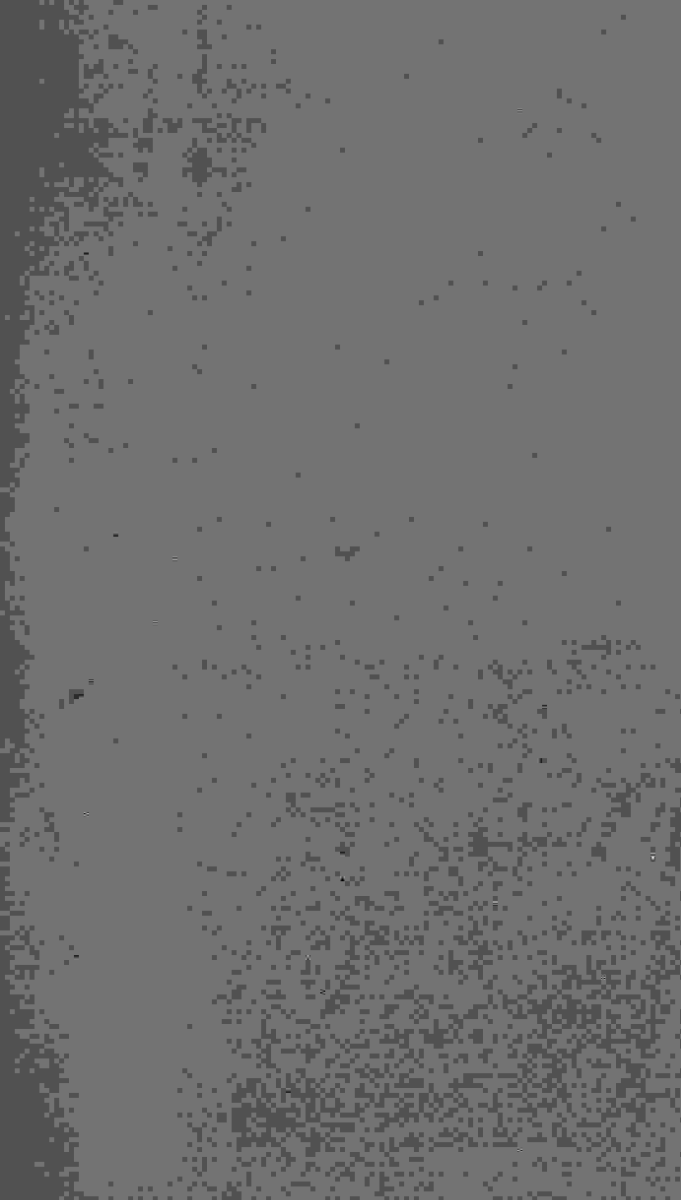
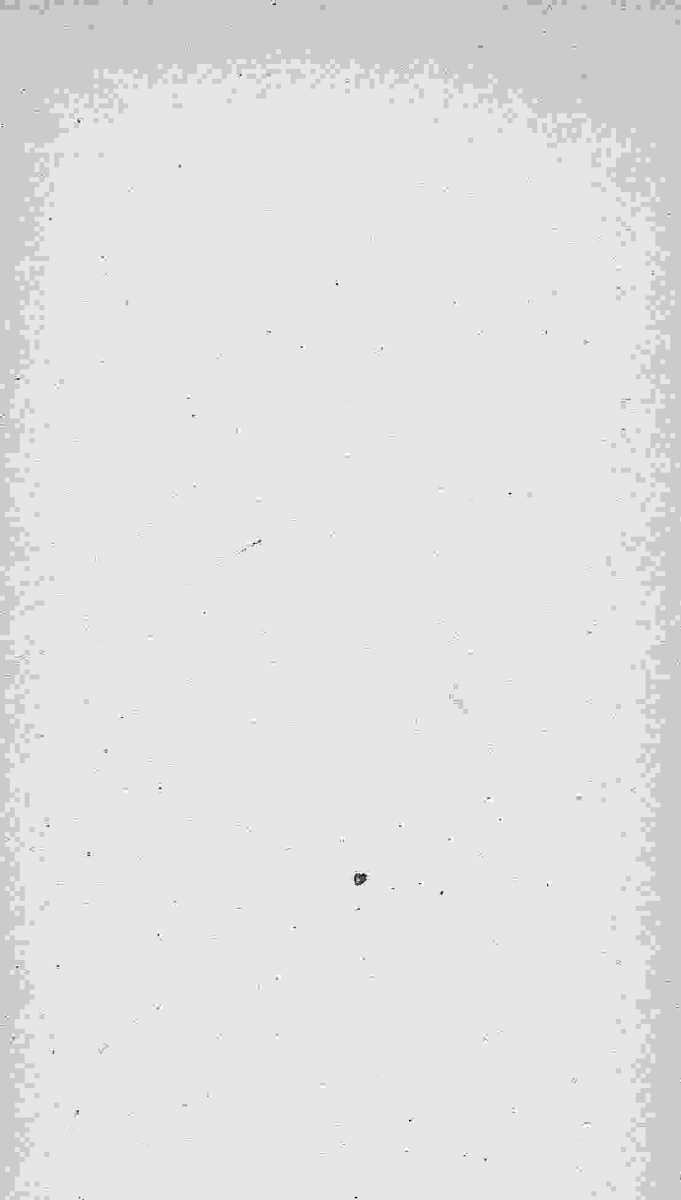








8³-20-5

157 206-10

3187

A mi querisimo amigo el inteligente
murmurativo D. Adolfo Herrera,

J. de Dios de la Rosa
y Delgado



Handwritten text in a cursive script, likely a letter or document. The text is written on a piece of paper with a faint, repeating pattern of small, dark, stylized floral or geometric motifs. The handwriting is dense and fills most of the page. The paper appears aged and slightly discolored. The text is written in a dark ink, possibly black or dark brown. The overall appearance is that of a historical document or a personal letter from the 18th or 19th century.

VIAJE DE SS. MM.

LOS

REYES DE ESPAÑA

Á PORTUGAL

VIAJE DE SS. MM.
LOS
REYES DE ESPAÑA
Á PORTUGAL

EN EL MES DE ENERO DE 1882

ESCRITO POR

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO

Individuo de número de las Reales Academias
de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando



MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1883

Á

S. M. EL REY D. ALFONSO XII.

SEÑOR:

Honrado por V. M. con el encargo de escribir un libro que conservase la memoria de la visita de V. M. y de su augusta esposa al vecino reino de Portugal, he vacilado mucho antes de tomar la pluma, pues sobre las dificultades que siempre ofrecen libros de este género, concurre para el presente la circunstancia de la brevedad del viaje, que apenas dejaba tiempo para tomar las necesarias notas, y menos para estudiar el país en cualquiera de los diversos aspectos que puede considerarlo el viajero. Así, este libro no podrá tener la extensión que yo desearía, quedando casi limitado á ser la narración verídica de las manifestaciones de afecto y verdadera amistad con que las monarcas y



el pueblo portugueses han acogido á VV. MM., demostrando con ellas la unión que debe existir entre dos países, hermanos en origen, en historia, en sufrimientos y en gloriosos recuerdos.

Alguna vez, sin embargo, he mezclado en la narración noticias, datos y aún juicios críticos que le den más variedad, y de los cuales no he creído debiera prescindir, tratándose de un libro dedicado á V. M., cuya ilustración exige algo más que sencillas descripciones de aquellos inolvidables festejos.

Ignoro y temo si habré acertado en el plan y en el desempeño de mi obra, pero me anima la indulgencia de V. M., que encontrará en el buen propósito benévola disculpa á los defectos.

SEÑOR:

A L. R. P. DE V. M.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

VIAJE DE SS. MM.

Á PORTUGAL



CAPÍTULO I.

DE MADRID Á LISBOA.

I.

Momentos antes de las dos de la tarde del día 9 de Enero de 1882, llegaban SS. MM. á la suntuosa y nueva estación del ferro-carril de Madrid á Cáceres y Portugal, donde las esperaban los Ministros, autoridades, altos dignatarios de Palacio y una multitud entusiasta, que había acudido á saludar con su demostración de leal afecto á los augustos viajeros. A las dos en punto púsose en movimiento el tren, que avanzó majestuosamente entre los acordes de la marcha real y los vítores de aquella entusiasta multitud,

á la que saludaban, agradecidos los monarcas, desde las ventanillas de su coche-salón, mientras lo permitía la distancia ⁽¹⁾.

Apenas había trascurrido media hora lle-

(1) Componían la regia comitiva, como de la alta servidumbre de Palacio, las damas, Excmá. Sra. Marquesa de Santa Cruz, Camarera mayor de S. M. la Reina, y Excmá. Sra. Marquesa de Molins; el Excmo. Sr. Marqués de Alcañices, Jefe superior de Palacio; el Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz, Mayordomo mayor de S. M. la Reina; el Gentil-hombre, Grande de España, Duque de Medina-Sidonia; el Montero mayor de S. M., Excmo. Sr. Conde de Villapaterna; el Excmo. Sr. Conde de Morphy, Secretario particular de Su Majestad el Rey; el Excmo. Sr. Teniente General, Marqués del Serrallo, Comandante General de Alabarderos; los Excmos. Señores Generales ayudantes de S. M., D. Emilio Terreros, D. Gaspar Gofi y D. Enrique Barges; los Ayudantes de órdenes, el Coronel de Estado Mayor D. Luis de Miguel, y el Capitán de fragata D. Camilo Arana; el Excmo. Sr. Conde de Sepúlveda, Inspector general de gastos de la Real Casa; los Doctores, Excmo. Sr. D. Laureano Camisón, Médico de S. M. el Rey, y Sr. D. Teodoro Riedel, de S. M. la Reina, y el autor de este libro.

El Gobierno llevaba su representación en el Presidente del Consejo de Ministros, Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta; el Ministro de Estado, Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo; el Subsecretario de la Presidencia, Excmo. Sr. D. Eduardo León y Llerena, y el Director general de Obras públicas, Excmo. Sr. Don Eusebio Page.

También acompañó á S. M. desde Madrid el Ministro de Portugal D. Juan d'Andrade Corvo, con el Secretario de legación señor D. David Cohen.

gaban á Leganés; y pasados otros treinta minutos á Griñón, cuyas fértiles huertas, á pesar de encontrarnos en lo más riguroso del invierno, presentaban pintoresco aspecto. A las cuatro y cuarenta y cinco deteníase nuevamente en Torrijos, villa de la provincia de Toledo, que conserva restos de sus antiguas murallas; el notabilísimo palacio del Conde de Altamira, obra de gran mérito del siglo xvi, apenas conocida y menos estudiada, lo mismo que la Iglesia colegial fundada en 1510 por Doña Teresa Enríquez, Duquesa de Maqueda, grandioso templo de tres naves con hermoso coro de tallada sillería á la manera ojival; y los escasos restos de un convento de franciscanos, que, se dice, era exacta y bellísima copia del de San Juan de los Reyes de Toledo.

Mientras SS. MM. recibían á las autoridades, que como en las poblaciones anteriores habían acudido á presentarles el testimonio de su amor, recordábamos aquellos notables monumentos que desgraciadamen-



te apenas estudia algún extraviado *tourista*, como tantos otros que se encuentran abandonados en poblaciones secundarias de nuestra patria.

Poco después volvía el tren real á seguir su interrumpida marcha en demanda de Talavera, ciudad cuyo nombre evoca un mundo de recuerdos, en la mente del arqueólogo y del historiador; no sin que antes de llegar á ella, el de la estación de Illán-Cebolla, por la que pasó el tren sin detenerse, trajese á la memoria su célebre Castillo de los Templarios, dependiente de la Baylía de Montalbán, donde gloriosas escenas contra los musulmanes, y trágicas contra los mismos caballeros que lo guarnecían, tuvieron lugar, y dejan todavía ancho campo á la exploración de la crítica (1).

Situada Talavera en la confluencia del Alberche y el Tajo, allí comenzaban los

(1) Pueden consultarse, acerca de este punto, las actas hasta hace poco inéditas sobre el proceso de los templarios de León y Castilla, que acaba de publicar con nutridos comentarios el docto Académico de la Historia D. Fidel Fita. (S. I.)

confines de la antigua Lusitania, partiendo límites con la Carpetania, según ha demostrado recientemente el mismo académico que acabamos de citar. Allí estuvo la lusitana Cesaróbriga, ó ciudad de César, nombre con que los romanos, adoptando para componerle una palabra de origen septentrional, muy común en los antiguos nombres geográficos de nuestra patria, pretendieron borrar, adulando al César, el antiguo é indígena de Talabaira, de origen marcadamente céltico, atribución demostrada con la lectura de fehacientes inscripciones por el mismo docto jesuita. Allí, al otro lado del Tajo, se divisan las ruinas de Lorvida (Iturbida de Ptolomeo), donde fué hallado hace pocos años un magnífico sepulcro cristiano del siglo III al IV, entre los restos de un templo visigodo, en el que le conservaría la ilustrada piedad de la Iglesia, á cuya solicitud tanto debió la ciencia y el arte en todas épocas. Si los escasos minutos que en aquel paraje se detenía el tren hubieran po-

dido tornarse en breves horas, habrían podido visitar SS. MM. el triple recinto de las antiguas murallas de Talavera, que en el primero conservan marcados restos de la época romana á que pertenece, y cuya puerta, llamada de Mérida, destruyóse en mal hora con sensible acuerdo de docta Corporación artística, triste fin de que también está amenazada la puerta de San Pedro, y las mudejares del segundo recinto, así como los restos que subsisten del tercero levantado en el siglo xv. Hubiesen podido visitar también las ruinas del alcázar de Alfonso VII; y la iglesia latino-bizantina de Santiago el Menor; y la mudejar de Santiago; y la preciosa iglesia ojival de Santa María la Mayor; y la magnífica del Renacimiento del antiguo monasterio de monjes jerónimos, convertida hoy en fábrica de fósforos; y hubieran podido ver como nuevo testimonio de la existencia de aquella ciudad en la época visigoda, la inscripción de Litorio del año 510, que se fijó por orden

del Cardenal Jiménez de Cisneros en la ermita de Nuestra Señora del Prado, así como un anillo de plata de Recaredo, que se conserva en poder de D. Luis Jiménez, una de las personas más ilustradas de Talavera.

La vista de aquellos edificios evocaba también el recuerdo del concilio toledano XII, interpretado por el célebre arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada, en el que trató el rey Vamba de elevar á Talavera á ciudad episcopal, condición que alcanzó en la época mozárabe del siglo IX, según lo demuestra el código de San Millán de la Cogolla; y un episodio de la historia musulmica, en el que Tarik trató duramente á su lugar-teniente Muza por haber desobedecido sus órdenes (1).

(1) Según la narración de *Ajbar Machmúa* (colección de obras arábigas de Historia y Geografía que publica la Real Academia de la Historia), «A fines de Xawel (fin de Julio de 713) salió Muça de Mérida para Toledo, y apenas supo Tarik su próxima llegada, salió á recibirle para ofrecerle sus respetos, y le encontró en el distrito de Talavera **طليرة** en un lugar llamado **باد** (¿Baído?). Al divisarle, apeóse de su caballo, y Muça le dió con su látigo un golpe

Aquel ameno valle, con sus huertos de limoneros y naranjos, traía también á la memoria el recuerdo de célebres batallas que tuvieron con sangre de españoles y de extranjeros las aguas del Tajo, como punto de grande importancia militar para la interesantísima línea de este rio en todos tiempos, desde la acometida de Ramiro á Talavera en 949 y su conquista definitiva por Alfonso VI en 1082, hasta la gloriosa batalla del 27 de Julio de 1809, en que el ejército francés al mando del mismo José Bonaparte, tuvo que retirarse vencido ante el empuje del ejército español.

Más pacíficas memorias despertaban las moreras de sus huertos, elocuente testimonio de la industria sedera que allí se cultivaba, y que tanto protegió Fernando VI, y

en la cabeza, reprendiéndole agriamente por lo que había hecho contra su parecer, y llegado á Toledo le dijo: Preséntame todo el botín que hayas recogido y la mesa. (Se refiere á la célebre mesa llamada de Salomón). Presentóla en efecto, falta de un pié, que le había arrancado, y como le preguntase Muça que dónde estaba, respondió: Nada sé; la encontré de esa manera. Muça mandó que se le hiciera un pié de oro y una caja de hojas de palma, dentro de la cual fué colocada.»

sus viñedos amenísimos y frondosos olivares celebrados en las crónicas árabes, que le valieron el renombre de *locus olivarum* con que la designa un diploma de Alfonso VI ⁽¹⁾.

Pero el estridente silbido de la locomotora, nos arranca del mundo de los recuerdos para llevarnos al de la realidad, permitiéndonos apenas pronunciar los nombres del célebre Fray Hernando de Talavera, confesor de la Reina Católica; del Obispo de Zamora, D. Juan de Meneses; del historiador Juan de Mariana; del Cardenal García de Loaysa, y de tantos otros distinguidos hijos de aquella ciudad, que ilustran con su nombre la historia de la antigua Talabaira.

De Talavera siguió el tren su marcha hacia Navalморal, sin detenerse en la Calera, célebre por sus arcillas cerámicas, que surtían el barrio entero de los Alfares de Talavera, donde se labraban los diversos ob-

(1) Su fecha 3 de Febrero de 1095.—Libro de Privilegios de la Santa Iglesia de Toledo, fol. 6.^o (Archivo Histórico Nacional.)

jetos que tanta estima alcanzan entre los amantes de esta artística industria; ni en Oropesa, renombrada por su castillo é inscripciones romanas, y no menos por ser patria del Beato Alfonso de Orozco, recientemente elevado á los altares por la santidad de León XIII, y cuya vida ha ilustrado magistralmente el agustino P. Cámara, con tanta justicia presentado para la silla episcopal de Madrid.

A las siete y cuarenta y siete minutos de la noche llegaba el tren á Navalmoral, villa fertilizada por el Tietar en la provincia de Cáceres, y no lejos de las ruinas llamadas de Talavera la Vieja, que nunca pertenecieron á esta ciudad, sino á otra cuyo nombre es completamente desconocido; y pasando después por la estación de La Bazagona, á las nueve y cuarenta y siete minutos se detenía en Plasencia, la antigua y céltibera Ambracia de los Vettones ⁽¹⁾, que ro-

(1) «*In loco, qui antiquitus vocabatur AMBROZ, urbem aedifico, qui Placentia ut Deo placeat et hominibus, nomen imposui.*» Pri-

deada por el Jerte, y situada al pié de la sierra de Béjar, viene á ser el término de los valles que forman la célebre Vera de Plasencia, compuesta de valles fertilísimos, ricos de agua, y por lo tanto de exuberante vegetación, en cuyo centro se halla enclavado el célebre monasterio de Yuste, que inmortalizó la gran figura del emperador Carlos V, el cual, después de haber triunfado de todos sus enemigos, quiso alcanzar la mayor de sus victorias vencién dose á sí mismo.

El antiguo nombre de Ambracia quedó mudado por el de Plasencia, que se originó de la frase del vencedor de las Navas al reedificarla cerca de terminar el siglo XII, *ut Deo placeat*.

privilegio de Alfonso VII (8 de Mayo de 1189), publicado por Fray Alonso Fernández en la *Historia y Anales de la ciudad de Plasencia*. La sierra ó puerto de Béjar llamábase también *saltus Ambraciensis*, y de allí nació el río *Ambroz*, nombre que según dicho privilegio tenía también la ciudad.

Son curiosísimas unas pizarras con extrañas inscripciones, que cerca de Plasencia se han encontrado y que no son más que anotaciones legionarias, como ha demostrado el mismo epigrafista español, P. Fita.

Los amantes del arte tienen en la catedral de aquella ciudad, obra de fines del siglo xv, aunque terminada en más recientes épocas, una admirable sillería debida al célebre escultor Rodrigo Alemán.

La oscuridad de la noche no nos dejó ver la también famosa Vera de Coria, rodeada por el Alagón, que espera la despertar de su letargo de siglos, fecundándola con canales de riego, la vara mágica de la actividad y del trabajo; ni casi la estación de Mirabel construida entre los modestos huertos de la aldea de su nombre; ni su famoso castillo fundado por Alfonso IX en 1186 para perderle después, hasta que Fernando III lo reconquistó en 1240, castillo al pié del cual pasa la línea férrea; ni las profundas sinuosidades del Zapatero en que entra la línea cruzando los prados y dehesas de Mirabel; ni los naranjos y limoneros de Casas de Millán y de Cañaveral de las Limas; ni el atrevido puente de hierro sobre el Tajo, de 365 metros de largo por

20 de elevación sobre las aguas, que se levanta después de haber pasado la estación de Cañaveral y de cruzar dos veces la carretera de Salamanca; ni los dos grandes abismos, formados, el de la derecha por el río Araya, y el de la izquierda por el Almonte, que impidiendo desarrollar el trazado obligaron á buscar una curva que permite subir 170 metros en solos nueve kilómetros, y que va ganando la altura hasta ofrecer á los ojos sorprendidos del viajero el panorama completo del Tajo, del puente y de la línea, obra admirable en que han demostrado una vez más los ingenieros españoles su pericia y atrevimiento para luchar con las dificultades que ofrece nuestro abrupto suelo, y vencerlas sometiéndole con estrechas cintas de hierro.

Atravesando después una gran llanura por medio de un terreno desierto, como tantos otros de España, que esperan población y cultivo, llegamos á la estación de Casar, pueblo que le da nombre pero que se en-

cuentra distante de ella; y luego al Arroyo del Puerco, uno de los más ricos de la provincia de Cáceres, y cuyo calificativo toma origen de varios monumentos que allí abundan, y que demuestran el celticismo de la antigua gente que poblaba aquellas comarcas. En él, en sus cercanías, en toda aquella región, abundan unos grandes cerdos ó jabalíes de piedra, como los que se encuentran en Avila y Segovia, labrados tosca pero intencionalmente, de manera que no puede dudarse cuál sea el animal que representan, lo mismo por sus líneas generales que por sus detalles; piedras probablemente terminales que, siendo el símbolo de la raza céltica el cerdo ó jabalí, demuestran la procedencia de aquellos antiguos pueblos, además confirmada con curiosísimas inscripciones encontradas también en el mismo Arroyo del Puerco ó en sus cercanías, escritas con caracteres latinos, pero en lengua de origen céltico, las cuales no han podido ser interpretadas, á pesar de los esfuerzos hechos

para conseguirlo por sabios lingüistas y anticuarios (1).

El monte de encinas á cuya falda se encuentra el pueblo, recuerda también los antiguos y misteriosos bosques drúidicos. La encina representa para esta región el carácter tradicional de su riqueza, así como el corcho que también abunda, y que si se abriesen fáciles vías de comunicación interior, elevarían considerablemente el nivel de su industria.

En los cortos minutos que paró el tren delante de Arroyo para recibir SS. MM. las felicitaciones de las Autoridades y de la población entera, que como en los demás pueblos del tránsito acudían á victorear á sus Reyes, veíase brillando sobre la masa oscura de las casas, la muestra iluminada del reloj de su iglesia, á que los habitantes de la comarca llaman *el faro*, y que re-

(1) Pueden verse en las páginas 161 y 162 de la importante obra titulada *Restos de la declinación céltica y celtibérica de algunas lápidas españolas*, por el ya citado D. Fidel Fita.

vela un grado de adelanto y de cultura superior á la de otros pueblos de aquel territorio.

Desde la estación de Arroyo siguió el tren hacia el O., apartándose del corto ramal que une aquella estación con Cáceres, la antigua Norba Cesárea, flanqueada de los campamentos romanos Castra Servilia y Castra Cecilia, cuyo estudio ha valido de toda la prensa europea tan merecidos plácemes al sabio anticuario de la Academia de la Historia, D. Aureliano Fernández Guerra. Llegó después al magnífico puente de 75 metros de largo por 32 de alto, que sobre el río Salor, afluente también del Tajo, ha levantado la ciencia humana, y atravesando luego difíciles desmontes, entraba en la célebre Sierra de San Pedro, que aunque completamente despoblada, encierra gérmenes de gran riqueza, si se cultivaran sus fértiles valles; y después de cruzarla á media ladera se detenía en la estación de Herreruela, que sirve al pequeño pueblo de

este nombre y á los cercanos de Membrio y Salorino.

En vano pasada esta estación, y al comprender que nos acercábamos á territorio portugués, buscaban las ávidas miradas á la izquierda del camino el hermoso castillo de Alburquerque, defensa de la patria española por aquella parte durante largos siglos. La oscuridad lo envolvía todo con su densa sombra, ocultando también las altivas é inexpugnables rocas que por la parte de San Vicente se levantan, como naturales fortalezas que protegen la frontera española.

Minutos después los acordes de la marcha real, profusión de luces y calorosas aclamaciones, nos indicaron que el tren llegaba á otra estación, que era la de Valencia de Alcántara, villa y plaza de armas con fortísimo castillo, cuyo nombre evoca recuerdos de luchas fraticidas entre pueblos hermanos como España y Portugal, luchas por fortuna terminadas para siempre por el mutuo afecto y sincera estima, segura base

de grandes adelantos para ambas naciones.

Así, cuando el Rey de España llegaba á la frontera de sus estados, para devolver afectuoso la visita que en el año anterior le hiciera el de Portugal, al inaugurarse la nueva línea férrea que acerca y une más cada día las capitales de ambos reinos, olvidábamos los terribles días porque pasó aquella villa en los años de 1664 y 1705, á consecuencia de las guerras que entonces sosteníamos con Portugal, para recordar mejor su antigua historia, viéndola contribuir en la época romana á la importante obra del célebre puente de Alcántara, más tarde en el siglo XIII conquistada á la morisma por el maestre D. Nuño Fernández, que la unió á la orden de Alcántara, hasta que á fines del XV fué enajenada por la misma pasando á la corona; y para contemplar con verdadero placer sus bien cultivados campos, que demuestran la actividad y energía de sus pobladores, la carretera de primer orden que facilita su comercio, y la línea férrea

que enlazándola con los importantes pueblos portugueses de Portalegre y Castello da Vide, han convertido aquel antiguo teatro de guerra y de matanza, en fecundo ventero de las hermosas conquistas del trabajo y de la paz.

II.

Son las cuatro de la mañana, y el tren real entra en los confines portugueses. Estamos en el territorio que debe su nombre de Lusitania á los antiguos lusos, pobladores del N. del Tajo, mientras los celtas ocupaban el S. del mismo rio y el N. del Duero, de modo que los lusos quedaban entre ambas caudalosas corrientes, según testimonio de Plinio. Si ocasión fuera ésta de entrar en importantes disquisiciones históricas, recordaríamos la opinión de Varrón sobre los lusos prosélitos del fenicio Baco, personaje mítico que apenas conocemos más que por su última y grosera manifestación del vulgo romano, pero que encie-

rra el simbolismo de antiguas emigraciones de la raza humana en su fuerza expansiva sobre la superficie de la tierra.

Pudiéramos aducir como comprobante de aquella procedencia africana de los antiguos lusos, la circunstancia de figurar la misma simbólica divinidad en monedas mauritanas, y la omonimia de ríos, como el Anas, llamado después por los árabes río Guadiana, con el Anas del Periplo de Scylax en el cabo Blanco sobre el Océano, y la de Lix (Larache) con Olisipo (Lisboa), concluyendo que los lusos parecen ser libios que ocuparon toda la costa occidental desde el Duero abajo, y que invadidos por los celtas, como al Norte de la Península lo fueron los iberos, dieron origen á la raza libio-celta que (constreñida al Sur por los cyne-tes, ó fenicios) pobló aquel territorio.

Observaciones étnicas ó etnológicas pudieran también confirmar nuestro juicio, pues mientras los habitantes de la provincia de Beira conservan el tipo de cráneo dolico-

céfalo, ojos negros rasgados, y al mismo tiempo nariz fina, labios delgados, tez clara y alta estatura, con marcada afición á cubrirse de joyas y preseas, recordando á los *celtas viejos* ó *célticos veteres* de Plinio; en otros diferentes parajes, sobre todo en las costas más al E.S., se encuentran los de pequeña estatura, piel atezada, nariz corta, labios gruesos y pelo crespo, que traen á la memoria la raza africana, y hacen pensar en los antiguos lusos de origen líbico, los cuales, como es sabido, pasaron impulsados por la conquista de los hijos del Lacio á la izquierda del Tajo, y dieron su nombre á la tercera de las provincias romanas españolas.

Inscripciones halladas en Corao, cerca de Viseo, nos presentarían en el idioma en que están escritas, aunque hoy todavía por interpretar cumplidamente, mezcla también de líbico y celta ⁽¹⁾, así como la fonología del idioma portugués, separándose de su

(1) Puede verse la citada obra sobre la declinación celta y celtibérica, del citado P. Fita.

afín el gallego por la nasalidad, la mayor abundancia de sibilantes y mayor oscuridad de las vocales, distinción que parece provenir del antiguo idioma lusitano, en cuyas inscripciones los vocablos célticos afectan la intercalación de la *n*, letra nasal, delante de las guturales ⁽¹⁾. Todas estas difíciles investigaciones que necesitan confirmación y que se han empezado á hacer recientemente, como lo demuestra el importante Congreso internacional de Lisboa de 1880, no podían menos de recordarse al entrar en territorio portugués, y acudieron á la memoria del regio viajero, que en su alta ilustración bien las conoce; pero la rapidez de la marcha y la necesidad de dedicarse á las ineludibles atenciones de lo presente, hicieron que dejara alejarse lo pasado envuelto en la densa nube de las ruinas, para recibir al nuevo día que á buen andar se acercaba.

(1) Por ejemplo *Tongiús*, *Tangeta*, *Tongetamus*, *Tongobria*, *Tongobrigeses*, cuyo radical es el céltico *tog* (pueblo, hueste).

El natural retraso que en la marcha del tren produjeron las detenciones que en los pueblos del tránsito sufría, para responder, como nuestros monarcas saben hacerlo, á las demostraciones de amor con que en todas partes eran acogidos, fué causa de que no llegase á la estación de Marvão hasta más de las cinco de la madrugada del día 10, estación donde ya hicieron los honores de ordenanza fuerzas de infantería y artillería portuguesas, tocando sus bandas la marcha real española. Las autoridades locales esperaban también en aquel pueblo fronterizo, así como el personal superior de la compañía real de los ferro-carriles portugueses, que siguió de allí en adelante en el tren real.

De Marvão continuó éste su marcha pasando por las estaciones del importante pueblo ya mencionado Castello de Vide, Peso de Regoa, que puede considerarse como el centro del comercio de vinos del Alto Duero, Torres de Vargens y Abrantes,

población y plaza fuerte que se eleva á la orilla derecha del Tajo, y que está considerada por su importante posición como uno de los principales baluartes del territorio portugués. Era ya cerca de las ocho del día 10, cuando llegamos á este punto, por lo que la tibia luz de una hermosa mañana de invierno permitía gozar la bellísima perspectiva que ofrece aquella ciudad, edificada sobre una colina rodeada de olivares y de frondosos jardines, sobre los que se destacaban los altos chapiteles de sus cuatro iglesias, sobresaliendo entre ellas la de San Vicente, considerada con razón como una de las mayores y más importantes del reino de Portugal. Abrantes, con su activo comercio de trigos, vinos, aguardientes, aceites y excelentes frutas, borró bien pronto las terribles huellas de la guerra en que lucharon juntas por su independencia contra la invasora Francia, España y Portugal; considerando á aquella villa de tanta importancia Napoleón, que dió el título de Duque de

Abrantes al mariscal Junot, al conferirle el Gobierno general del territorio portugués; todo lo cual no fué bastante para impedir que tuviera que aceptar la capitulación de Cintra, y que el ejército francés abandonase á Portugal. A la vista de aquella población y de aquellos hermosos campos, al recuerdo de aquel título nobiliario francés, no podían quedar sumidas en la sima del olvido las grandes memorias de aquella épica guerra, en que lucharon como hermanos los dos reinos tan á deshora y sin razón invadidos; lucha en que los portugueses en las hermosas riberas del Tajo, como los españoles en todas las comarcas de su territorio, combatieron con un heroismo tanto más grande, cuanto el enemigo parecía más invencible; lucha de todas las horas y de todos los lugares, en la que no había recurso á que no se acudiera como llevase al fin apetecido; en la que para exterminar á los enemigos hasta se envenenaban el vino y el agua, pero bebiendo antes los indomables defenso-

res de la independencia, con una grandeza de alma que no se encuentra igual en los anales del mundo; guerra sin cuartel en la que no había diferencias de sexos ni de edades, que á todos los hacía igualmente poderosos el impulso que les animaba, y que en vano trataran de estudiar para imitarla otras naciones que se creen más adelantadas en el difícil arte de la guerra, pero á las que domina sensual egoismo, porque todo su secreto estriba en el alto sentimiento del santo amor de la patria, que tiene por ineludibles condiciones la fé, la abnegación y el sacrificio.

Otros títulos nobiliarios llevan el nombre de Abrantes, como ducado en España, como marquesado en Portugal, donde su poseedor, á principios de este siglo, y en aquella gloriosa guerra de la Independencia, trabajó tan activamente contra los franceses, que Napoleón acabó por tenerle prisionero y en rehenes hasta la terminación de la lucha.

Los hermosos campos por donde el tren

continuaba su rápida marcha, claramente revelaban que nos hallábamos en la Extremadura portuguesa, espléndida comarca, con razón llamada el cuerno de la abundancia de aquel reino; pero bien pronto gloriosos recuerdos y hermosas perspectivas cedieron su puesto á otras animadas sensaciones, pues llegábamos al *Entrocamento*, lugar donde confluyen las dos líneas férreas á cinco kilómetros de Torres Novas, y donde ya esperaban á los augustos viajeros, el Presidente del Consejo de Ministros de Portugal, Excmo. Sr. D. Antonio María de Fontes Pereira de Mello, y los Ministros Excmos. Sres. D. Antonio de Serpa Pimentel y D. Ernesto Rodolfo Hintze Ribeiro; el Ministro de España en Portugal, nuestro profundo é intencionado escritor y académico, Excmo. Sr. D. Juan Valera, con el personal de la embajada; y en cuya estación, que adornaban vistosas colgaduras y banderas con los colores de España y Portugal, hicieron también los honores militares fuer-

zas de infantería y artillería portuguesas, á los acordes de la marcha real española.

En las salas de la estación estaba preparado un espléndido almuerzo, que aceptaron SS. MM., ocupando después nuevamente los carruajes para llegar á Lisboa á la hora convenida de la una de la tarde, y que no tuvieran que esperar ni un momento SS. MM. FF.

El aspecto que desde aquel punto presentaban los tres magníficos coches salones del tren real, era verdaderamente deslumbrador, pues el Rey, la Reina, las damas, los personajes portugueses y españoles, vestían lujosos trajes ó ricos uniformes, habiendo estrenado en aquel día el monarca español y sus ayudantes el nuevo que acababa de aprobarse para los oficiales generales de España. Portugueses y españoles conversaban con abierta expansión acerca del verdadero placer que unos y otros sentían por aquella regia visita, nueva prueba de amor entre ambos pueblos, retratándose en el

semblante de todos la inmensa satisfacción que les animaba.

A las diez llegaba el tren á Santarem, y los acordes de la marcha real, los disparos de voladores, las aclamaciones de la multitud, que se agolpaba en la estación, vistosamente engalanada, apenas permitían recordar que aquella ciudad defendida por vetustos muros, torres y fortalezas, con claros vestigios de la época romana y de la Edad media, fué la antigua y opulenta Scababis ó Praesidium Julium, centro del comercio romano de la Lusitania; ni las inscripciones y monumentos que en ella ó en sus cercanías se conservan; ni que por allí pasaba la vía militar romana que iba de Lisboa (Olisippo) á Mérida (Emerita), vía de que todavía alcanzó á ver restos de un puente el pintor y arquitecto Francisco de Holanda; aunque no fueran bastantes para que se olvidara la triste y piadosa memoria de la mártir cristiana del siglo VII, Santa Irene, de cuyo nombre se cree provenga el de San-

tarem. Aquella capital de distrito y silla del seminario patriarcal, antigua corte portuguesa desde Alfonso III, que la concedió grandes privilegios al mediar el siglo XIII, hasta Juan I, y que conserva como recuerdo de su importancia el primer puesto en Cortes, extremó sus atentas demostraciones de respeto á los reyes de España, representada por sus autoridades y principales personajes, así como por las clases todas de la población, que rodeaban el tren real.

Pasando éste despues por las estaciones de Santa Ana; Carrégado; Villafranca de Xira, célebre por sus caballos; Alhandra, desde donde la vista se dilata por la encantadora perspectiva que ofrecen las islas que forma el Tajo en la gran rada que precede á Lisboa; Povoá; la pintoresca Sacavem; la fértil Olivaes, y la Aldea de Poço do Bispo, en todas las cuales, excepto en Santa Ana, ya no pudo detenerse el tren, á la una de la tarde en punto, como estaba marcado, llegaba á Lisboa.

CAPÍTULO II.

RECEPCIÓN EN LISBOA EL DÍA 10.—LISBOA.
—GRAN COMIDA EN EL PALACIO DE AJUDA.

I.

La magnífica estación del ferro-carril estaba profusamente adornada con banderas y trofeos, en que aparecían mezclados los colores de ambas naciones, y los escudos de los Reyes de Portugal, España, Italia y Austria, estos últimos con galante acuerdo, por ser los de las respectivas patrias de las Reinas de Portugal y de España. En uno de los extremos de los anchos andenes estaba la música de la Guardia Municipal, y á uno y otro lado cuatro órdenes de sillas ocupadas por elegantes damas, lo mismo que las ventanas del edificio. En el punto donde había

de detenerse el tren se agrupaban las personas especialmente convidadas para asistir á la recepción, entre las que se veían las Cámaras municipales de Lisboa y de Belén, el cuerpo diplomático, autoridades civiles, eclesiásticas y militares, oficialidad de ejército y marina, y distinguidos periodistas portugueses y españoles.

La extensa sala de descanso estaba ricamente adornada con suntuoso mobiliario y grandes ramos de flores y jarrones de plantas vivas, que hacían olvidar con sus primaverales perfumes y frondosas hojas la estación invernal.

S. M. F. el Rey D. Luis, el Rey D. Fernando y el Príncipe real D. Carlos, esperaban allí desde un cuarto de hora antes de la llegada del tren, rodeados, además de los altos dignatarios de Palacio y ayudantes de servicio, de pares, diputados, personajes de la corte, generales de tierra y mar, y gran número de españoles.

A la llegada del tren, que avanzó lenta-

mente llevado por la máquina núm. 45, cuyo frente adornaba vistoso trofeo de banderas portuguesas y españolas, la corbeta *Bartholomeu Dias* hizo los disparos de ordenanza, las músicas tocaron la marcha real, las señoras todas pusieron de pié saludando con sus pañuelos, y entre el confuso rumor de respetuosos saludos y vítores, descendieron los monarcas españoles del tren, siendo recibidos de la manera más afectuosa y galante por S. M. F. y por sus dignos padre é hijo.

El Rey D. Luis abrazó y besó al Rey de España, besó la mano de la Reina y la condujo del brazo á la sala de descanso, donde las hijas de una ilustre familia española ofrecieron á nuestros reyes preciosos ramos de camelias, y sus respetos á nuestros monarcas, presentados por el Rey D. Luis, los personajes de la corte portuguesa.

Después de breves minutos de descanso, ocuparon los Reyes los coches de gala.

Un escuadrón de lanceros de Víctor Manuel abría la marcha, además de los *mozos d'estribeira* y batidores, y seguían tres carruajes con altos dignatarios de las dos comitivas regias, otros cinco con las damas de ambas cortes, y el suntuoso coche llamado de la Corona, cuyo asiento de preferencia ocupaba la Reina Doña Cristina, teniendo á su lado al Rey D. Alfonso, y enfrente al Rey D. Luís y al Príncipe real. Cabalgaban á los lados el infante D. Augusto, jefe de la brigada de caballería, cuya fuerza formaba la escolta, compuesta de 100 caballos de lanceros de la Reina y del regimiento núm. 4, y el comandante de división, general Vizconde de Sagres.

Después iba en carruaje igualmente de gala, el Rey D. Fernando y su ayudante de campo, general Sousa de Pinto; y luego gran número de coches con la Embajada española, Ministros, Cámara municipal, Oficiales generales y demás comitiva.

En las calles formaban y cubrían la ca-

rrera tropas de la guarnición, cuyas músicas tocaban al pasar los Reyes nuestra marcha real.

Los Reyes de España fueron recibidos por el pueblo de Lisboa con las mayores pruebas de deferencia y con inequívocas muestras de respeto y de simpatía, aclamándoles galantemente en muchos puntos del tránsito, en unión de los Reyes de Portugal, como oímos, entre otros, en la rua Nova d'Alfandega y en Caes do Sodré.

El real cortejo, atravesando la ciudad de uno á otro extremo, pasaba por populosas y revueltas calles de la ciudad baja, donde se propagan más y con mayor éxito las doctrinas republicanas, por la zona de mayor población obrera, del Arsenal, de las fábricas de Aterro y de Alcántara; y, sin embargo, los regios viajeros, como los Reyes portugueses, encontraban en todos atentísima y cordial acogida.

A las tres de la tarde llegaban los Reyes á Belén, donde se les tenía preparado regio

alojamiento, entrando en aquel palacio por la puerta de los jardines, y siendo recibidos al pié de la escalera por la Reina Doña María Pía y por su hijo el Infante D. Alfonso. La Reina portuguesa abrazó y besó cariñosamente á la española, y el Rey D. Alfonso besó la mano de la portuguesa, subiendo después á los antiguos salones del histórico palacio, donde, después de haber conversado algún tiempo ambas familias, volvióse la real portuguesa á su palacio de Ajuda, y el Rey D. Fernando al suyo de las Necesidades.

En la noche de aquel día debía tener lugar en el palacio de Ajuda la magnífica comida oficial; y mientras SS. MM. dedicaban algún breve espacio de tiempo al descanso, los dependientes de palacio, con una actividad y una exactitud admirables, se ocupaban en colocar á todas las personas del séquito real en las lujosas habitaciones que de antemano les estaban preparadas, todas dentro del mismo palacio de Belén, repar-

tiéndose poco después las artísticas invitaciones para o *jantar* de aquella noche.

II.

Pero ni las naturales emociones de aquella afectuosísima recepción, ni el natural cansancio del camino, hacían olvidar al Rey de España los recuerdos históricos que aquella hermosa ciudad despertaba en su ilustrada inteligencia, después de haber admirado las indescriptibles perspectivas que por todas partes ofrece.

Edificada en anfiteatro á la orilla izquierda del Tajo, que allí confunde su caudalosa corriente con las ondas del Océano Atlántico, se extiende á lo largo de la bahía en una extensión de 10 á 12 kilómetros, y trepa por las pendientes de suaves aunque altas colinas, enmedio de prados y de jardines. Antiguas torres; vastos edificios; cúpulas esbeltas; alegres casas que reflejan la luz del sol en sus fachadas cubiertas de artísticos azu-

lejos; amplísimo puerto formado por la admirable ría con 12 kilómetros de anchura en muchos puntos, donde flotan sobre los aparejos de gallardos buques banderas de todas las naciones; verdes y extensas orillas cubiertas de caseríos que se destacan á lo lejos como blancas palomas paradas en sus frescas praderas; exuberante y florida vegetación por todas partes; atmósfera tibia y perfumada; y un sol espléndido, envolviéndolo todo en sus ondas de luz, Lisboa parece el sueño de un poeta oriental realizado por la naturaleza y por el arte.

Algunos viajeros han comparado el panorama que presenta Lisboa con el de Constantinópla; pero el que estas líneas escribe, que ha tenido también la fortuna de visitar la capital de Turquía, aunque encontrando más novedad en el conjunto de edificios de la reina del Bósforo, y cierto inexplicable atractivo en aquel agrupamiento de cúpulas, alminares, cementerios y harenes, halló más encantos naturales, más tran-

quila y seductora belleza en estas soñadoras orillas de la antigua corte de D. Juan II.

Dividida en cuatro cuarteles ó barrios, la Alfama, ó ciudad antigua; Rocío, ó la ciudad moderna; Alcántara, y Barrio Alto, tiene, sin embargo, una extensión desproporcionada á su población, lo cual es causa de que las distancias sean tan largas, que difícilmente podrían salvarse de continuo á no facilitarlas los numerosos coches de plaza, los tranvías, y los vaporcitos que recorren todo el Tajo delante de la ciudad hasta la torre de Belén, poniendo también en comunicación ambas orillas de la anchurosa ría. Pero la mucha superficie que ocupan los edificios con relación á sus habitantes, hace que éstos vivan más holgada é higiénicamente que en Madrid, donde, á semejanza de otras capitales de Europa, parece que los dueños de fincas urbanas quieren reproducir la fábula de los titanes escalando el cielo, tal vez persuadidos de que de otro modo acaso sea difícil que puedan alcanzarlo.

A consecuencia del terrible terremoto del pasado siglo, que redujo á ruinas casi toda la ciudad, Lisboa presenta el aspecto de una capital moderna, y tiene hermosas calles y plazas que pueden competir con las mejores de las primeras ciudades de Europa, tales como la *do Ouro, da Prata, do Chiado*, que recuerda nuestra Carrera de San Jerónimo y calle de Alcalá, por ser el paraje predilecto de lo que se ha dado en llamar mundo elegante, al fin de cuya *rua* se encuentra la moderna plaza del gran poeta portugués, Luis de Camoens, con su estatua en el centro, obra del escultor lusitano Víctor Bastos, inaugurada en 1867, estatua que se levanta de pié sobre un pedestal al que sirven de digno y apropiado ornato las del historiador Fernão Lopes; de Pedro Nunes, cosmógrafo; de los historiadores de las navegaciones portuguesas, Gomes Eannes de Azurara, João de Barros y Fernão Lopes de Castanheda; y de los poetas que cantaron los descubrimientos y conquistas de Portu-

gal, Vasco Mousinho de Quevedo, Jerónimo Corte Real y Francisco de Sa de Menezes, como si todos juntos se agrupasen para levantar la gran figura del

príncipe dos poetas de seu tempo.

Otras calles no menos extensas y de buen gusto en sus edificios, como en los lujosos establecimientos mercantiles que en ellas se encuentran, embellecen á Lisboa, así como entre sus numerosas plazas la magnífica do Commercio que mide una superficie de 112.000 metros, extenso rectángulo cuyo lado sur baña el Tajo, y cuyos otros tres lados están formados por los suntuosos y monumentales edificios de la Bolsa, la Aduana, los Ministerios, la Intendencia general de Marina, la estación central de Telégrafos, y otras dependencias de la Administración pública, revelando este acertado agrupamiento la previsión de un pueblo *práctico*, que de este modo ha logrado reunir cuanto para la marcha de los negocios pue-

de necesitar, facilitando con ello su expedida y pronta terminación. En el centro de esta gran plaza se eleva la colosal estatua ecuestre, fundida en bronce, del Rey reformista José I, obra del célebre escultor portugués Machado de Castro, vaciada en la fundición del ejército, é inaugurada en 1775, veinte años después del terremoto, y viviendo todavía el Rey á quien se dedicaba. Por seis gradas de piedra se sube á la plataforma que sustenta el pedestal, en el que grupos alegóricos recuerdan el poder del monarca triunfando de sus enemigos, la terrible catástrofe, y la generosidad regia auxiliada por el comercio y la arquitectura, para levantar de sus ruinas la destruida ciudad. En el centro del lado norte, un arco de triunfo de elevadas proporciones, aunque no del más depurado gusto arquitectónico, da paso á la hermosa rua Augusta, que con sus dos paralelas del Ouro y de la Prata, conducen á la plaza del Rocío ó de D. Pedro, menos grande que la del Comercio, y donde

se encuentra el célebre teatro de Doña María, construido en el mismo sitio que ocupó la antigua inquisición. En el centro de esta plaza se levanta una alta columna de mármol con un basamento que flanquean las estatuas de las cuatro virtudes cardinales, y sobre la columna, monumento erigido en el año de 1870, la estatua de D. Pedro IV fundida en bronce.

No lejos de esta plaza se encuentra la Sé, Catedral ó Basílica de Santa María, iglesia que por ventura conserva de sus primeras construcciones de estilo de transición y ojival, dos capillas á la entrada, las del ábside y el coro, habiéndose reedificado todo lo demás después del terrible terremoto con arreglo al gusto entonces predominante de la época de Luis XIV, restauración hecha con más afán de magnificencia que buen gusto. Siguiendo la costumbre portuguesa, que también lo ha sido española, muchos sitios de esta iglesia están cubiertos con placas de azulejos representando asuntos religio-

sos, y las notables rejas demuestran á qué altura llevaron los portugueses el trabajo del hierro, que tan importantes obras dejó también en otras catedrales de nuestra patria.

La de Lisboa recuerda los primeros tiempos de su conquista á los sarracenos, por Don Alfonso Henríquez; el establecimiento de su cabildo en 1150, y su calidad de sufragánea de la de Braga hasta el reinado de D. Juan I, que la elevó á la categoría de metropolitana, habiendo creado en ella la dignidad patriarcal y mudado el título de Catedral por el de Basílica de Santa María la Mayor, Don Juan V.

Un terrible terremoto, de los que tan frecuentes han sido en Lisboa, casi la destruyó en 1344, reedificando con tal motivo la capilla mayor el Rey D. Alfonso IV, cuyo cadáver, con el de su esposa, allí conserva agradecida. Más tarde, D. Fernando I alteró el frente principal, dejándolo casi como hoy se encuentra; y devorado el edificio por el incendio que sucedió al terremoto de 1755,

fué reedificada en tiempo del marqués de Pombal.

En los alrededores de la Basílica, se encuentran los restos de la ciudad antigua, con arruinadas fortificaciones, que así pueden ser moriscas, según las califican algunos, como cristianas de los siglos medios; antiguos y destruidos palacios; y mucho terreno abandonado, cubierto de espontánea y abundante vegetación, que indica la ausencia de la mano del hombre en aquel paraje, donde antes se agrupaba la ciudad antigua alrededor de la iglesia, como hijos cariñosos alrededor de su madre.

Los templos de San Antonio y San Roque atraen la atención del católico y del viajero, en el segundo de los cuales se encuentra la magnífica capilla real de San Juan Bautista, cerrada con bien labrada reja, velada por una gran cortina y enriquecida con admirables cuadros de modernos mosaicos ejecutados en Roma, y que son copias de Guido Reni, Rafael y Miguel Angel, teniendo

también el pavimento cubierto con un trabajo de musivaria, representando el globo terráqueo. Rica esta capilla en toda clase de materiales, las gradas del altar mayor son de pórfido y granito egipcios; el altar de amatistas, lápiz lázuli y plata maciza, las columnas de lápiz y de cornalina, y el resto de la capilla está cubierto de alabastro, *amarillo antiguo*, mármol de Roma y otras piedras no menos estimadas.

Pero sin embargo de tanta riqueza, la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús es la que está considerada, y con razón, como el templo más suntuoso de Lisboa. Obra en cuya construcción se emplearon diez años y treinta millones de pesetas, habiéndose terminado en 1789, está levantada por el modelo de la Basílica de San Pedro, y en ella se ha prodigado el mármol de tal modo, que todo el exterior, torres, fachada y cúpula, son de mármol blanco, lo mismo que el interior, donde esta hermosa caliza sólo cede su puesto á otros mármoles y jaspes de colo-

res, todos de la mayor rareza y precio. Aunque el edificio entero pudiera considerarse como la tumba de su fundadora doña María I, en el coro tiene esta su sepulcro.

Otras casas religiosas menos importantes puede visitar el viajero, tales como los conventos de Graça, de los Paulistas y de San Benito, y también se contaba entre este número el convento *das Necessidades*, convertido hoy en real palacio, y que debe su origen á la piedad de una familia portuguesa, que en época triste de general consternación acudió á la Virgen demandándola amparo.

Corría el último año del siglo xvi, y la peste desolaba á Lisboa. Cuantos tuvieron medios de fortuna ó valor para arrostrar la lucha por la vida, huyeron al interior del reino, y entre ellos un piadoso matrimonio que se refugió en Ericeira, poniéndose bajo la custodia de una imagen de la Virgen, venerada en modesta ermita. Alejada la terrible epidemia y salvos los devo-

tos esposos, volvieron á Lisboa; pero agradecidos á los favores de la Virgen, trajeron aquella imagen de la ermita y la colocaron en una pequeña iglesia, levantada al propósito, formándose bien pronto una congregación de marinos que la tomaron por patrona, nombrándola *de las Necesidades*, como recuerdo de las pasadas, y emblema de las que con tanta frecuencia sienten los que están dedicados á la insegura vida del mar. Con esto la primera iglesia creció á maravilla, terminándose engrandecida definitivamente en 1659; y convertida á ella la devoción de los personajes de la casa real, fué el lugar preferido para sus oraciones por Isabel de Saboya; y después, á consecuencia de grave enfermedad que puso en peligro la vida de Juan V, reconstruyó éste la iglesia y construyó el palacio, que, habitado en la actualidad por el Rey artista D. Fernando, es á la vez que un encantador y hermoso palacio de recreo con espléndidos jardines y elegantes habitaciones del

mejor gusto, con admirables vistas que se extienden hasta la desembocadura del Tajo, un verdadero museo de vasos, armas, orfebrería, muebles antiguos, cerámica, tablas y lienzos, entre cuyas pinturas sobresale una magnífica de Holbeín, y un rico depósito de libros, ediciones y manuscritos de gran rareza y subido precio.

El palacio de las Necesidades, llamado también modestamente quinta, tiene al lado el edificio que se dió á los padres de la Congregación del Oratorio, después del terremoto de 1755, convento de importante recuerdo para la historia política de Portugal, pues allí celebraron sus sesiones las Cortes Constituyentes de 1821.

Y puesto que de los palacios reales de Lisboa nos ocupamos, y los Reyes de España se encuentran aposentados dignamente en el antiguo de Belén, natural parece consagrarle algunas líneas.

Terminado el barrio de San Pedro Alcántara, y fuera ya del murado recinto y de su

foso, se extiende al O. otra barriada de modestos edificios y estrechas calles, pero que va espaciándose á medida que se adelanta hacia el convento de los Jerónimos, hasta quedar limpio y despejado el horizonte, descubriéndose á la izquierda la hermosa y brillante superficie del río, y á la derecha una sola línea de notables edificios, todos de un solo piso, ó á lo más compuestos de bajo y principal, que bien pueden llamarse bellísimos palacios, con artísticas verjas, pabellones, estatuas y espléndidos parques y jardines.

Modernas casi todas aquellas construcciones, y perteneciendo á familias nobiliarias ó acaudaladas, fácilmente puede deducirse que la aristocrática barriada se formó á consecuencia del terrible terremoto de 1755, en vista de que el cercano Palacio de Belén, y el monasterio de Jerónimos, de que en breve hablaremos, apenas sufrieron con las violentas sacudidas del terremoto, que extremó sus violencias en la parte más

alta de la ciudad; habiendo podido influir también en la elección de aquel paraje para levantar aquellos artísticos y deliciosos retiros, la circunstancia de tener cerca los dos palacios reales de Belén y de Ajuda.

Propiedad el primero de estos en lo antiguo del Conde de Aveiras, D. Juan de Silva Tello de Meneses, pasó á la corona por título oneroso de compra, hecha por D. Juan V en 1726 ⁽¹⁾, monarca que mandó hacer muchas mejoras en el palacio y en la quinta, habiendo corrido los trabajos á cargo del arquitecto Jacome Azzolinis, cuyo gusto italiano bien se refleja en las obras de reparación que llevó á término. Aunque la fachada principal al Mediodía quedó la misma, con su antigua altura, no así la de la plaza de Belen, al Norte, que hubo de resultar incompleta y como achatada, por la edificación del nuevo palacio de Ajuda, man-

(1) El precio de esta compra fué 200.000 cruzados, equivalentes á más de dos millones de reales, cantidad que se consignó en dos juros, uno de 130.000 cruzados por la parte amayorazgada, y otro de 70.000 por la libre.

dado construir por la Reina Doña María I, al que no quiso esta Reina privase de sus hermosas vistas sobre el Tajo, el antiguo palacio de Belén.

Esta desigualdad de alturas es causa de que el edificio no presente al exterior conjunto verdaderamente artístico, si bien en lo interior tiene extensos salones de elevadísimos techos, decorados al estilo propio de su época. Los jardines y parques que lo rodean son deliciosos, viéndose entre sus abundantes plantas alternar con las propias de los países fríos las de los climas tropicales, sin necesidad de estufas, sobresaliendo entre sus árboles los naranjos llamados mandarines, que en el mes de Enero estaban cuajados de sus dorados y aromáticos frutos, plátanos de América, gigantes cas azaleas, elegantes palmas y otra multitud de árboles y arbustos, que hacen de aquellos jardines un verdadero edén. Las rosas, los jeranios, las madreselvas, las camelias y otras muchas flores con profusión

inexplicable, cubrían los bien distribuidos y trazados cuadros, rodeados por verdaderas y anchas cintas moradas de violetas dobles, que, olvidándose de su modestia, se levantaban sobre sus verdes hojas.

La terraza á donde tienen salida las principales habitaciones de este palacio, morada transitoria de nuestros Reyes, cubierta también de gigantescos jarrones y macetas con hermosas plantas, ofrece un magnífico panorama, á que sirve de admirable horizonte la opuesta orilla del Tajo y el Océano. Artísticos grupos romanos del pasado siglo se encuentran en algunos parajes de la quinta, y las paredes de la fachada que se levantan sobre la mencionada terraza, tienen grandiosas, aunque algo barrocas figuras, dibujadas en azulejos, siguiendo esta manera de decoración tan común en Lisboa, y tan propia para edificios que han de sufrir las consecuencias de un clima húmedo.

En el patio de la entrada consérvanse tapiadas las puertas de las antiguas jaulas de

las fieras que allí tenían los reyes, y cuya visita era una de las más frecuentes diversiones del pueblo lisbonense, que llamó á aquel recinto por tal motivo *Patio dos Bichos*; denominación que conserva, á pesar de no existir ya ninguno de aquellos animales.

Unido al palacio de Belén está el del Picadeiro, que el Rey D. José mandó construir, y que poco ofrece de notable, fuera del gran circo que le da nombre. El largo y tristísimo corredor que enlaza ambas construcciones evoca fúnebres recuerdos; pues en él pasaron sus últimos momentos, sirviéndoles de cárcel antes de ser ejecutados en la plaza que está enfrente, el Duque d'Aveiro, el Marqués y la Marquesa de Javosa, el Conde de Alhonguia y los demás reos que sufrieron el tormento y la muerte en la mañana del 30 de Junio de 1759 por el atentado contra la vida del Rey José en 3 de Setiembre de 1758.

Más plácidas memorias guarda el palacio

de Belén en el presente siglo. Allí dió su primer baile de corte la Reina Doña María; allí se alojó el actual monarca portugués al regresar de su viaje á Africa para ceñir la corona por la muerte de su hermano el Rey D. Pedro V, habiéndose celebrado allí también fiestas verdaderamente memorables con motivo del casamiento de este Rey con la princesa Estefanía; y allí residió la augusta madre de nuestro Rey, cuando su visita á Portugal en 1866.

Durante algún tiempo habitó aquel palacio el Rey D. Fernando, pero después fijó definitivamente su residencia en las Necesidades, como el Rey D. Luis en el Palacio de Ajuda.

En una eminencia, dominando al de Belén, sobre las ruinas del *Paço velho*, destruido por el incendio, se levanta el de Ajuda, cuya primera piedra puso D. Juan VI; y aunque sólo está terminada una tercera parte del proyecto, debido principalmente al italiano Francisco Javier Favri, y conti-

nuado por Francisco de Rosa, aquella parte es tan extensa, que con razón se dice puede servir de digna morada á cualquier soberano. Amplios vestíbulos, con alegóricas estatuas esculpidas por renombrados escultores portugueses, elegantes torreones, extensas galerías y habitaciones suntuosas ricamente amuebladas, hacen de aquella marmórea construcción una morada verdaderamente regia. Cuadros selectos de escuelas extranjeras y de artistas portugueses, cubren sus muros, demostrando el buen gusto artístico del monarca, así como su ilustración la magnífica biblioteca, que estuvo confiada al sabio y nunca bastante sentido Alejandro Herculano, y el notable monetario catalogado por nuestro querido amigo el señor D. A. C. Teixeira d'Aragao.

Al recorrer los diversos palacios que en la capital de su reino tienen los monarcas portugueses, acude á la memoria nuevamente la comparación ya mencionada que algunos viajeros han hecho de esta hermo-

sa ciudad con la de Constantinopla, pues allí también se encuentran varios palacios reales edificados por diversos monarcas.

Descendiendo de la pintoresca colina donde se levanta el de Ajuda, á la aristocrática barriada de Belén, atraen la atención del viajero otros dos edificios, que son sin disputa los más importantes por sus recuerdos y por su valor artístico, que deben visitarse en Lisboa. El convento de los Jerónimos, llamado de Belén, y la torre también así denominada. Uno y otro pertenecen á ese estilo de transición entre el ojival que espiraba agobiado bajo la balumba de sus ornatos, y el Renacimiento que se levantaba triunfante con sus ricas presecas de naturalismo pagano. Terciaba también en esta contienda, lo mismo que en otros países donde dominó largo tiempo la raza musulímica, el estilo mahometano, que aunque tomando sus elementos de los otros pueblos con quienes estuvo en contacto desde que nació á vida histórica, Grecia, Roma, Per-

sia y Bizancio, logró, afinando y modificando sus detalles, tener sello de originalidad, hasta el punto de constituirse con caracteres propios. El entendimiento humano procede siempre en orden sucesivo, de tal modo, que no se encuentra en sus manifestaciones verdadera solución de continuidad, sino que, como acontece en la naturaleza, los eslabones que parecen más opuestos de la gran cadena de los seres, se encuentran gradual y sábiamente unidos.

Así en el arte como en cualquiera otro de los productos de la inteligencia, no puede olvidarse de pronto lo pasado para adoptar rudamente nuevos estilos; y hay periodos, con acierto llamados de transición, en que se confunden las tendencias que están llamadas á modificarse y casi á desaparecer, con las que se levantan dominadoras. Por estos momentos históricos pasaba el arte en España y Portugal en los últimos años de la centuria xv y principios de la xvi, cuando la inteligente y enérgica intrepidez de

Vasco de Gama, concibió y llevó á término cumplido el gran pensamiento de abrir camino para las Indias Orientales, doblando el cabo Tormentario, que después había de llamarse de Buena Esperanza; y el Rey Don Manuel que le comprendió desde el momento en que se lo expuso el atrevido navegante, que le dió medios para realizarlo, y le despidió con paternal amor en el sitio mismo del *Restrello*, donde Vasco de Gama se embarcó después de haber pedido la protección del cielo, orando en una cercana iglesia que allí había erigido D. Enrique, hijo de Juan I, hizo voto de levantar en aquel mismo paraje templo y monasterio, que recordase á las generaciones venideras el gran acontecimiento cuya realización confiadamente esperaba.

Y el navegante realizó su atrevido proyecto, y el Rey cumplió su promesa alzando rápidamente aquel admirable edificio, con toda la grandiosidad que cumplía al gran acontecimiento que recordaba, con

todo el primor y lujo de detalles con que los artistas, inspirados en la misma idea del monarca, quisieron interpretar dignamente. La época, sin embargo, era de transición para el arte, y no podía tener el edificio la pureza de líneas y unidad de las construcciones ojivales del siglo anterior, ni predominar en él la escuela greco-romana del Renacimiento. Debía participar de ambos estilos, y así fué en efecto; pero con tan acertado maridaje, que el sentimiento estético que produce apenas deja espacio al análisis de la crítica, entre tanta grandiosidad y tanta riqueza de ornamentación.

El interior de aquella iglesia cuyas tres naves están sostenidas por altísimas y delgadas columnas de mármol blanco que miden cuarenta y un metros de altura, sosteniendo las bóvedas con tanta seguridad, que han resistido los más violentos terremotos, es en efecto de lo más grandioso que ha podido concebir el arte científico del arquitecto; y los minuciosos detalles y escultu-

ras, así del exterior como del interior, en algunos de los cuales se ha conservado de tal modo la tradición ojival, que no es extraño las haya calificado algún viajero como obra del siglo XIII, son de tal riqueza y de ejecución tan prolija, que más parece afiligranada labor de orfebres que obra de imagineros y de escultores.

La iglesia y monasterio de Belén es uno de los más acabados ejemplares del estilo de transición entre el ojival y el del Renacimiento, que en rigor ni aún puede llamarse plateresco, porque en éste la ornamentación que predomina está tomada del greco-romano, mientras en aquellas obras arquitectónicas se ve todavía la directa influencia del ojival. Esta transición, en el reino lusitano, lleva como especial carácter cierta exuberancia y complicación en los ornatos, que sin embargo no perjudican al resultado del conjunto, porque en medio de ellas se nota la indispensable unidad, que es el principal fundamento de la belleza. A este periodo del

arte en Portugal suelen calificarle de *Manuelino*, porque el tiempo en que se desarrolla y al que pertenecen la mayor parte de sus obras es el mismo del reinado de D. Manuel, y sus edificios más importantes, la iglesia y monasterio de Belén, y la preciosa torre que se levanta en frente, bañada por las ondas del mar.

En este estilo que caracteriza aquel reinado, porque coincide con la época de transición en el arte, se hallan también algunos elementos mudejares, como no podía menos de suceder en Portugal y en España, donde tan directas relaciones habían existido, ya en tiempo de paz, ya por la guerra, entre cristianos y sarracenos; pero de que admitamos esta influencia en algunos detalles, á decir, como hemos leído en descripciones de la iglesia de Belén, que su arquitectura y la del claustro del monasterio es *morisca*, hay una distancia que la menos exigente crítica artístico-histórica no puede salvar.

Después de estas breves indicaciones, en

vano sería que tratásemos de describir lo que no puede describirse por su misma complicación y riqueza. Aunque dijésemos que la iglesia tiene tres naves, de las que la central, de mucha mayor anchura que sus compañeras, mide 82 metros de largo por 34 de ancho; que se entra en ella por dos puertas, una al costado sobre la vía pública y otra al extremo longitudinal de la misma nave, que corresponde con el ingreso del monasterio, y ambas adornadas con más pureza ojival que el resto de la fábrica; y que los claustros están formados por arcadas de hermosa perspectiva que forman los cuatro lados con dos pisos; y que los pilares de sus ángulos, á manera de cubos de fortaleza, le dan un carácter de originalidad y aún cierta pesadez que contrasta con la atrevida y esbelta elegancia de la iglesia; y que el coro conserva una admirable sillería con las más extrañas y fantásticas composiciones; todo esto, por más que quisiéramos detallarlo, no podría producir una descripción acaba-

da de tal suerte, que el lector se formase aproximada idea de aquella atrevida y admirable construcción del maestro Butaca y de Juan de Castilho, de la cual y con razón se enorgullecen los lusitanos.

Dícese que aquel estilo no alcanzó gran éxito, y que desapareció con los maestros sin dejar discípulos dotados de su rica fantasía que lo continuasen; pero no se tiene en cuenta que los que desaparecían eran los años, y con ellos el género de transición, como sucede siempre, para dejar paso á los nuevos ideales de la imitación greco-romana, que acabó por triunfar completamente de las últimas reminiscencias ojivales.

Este admirable templo tiene también el interés histórico de que en él duermen su último sueño Reyes y Príncipes de Portugal. En la capilla mayor están los sepulcros de los Reyes D. Manuel y D. Juan III, con sus respectivas mujeres las castellanas Doña María y Doña Catalina, y detrás del altar mayor los del desgraciado D. Alfonso VI, y

del Príncipe D. Teodosio y de su hermana, hijos también de D. Juan IV. En capillas laterales se ven los túmulos de ocho hijos de D. Juan III, y un cenotafio con huesos que se pretendió hacer creer á los portugueses eran del infortunado Rey D. Sebastián, conservándose también en modestas sepulturas los restos del Arzobispo Don Duarte, hijo natural de D. Juan; de la Reina Doña Catalina, portuguesa, mujer de Carlos II de Inglaterra; y en más ricos túmulos los del Cardenal Rey y otros varios Infantes de Portugal.

Parte del exterior de la iglesia de Belén y su comunicación con el monasterio se estaba restaurando acertadamente en la época de la visita de los Reyes de España, y el monasterio hallábase destinado á asilo de beneficencia, que lleva el nombre de Real Casa Pía, y que puede considerarse como uno de los primeros de Europa.

No es este, en verdad, el único que posee Lisboa dedicado á la práctica de la más

conmovedora de todas las virtudes; pues el Hospital Nacional y Real de San José, el de la Marina, el de San Lázaro, el de Estrellinha, el Asilo da Mendicidade, el que lleva el nombre y la protección de la actual Reina, el de Santa Catalina, el de los hijos de los soldados, el de los inválidos del trabajo, y el de la infancia desvalida, hablan muy alto en favor de los sentimientos humanitarios de los Reyes, del Gobierno y del pueblo portugueses.

La torre de San Vicente de Belén, que se alza en frente del monasterio, es uno de los más notables y pintorescos edificios de arquitectura militar que nos han dejado los pasados siglos. Proyectada por D. Juan II para que cruzase sus fuegos con otra que ocupó el mismo sitio que el actual lazareto, y así estuviera defendida la entrada del puerto, y encargados sus planos á García de Rosende, cúpole, sin embargo, la gloria de concluirla por el mismo gusto y estilo que el cercano monasterio de Belén, al Rey

D. Manuel, que desde su elevada plataforma pasaba largas horas abismado en la ilimitada extensión del Océano, por ver si descubría la velera nave de Vasco de Gama, que le anunciase el anhelado descubrimiento del ignoto camino para las Indias Orientales. Sobre macizo y cuadrado basamento que baten las olas, en un terraplén fortificado y casamatado, se elevan sus tres pisos, hasta una altura de cerca de 35 metros; y sus ángulos flanqueados por elegantes torrecillas, y sus ventanas y galerías, y sus almenas con escudos de la Orden de Cristo, recordando al Monarca venturoso que fué gran maestro de aquella milicia, antes de ceñir la corona, y los mil ornatos del mejor gusto que la enriquecen, entre cuyos motivos sobresalen retorcidos cables y esferas, emblemas de los estudios y afición del Rey D. Manuel, hacen de aquella preciosa torre un monumento que comparte la admiración del viajero con el de Belén, y que produce en la vista general de aquella parte de

Lisboa efecto encantador é indescriptible.

Una de las salas de aquella delicadísima torre, la llamada *Sala regia*, por la construcción de su bóveda elíptica, recuerda las *Salas de los secretos* de la Alhambra y del Escorial, y permite oír como en éstas lo que se dice en voz baja en los ángulos opuestos.

La esbelta y romancesca torre de Belén, á pesar de su aspecto de fortaleza, apenas podría resistir el segundo disparo de esas bocas de fuego tan destructoras como antiestéticas, con que los adelantos del arte de la guerra han descubierto que pueden hacerse más víctimas y más destrozos en menos tiempo, y bien necesita la protección de la muralla y fuerte adyacente del *Buen Suceso*, artillados con arreglo á los recientes modelos del *Arte*.

Cuéntase á este propósito un episodio que tuvo lugar durante la guerra separatista de los Estados-Unidos, en el que su misma belleza salvó á la Torre de Belén de in-

minente destrucción. Acertaron á entrar en el puerto de Lisboa dos buques americanos, unionista el uno y confederado el otro; y, como habiendo abandonado éste el puerto le siguiera aquél sin esperar el plazo marcado por los tratados internacionales y la neutralidad portuguesa, el comandante de la torre de Belén, cumpliendo con su deber, le disparó un cañonazo con bala, agresión justa, á que no contestó el americano *«por no destruir tan precioso juguete.»*

Pero si no puede alardear de resistente aquella torre, siempre será más estimada por los que amen el verdadero arte y la belleza, que cuantas blindadas y macizas fortalezas invente la ciencia.

No está, sin embargo, limitada la defensa de la entrada del puerto á la antigua torre y á su contiguo fuerte del Buen Suceso, sino que protegen la desembocadura del majestuoso Tajo la torre de San Julián en una punta de roca que de parte de tierra se extiende por la barra, y la de

San Lorenzo, vulgarmente llamada *torre do Bugio*, en un islote, verdadera atalaya de Lisboa, que dista de la anterior 1.550 brazas, y que cruza con ella sus fuegos. No menos defensa es para la ciudad el castillo de Almada que domina á Lisboa, y el de San Jorge, verdadera ciudadela, con cuarteles y cuantas dependencias militares le son necesarias.

Otros establecimientos militares y de marina demuestran en la capital del vecino reino, que no les son extraños los adelantos modernos del arte de la guerra y de la difícil ciencia de la navegación, para la que tan especial aptitud tuvieron siempre los portugueses, como lo demuestran la Escuela del Ejército, el Colegio militar, el Aula naval, la Escuela de construcción naval, los cuarteles y los arsenales; así como sus adelantos en todos los ramos del saber humano, sus establecimientos públicos de educación, la Escuela politécnica, la de arquitectura, la Escuela médico-quirúrgica,

la de farmacia, el Instituto agrícola y Escuela de veterinaria, el Conservatorio real de Lisboa, el Aula del Museo Nacional, el Instituto industrial y comercial de Lisboa, el Aula de geometría y mecánica aplicada á las artes, el Curso superior de letras, la Academia de Bellas Artes de Lisboa, la Sociedad promovedora de las Bellas Artes, el Archivo de la torre do Tombo, donde se conservan importantísimos documentos para la historia de aquella monarquía y notables curiosidades; el Gabinete de Historia natural, la Sociedad de Ciencias médicas, el Museo arqueológico do Carmo, aunque naciente, ya muy importante; la Sociedad de Arquitectos portugueses creada por iniciativa del renombrado arquitecto D. Joaquín Posidonio Narciso da Silva, la célebre Academia real de Ciencias fundada en 1778 por el duque de Lafões, con la protección de Doña María; y la Biblioteca pública, con más de 110.000 volúmenes impresos, 10.000 manuscritos, de los cuales 300 proceden

de la célebre librería de Alcobaça, otros 140.000 volúmenes que fueron de los conventos extinguidos, y un monetario con más de 25.000 monedas y medallas, biblioteca enriquecida por el Gobierno con la compra de la librería de D. Francisco de Mello de Cámara, en que se encuentran ejemplares rarísimos de códices y libros ⁽¹⁾, y en cuya sala de manuscritos, pagando justo tributo de agradecimiento á la fundadora, hay una hermosa estatua de la Reina Doña María, esculpida en mármol por el célebre escultor Machado de Castro, autor, como ya vimos, de la estatua ecuestre de José I.

(1) Entre los libros más notables de esta Biblioteca, se encuentra una Biblia hebrea manuscrita, con iluminaciones, obra del siglo XIII; la primera edición de la Biblia impresa por Gutenberg en Maguncia, en 1454; las Cartas de Cicerón, edición de Spira, en pergamino, de 1469; la Vida de Vespasiano, ejemplar único impreso en Lisboa en 1496; la Vita Christi, impresa también en Lisboa en el mismo año; una edición de las Lusiadas de 1572; la traducción del Fuero Juzgo, en lengua castellana, Códice rarísimo; Plotinio de Florencia, verdadero y admirable monumento de Lorenzo de Médicis; varias Biblias en pergamino de gran mérito; un libro del célebre Tostado, y otros no menos raros é importantes.

Otras sociedades é institutos particulares hay en Lisboa, que sería prolijo enumerar, demostrando como los anteriores el movimiento científico, literario y artístico que lleva por el camino de crecientes adelantos á la capital del vecino reino, donde no se extingue la gloriosa tradición que dejaron hombres de Estado y diplomáticos, como el Marqués de Pombal, Pinto Riveiro, el Duque de Palmela, Juan das Regras, Diego Mendoça y Luis de Cunha; oradores parlamentarios, como José Estevao; cronistas, biógrafos é historiadores, como Revello da Silva, y el hombre superior de generales aptitudes, Alejandro Herculano; médicos, científicos y naturalistas como Pedro Nunes, García de Orta, Riveiro Sánchez y Avellar Brotero; filósofos y escritores ascéticos como Pedro Hispano, ó sea el Pontífice Juan XXI, fray Tomé de Jesús, Paiva de Andrade y el gran hablista portugués P. Vieira; artistas como los arquitectos Juan del Castilho, Butaca y Ma-

nuel da Maia, el escultor Machado de Castro, los pintores Francisco de Holanda, compañero de Miguel Angel, y Sequeira, y el músico Marcos Antonio de Portugal; poetas como el popular Gil Vicente, el lírico Luis de Sousa, el inspirado ciego Vizconde de Castilho, el Vizconde de Almeida y, sobre todos, el épico cantor de las Lusiadas; viajeros y navegantes como Alvaréz Cabral, Magallanes y el gran Vasco de Gama; guerreros como Gonzalo Méndez da Maia, calificado por algunos escritores como el Cid portugués; el Marqués de Marialva, D. Francisco de Almeida, Fernández Vieira, el Conde de Ericeira, el Marqués das Minas, el gran Alfonso de Alburquerque, los dos Duartes y otros no menos renombrados capitanes, que tanto en la Península como en América demostraron las altas aptitudes militares del pueblo portugués; y santos como la mártir Santa Irene, San Dámaso, calificado por San Jerónimo de *vir egregius*, y el lisbo-

nense San Antonio de Padua, patrón de Portugal.

Todos estos seres superiores que tan alto levantaron, en todos tiempos, el renombre portugués y los que dignamente sostienen hoy su reputación y que, por vivir todavía no mencionamos, para alejar de nuestra pluma hasta la más ligera sombra de aduladora lisonja, llenan de legítimo orgullo también á los españoles, porque son nuestros hermanos, y porque muchos de ellos estuvieron enlazados con familias españolas, ó combatieron á nuestro lado, ó cultivaron estudios en nuestras aulas y en aulas portuguesas, demostrando siempre la inmediata unión que no puede menos de existir entre dos pueblos cuyas historias se confunden, aunque no se confunda su existencia.

Pero volviendo á las importantes obras públicas, que llaman con justicia la atención del viajero en la capital del reino lusitano, merece especial mención el célebre

acueducto llamado *Das aguas livres*, obra admirable mandada hacer por D. Juan V, y dirigida por D. Manuel Maia, en cuya ejecución se invirtieron diez y nueve años, de 1713 á 1732, y tan bien construida, que resistió al terremoto de 1755. El acueducto principia á tres leguas de distancia de la ciudad, hallándose la toma de aguas cerca de la villa de Caneças, y atraviesa las montañas y une los valles con colosales arcos, y llega á Lisboa por la pintoresca aldea de Benéfica, atravesando el valle de Alcántara con un puente de 35 arcos, de los cuales el principal tiene 75 metros de altura por 35 de ancho. Además de estos arcos se encuentran en toda la línea otros 127, todos perfectamente contruidos con excelente piedra. El acueducto entra en la ciudad por el lado del NO.; allí toma el nombre de *Amoreiras*, por unas cercanas plantaciones de moreras, y en aquel paraje se levanta una especie de arco de triunfo, que bien lo merecía la victoria obtenida por la ciencia

sobre la naturaleza, arco de orden dórico con una inscripción que contiene la abreviada historia del acueducto y la fecha de 1738. El gran depósito de agua tiene exteriormente la apariencia de una torre cuadrangular, toda construida de magnífica sillería y terminada en el año de 1834. Este acueducto, y otra toma de aguas también considerable, hecha en el Alvie-lla, á 150 kilómetros de la capital, la surten abundantemente de aguas, no sólo para las fuentes públicas, sino para la mayor parte de las casas que tienen las suyas especiales.

La situación accidentada de Lisboa hace que sus paseos, aunque no muchos en número, tales como el de San Pedro Alcántara, el de la Estrella y la plaza del Príncipe Real, ofrezcan admirables perspectivas, que apenas dejan admirar la maravillosa vegetación de sus jardines, en los que los heliotropos tapizan los muros, los geranios y los jazmines alcanzan proporciones increi-

bles, y los naranjos forman verdaderos vergeles. Sin embargo, los habitantes de Lisboa son poco dados á pasar largas horas en ellos, porque viven en su gran parte dedicados á sus diferentes atenciones, compartiendo su tiempo entre sus trabajos y la vida de familia, por lo que generalmente los cafés y otros establecimientos análogos se encuentran poco concurridos, prefiriendo los lisbonenses las tranquilas expansiones del hogar doméstico á esa sociedad abigarrada, incoherente y asfixiante que se encuentra en los cafés de otras grandes capitales.

No vive Lisboa vida oficial y ficticia dependiente sólo del presupuesto. A pesar de la decadencia de su comercio, originada de causas que no son de este lugar, y que podrían fácilmente encontrarse en la *protección* de otras naciones poderosas, tiene numerosas fábricas é industrias, entre las cuales los productos de orfebrería, especialmente sus filigranas, alcanzan reputación

universal, compitiendo con las de Córdoba y Malta; de cerámica; de tejidos; de armas; de sombreros; de perfumería, y de otros diversos artículos; y los frutos y los vinos de aquella región privilegiada mantienen todavía un comercio de exportación importante, que da á los que á él se dedican buenos rendimientos, y ocupan á muchos hijos del país.

En medio de aquella animadora actividad encuéntrase también España; pero desgraciadamente representada por gallegos pobres, que hacen los mismos oficios que en Madrid, y que son mirados, lo mismo que en nuestra corte, con injusto desdén. El gallego en Lisboa es cartero, aguador, cochero, lacayo, bombero, criado y agente; y con su exactitud, aunque á veces no tan rápida como sería de desear, y con su acrisolada honradez, presta servicios tanto más importantes cuanto son más necesarios para la práctica de la vida, y sufre pacientemente sus trabajos para realizar su constante pen-

samiento, que no es otro sino el de reunir un pequeño capital y volverse á su pueblo ó á su aldea, con ese respetable y bendito amor de patria que sienten como nadie nuestros hermanos de Galicia. Algunos, más alentados, se dedican á pequeños tráficcos, principalmente al de ventas de vinos, licores y comestibles; pero lo mismo que sus compatriotas, tienen siempre la constante aspiración del regreso á sus hogares, repitiendo con frecuencia aquel sentidísimo cantar que encierra todo un poema de nostalgia y de amor:

*Aiviños, aiviños, aive,
Aiviños da miña terra,
Aiviños, aiviños, aive,
Aiviños, leváme á ella.*

Los lisbonenses, como nuestros catalanes y muchos otros pueblos industrioses y trabajadores, son un elocuente ejemplo de que no están reñidos, como algunos sin razón creen, los ordenados hábitos de la in-

dustria y el comercio, con el sentimiento estético del arte; pues lo cultivan en sus diferentes manifestaciones, y aman la música con verdadera pasión. Comprendiendo además la época de adelantos y de progreso que atravesamos, siguen el creciente desenvolvimiento de la industria y de las modernas invenciones, y apenas se inician, las ensayan ó aplican, mucho antes con frecuencia de que las conozcan otros países que presumen de más adelantados.

Esta misma constante aspiración de adelantos y de cultura, va borrando los trazos característicos que en trajes y en especiales rasgos busca ávidamente el escritor de costumbres populares. Los lisbonenses apenas presentan más prenda propia de sus antiguos usos, que la especial capa llevada también por las mujeres del pueblo, y el sombrero redondo, ó bien el pañuelo ó *lenço* puesto sobre la cabeza y sujeto por dos de sus puntas debajo de la barba con un nudo ó un alfiler; ligero tocado que tanto favore-

ce á las mujeres que lo usan. Fuera de esto los trages siguen enteramente los mandatos de la tiránica moda francesa y no poco de la inglesa, que les obliga á consumir telas y artículos de la Gran Bretaña, pagados casi siempre á subido precio, con marcado perjuicio de la industria nacional.

Pero si del estudio de la moderna ciudad volvemos á lo pasado para conocer, aunque á grandes rasgos su remota historia, apenas encontraremos datos acerca de sus primeros habitantes, fuera del que guarda su antiguo nombre de Olisipo ⁽¹⁾, cuya omonimia con el de Lix (Larache en Africa) ya

(1) En sus inscripciones romanas nunca se lee *Olissippo*, ni *Oly-sipo* ú *Olysippo*, si bien la doble *p* pudo entrar en la pronunciación oral, como aconteció á otras ciudades de la Bética y Lusitania. Así hallamos *Collippo* (San Sebastián do Freixo, cerca de Leiria), *Bae-sippo*, *Ostippo*; y viceversa *Acinipo*, *Basilipo*, *Ventipo*. El elemento *ipo* (𐌺𐍆) es indudablemente importación de gente fenicia con significado de recinto amurallado, según lo han demostrado Movers (Phoenizier, II, 2; págs. 134, 144), y Müller (*Numismatique de l'ancienne afrique*, tomo II, art. *Hippo*). En Larache el río que corre á sus piés era también llamado *Lix*; y fácilmente pudiera creerse que en el lenguaje de los lusos, el *Tajo*, cuyo vocablo es de origen céltico, tuvo primordialmente el nombre *Lis* ú *Olis*, con significación de «río» ó «el río.» Así, pues, el *Lix* (Tajo) habría recibido su primer nombre de los lusos, como el *Ebro* de los iberos.

apuntamos, y que revela su origen luso, mejor que el fenicio, la pretendida etimología de *Alis ubbo* que dicen significa «bahía deliciosa,» y la fundación de Olisipo por Ulises, sin razón alguna en que apoyarla, más que el deseo que tuvieron en cierto periodo histórico todas las ciudades de buscar ilustres orígenes. Apenas conocida su historia antes de la época romana, hubo de tener ya importancia antes de la dominación de los hijos del Tíber, cuando le dieron el carácter de municipio, que sólo conservaban ciudades ó poblaciones que tenían vida é instituciones propias. Aludiendo á la hermosura de su posición topográfica y de su feraz suelo y apacible clima, la llamaron los romanos *Felicitas*, cognominándola *Julia*, como á tantas otras poblaciones de la Península, en honor de César.

Escasos restos quedan, sin embargo, de los suntuosos edificios que debieron engrandecerla en el periodo romano. Los terremotos, que con tanta frecuencia han agitado la

accidentada superficie de aquella ciudad, debieron destruirlos y envolverlos entre polvo y ruinas, cubriéndolos después con nuevas edificaciones, sin cuidarse de su importancia. Algunas de éstas, sin embargo, sobre todo las últimas, levantadas á consecuencia de la casi total destrucción de la ciudad por el terremoto de 1755, sacaron á nueva luz algunos de aquellos soterrados restos, como aconteció en el año 1798 en la *rúa de S. Mamede*, donde se descubrieron considerables ruinas de un teatro, cuyo proscenio, según declaraba coetáneo epígrafe, estuvo dedicado á Nerón, por un *sevir Augustalis*; ruinas de las que hoy, desgraciadamente, queda sólo una interesante monografía, escrita en 1815, con 10 láminas, por D. Luis Antonio de Acevedo, habiendo también desaparecido dos estatuas que se encontraron á los lados del proscenio. Más afortunados han sido los restos de un establecimiento de baños de aguas minerales, muy abundantes en aquellos sitios, que se

conservan en una casa de la *rua de Retroceiros*, donde varias dedicatorias á Esculapio allí encontradas, demuestran la virtud de las aguas ó la interesada piedad de los dedicantes; establecimiento cerca del cual debió también haber existido un sacello de la *mater deum*, á juzgar por otra inscripción á ella dedicada. Otras á la Concordia, á Júpiter, á Mercurio, al divo Augusto, inscripciones que estudió el primero en el quinto año del siglo xvi, Valentín Fernández, el cual envió nota de ellas al sabio Peutinger, que ocuparon también en su viaje á Mariano Accursi diez y ocho años después, y que conservadas por otros autores, se encuentran reunidas en el *Corpus inscriptionum latinarum* del clarísimo Hubner, demuestran más y más la importancia de aquel Municipio en la época romana; siendo de lamentar que tan escasos restos nos queden de aquellos remotos días, hasta el punto de que en el Museo Arqueológico, formado con excelente acuerdo por la Real Asociación de

Arquitectos portugueses, en la antigua y destruida iglesia *do Carmo*, apenas se encuentran más que varios fragmentos de mosaico descubiertos en la *estrada da Figueira da Foz* en 1874, por D. J. P. N. da Silva, algunas tégulas desenterradas en la de *Alcobaça*, la copia en yeso de un cipo escultural romano de mármol de Frigia, hallado en los arrabales de Lisboa, y alguna sencilla inscripción funeraria ⁽¹⁾. No fué, pues, de escasa significación el municipio Felicitas Julia Olisipo en la época romana, como han asegurado algunos autores extranjeros, sino que, por el contrario, esos escasos, pero elocuentes restos, revelan su importancia.

Ocupada después por los visigodos, cayó más tarde bajo la dominación de los árabes,

(1) El célebre sarcófago romano, llamado de las Musas, que allí se conserva, y que ilustró con docta monografía el sabio académico de la Historia, D. José Amador de los Ríos, en la obra que fundó y dirigió el autor de este libro, con el título de *Museo español de antigüedades*, no fué encontrado en Lisboa, sino en San Sebastián de Freixo, aldea no distante de Leiria.

que la hicieron capital de un pequeño estado, permaneciendo en su poder desde 716 hasta 1147, en que la vencedora espada de Alfonso I hizo que se la rindieran vencidos, dedicándose después de su conquista á engrandecerla con nuevos é imponentes edificios y nuevas defensas y propugnáculos.

Al acercarse el final del siguiente siglo (1290), estableció en ella D. Dionis una importante Universidad, que se trasladó á Coimbra en 1308; y aumentándose cada día más la importancia de aquella ciudad, llegó á figurar entre las primeras capitales de Europa, por su admirable situación, por su clima y por sus edificios, cuando poco después de mediado el siglo anterior, el horrible terremoto de 1755, á que varias veces nos hemos referido en este capítulo, la arruinó por completo.

Eran las nueve de la mañana del día 1.º de Noviembre, cuando sintióse la primera sacudida, acompañada de ruidos subterráneos, y seis segundos después, casas, tem-

plos y monumentos caían destrozados, envolviendo en sus ruinas á más de 40.000 víctimas. Las torres y las bóvedas de las iglesias derrumbábanse desquiciadas sobre la multitud, que llenaba á aquella hora sus naves, con motivo de la festividad de todos los Santos, como si la naturaleza hubiera querido celebrar con una inmensa hecatombe el siguiente día consagrado á la memoria de los difuntos. Ochocientas personas perecían en la cárcel, doscientas en el hospital general, en los conventos nadie quedó con vida, y en los palacios y en las casas apenas pudieron salvarse algunos escasos afortunados, pereciendo también en aquellos horribles momentos el Embajador de España con treinta y cinco de sus dependientes y criados.

Pero como si faltasen nuevos horrores que aumentar á tantos desastres, bien pronto el incendio, prendido por las mismas sacudidas que arrojaron sobre los recién encendidos hogares toda clase de com-

bustibles, levantó su ondulante cabellera de invasoras llamas, arrastrando sobre las ruinas, como inmenso sudario de fuego, su rojo manto. El viento, hasta entonces dormido, despertó con inusitada violencia, y soplando sobre las llamas hizo imposible toda lucha, activando la fuerza del incendio, de tal modo, que á los tres días, la ciudad entera era un inmenso montón de escombros y de ceniza; y para que no hubiera ninguno de los entonces llamados elementos, que no tomase parte en aquella horrible lucha de las fuerzas todas de la naturaleza contra una ciudad indefensa, las aguas se elevaron más de cuarenta piés sobre su nivel ordinario, y cayendo y retirándose súbitamente, arrastraron á sus profundos abismos á cuantos habían podido escapar y refugiarse en los muelles, huyendo de sus destruidas moradas.

Afortunadamente, en medio de tantos desastres, en el Palacio de Belén, que había podido resistir á las sacudidas del te-

remoto, hacia aquella parte de la ciudad, mucho menos violentas, se había salvado la familia real y con ella un hombre verdaderamente extraordinario, que oponiendo á tantas desdichas su voluntad invencible, concibió el gigantesco pensamiento de levantar de nuevo sobre tantas ruinas la destrizada ciudad. Aquel hombre era el Ministro D. Sebastián José Carvalho Melho, Conde de Oeyras y Marqués de Pombal, que prestando su inquebrantable energía al Rey José I, se propuso devolver á los restos de aquel abatido pueblo, su pasada grandeza y esplendor.

Enterrar los muertos, cuidar de los vivos y cerrar las puertas, fué la breve, pero elocuente síntesis de su pensamiento; y emprendiendo simultáneamente la difícil tarea de dar sepultura á más de diez mil cadáveres que yacían entre las ruinas, allegar provisiones para los vivos é impedir que, poseídos todavía del terrible pánico que se había apoderado de todos los espíritus,

abandonasen la ciudad, hizo limpiar de escombros las calles y plazas, promoviendo el celo y los sentimientos benéficos del resto del vecindario y de las clases acomodadas, para que con indecible rapidez levantasen nuevos edificios; y atendiendo á todo con una energía y una fuerza de voluntad invencibles, logró realizar su pensamiento, y en pocos años Lisboa renació más poderosa y bella que antes de morir, como cuenta la emblemática fábula del Fénix, que renace de sus cenizas.

Modelo de buenos súbditos aquel Ministro que, si pudo cometer errores, desaparecen ante la grandeza de sus cualidades, hacía recaer toda la gloria de sus actos en el Monarca; y cuando por iniciativa del mismo Marqués se levantó la magnífica estatua del soberano en la plaza del Comercio, sólo permitió que en modesto sitio, en la parte más oculta del pedestal que mira al Tajo, se colocase su retrato.

Después de aquella terrible catástrofe que

dió ocasión á que la historia de Portugal se enriqueciera con uno de los más grandes caracteres de sus hijos, Lisboa registra otra página no menos triste en el año sétimo de nuestro siglo; su ocupación por las tropas francesas, que, sin embargo, apenas pudieron continuar en ella un año.

III.

Pero en tanto que la ilustrada curiosidad de los regios viajeros investiga lo presente y évoca lo pasado, la noche se acerca y con ella nuevas demostraciones de la afectuosa acogida que el Monarca y el pueblo portugués les dispensaron. Apenas empezaban los primeros velos del crepúsculo á cubrir con las sombras de la noche la risueña ciudad, aparecieron iluminados todos los edificios públicos y muchos particulares, distinguiéndose entre ellos el cuartel de caballería, la asociación *La Fraternidad*, el consulado español y otros varios. Delante

del palacio de Belén se destacaba sobre el fondo oscuro de la ría, un precioso arco y templete iluminado, y en las aguas de aquella los buques de la Armada y algunos mercantes, cuyos cascos y aparejos aparecían dibujados con líneas de luz.

Diversas músicas tocaban en parajes públicos; y por plazas y calles discurría alegre el honrado pueblo lisbonense, dirigiéndose á la esplanada del palacio de Ajuda, donde en breve debía tener lugar la gran comida que los Reyes de Portugal daban en honor de los de España.

En aquel mismo día el Ayuntamiento ó Cámara municipal de Lisboa, no pudiendo ofrecer como deseaba á nuestros Monarcas un gran baile en el Palacio del Concejo, por no estar concluido el edificio, había resuelto, para manifestar su regocijo por la visita de los Reyes de España, y que esta manifestación resultara en bien de los desgraciados, repartir á los menesterosos en diversas localidades 8.000 vales de 500 reis (12 rea-

les) en dinero, medio kilo de arroz y un pan.

El palacio de Ajuda, donde la comida iba á celebrarse, ofrecía un espectáculo deslumbrador. El vestíbulo, las galerías, las escaleras, las reales habitaciones, todo estaba profusamente iluminado y cubierto de espléndidas plantas tropicales que producían maravilloso efecto, rodeando á las estatuas y á los artísticos candelabros. Pero donde se habían reunido todos los atractivos del arte y del buen gusto, era en la admirable sala destinada al banquete. Más de 600 luces la alumbraban *à giorno*, colocadas en arañas, brazos y candelabros, y sobre la gran mesa. En un aparador colosal, que guarnecía uno de los testers del suntuoso salón, elevándose á grande altura, veíanse admirables piezas de vajilla de plata y oro, delicadamente trabajadas, las cuales por sí solas formaban una exposición de la antigua y renombrada orfebrería portuguesa: bandejas, vasos, salvillas, floreros y otras piezas ornamentales atraían las miradas con artístico

agrupamiento, lo mismo que otros ocho aparadores, que se extendían á lo largo de los muros con otras piezas de vajilla, no menos ricas, alternando con magníficas porcelanas de Sajonia, Sevres, de la India y del Japón. Por encima de estos lujosos aparadores levantábanse espejos de talladas molduras y lunas venecianas, y al lado opuesto al del gran aparador otro gran espejo sin marco, rodeado en lugar de él por una ancha guirnalda de verdes hojas y espléndidas camelias, reproducía en mágica y deslumbradora perspectiva todos los encantos de aquel magnífico salón.

La mesa cubierta con un riquísimo mantel adamascado, en cuyas labores se veían adornos del mejor gusto alternando con el escudo de Portugal, estaba adornada con artísticos centros, platos, jarras y compoteras, todo de plata dorada, así como una colección de figuras del mismo dorado metal, obra notable de estilo francés en la época de Luis XV.

En una elegante tribuna estaba la magnífica orquesta de la Real Capilla, que al entrar en el suntuoso comedor los Reyes, tocó la marcha real española, y después la sinfonía de la ópera *Si j' etais Roi*, continuando durante la comida con otras piezas de escogida música.

Poco más de las ocho eran cuando entraron SS. MM. y AA., llevando del brazo el Rey D. Luis á la Reina de España, y el Rey D. Alfonso á la de Portugal. Colocados éstos en sus asientos, ocuparon los que les estaban destinados las demás personas que alcanzaron el alto honor de asistir al banquete, y que además de los augustos soberanos, de S. M. el Rey Don Fernando, S. A. el Príncipe Real D. Carlos, y S. A. el Serenísimo Sr. Infante Don Augusto, fueron los altos dignatarios portugueses, de la Iglesia, el Gobierno, la Administración de Justicia, los Cuerpos Colegisladores, la Milicia, la Marina, el Cuerpo diplomático, el Municipio, el alto personal

de Palacio, y todas las personas del Gobierno y de la Corte de España que seguían á nuestros Reyes ⁽¹⁾.

(1) Las personas que además de la comitiva de los Reyes de España asistieron al banquete, fueron las que siguen: Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad; Emmo. Sr. Cardenal Obispo de Oporto; Ilmo. Señor Arzobispo de Mytelene, y los Ilmos. y Excmos. Sres. Presidente de la Cámara *dos dignos Pares*; D. Antonio Maria de Fontes Pereira de Mello, Consejero de Estado y Presidente del Consejo de Ministros; D. Tomás Antonio Ribeiro Ferreira, Ministro del Reino y Par; D. Julio Marques de Vilhena, Ministro de Justicia; D. Ernesto Rodolfo Hintze Ribeiro, Ministro de Obras Públicas, Comercio é Industria, y su esposa; D. Antonio de Serpa Pimentel, Consejero de Estado y Ministro de Negocios Extranjeros, con la suya; D. José de Mello Gouvêa, Ministro de Marina; el Conde de Valhom, Consejero de Estado, y su esposa; D. Anselmo José Braamcamp, Consejero de Estado; D. Carlos Beuto da Silva, Consejero de Estado y Par del Reino; D. João d'Andrade Corvo, Consejero de Estado, Ministro de Portugal en la corte de Madrid y Par del Reino; el Conde de Casal Ribeiro, Consejero de Estado, y su esposa; el Marqués de Ficalho, Consejero de Estado, Mayordomo Mayor de la Real Casa y Par del Reino; el General D. Carlos Maria de Caula, Consejero de Estado, Jefe de la Casa Militar de S. M. el Rey D. Luis; el Duque de Loulé, Caballerizo Mayor y Par del Reino; el Duque de Palmella, Comandante de la Guardia Real de Arqueros y Par del Reino, y su esposa; el Conde de Río Maior, Par del Reino y Maestre Sala de la Casa Real; el Conde de Mesquitella, Par del Reino; el Marqués d'Oldoini, Ministro de Italia, y su esposa; el Ministro de Austria, Barón de Dumreicher; el Ministro de España, y su esposa; el primer Secretario de la Legación de España, con la suya; el segundo Secretario de la misma Legación, con su esposa; dos agregados de la misma Legación; Mr. de Laboulaye, Ministro de Francia, y su esposa; los Ministros de Alemania, del Brasil y de Bélgica, con sus esposas respectivas; Mr. Saurin, Encargado de Negocios de Inglaterra; D. de Glinka, Ministro de Rusia; el Consejero D. Antonio José Duarte Nazareth, Oficial Mayor de la Casa Real y Administrador de la Real Hacienda; el Consejero D. Antonio Car-

Cincuenta criados con librea encarnada servían la comida, cuyos artísticos platos y distribución demostraban el buen gusto que

doso Avelino, Ministro de Estado honorario y Administrador de la Serenísima Casa y Estado de Braganza.

Del personal de servicio de SS. MM. y AA., asistieron también el Conde de Linhares, *Camarista* ó Gentil-hombre de S. M. el Rey D. Luís I, y su esposa; D. Luís de Mascarenhas, Ayudante de Campo y General de Brigada; D. Joaquín José Freixeira de Carvalho, Oficial á las órdenes de S. M. y Teniente Capitán de la Armada; la Condesa de Sousa Coutinho, Camarera Mayor; las damas de S. M. la Reina de Portugal Doña Gabriella de Sousa Coutinho, Doña Anna de Sousa Coutinho y Mendoça, y Doña Eugenia Telles da Gama; el Vizconde de Mossamedes, Veedor de S. M., y esposa; D. Antonio Florencio de Sousa Pinto, Ayudante de Campo, *Camarista* de S. M. el Rey D. Fernando, y General de Brigada; D. Sebastián Custodio de Sousa Telles, Ayudante de Campo de S. A. el Señor Infante D. Augusto; D. José Anselmo Gromicho Gouceiro, Ayudante de Campo, Honorario de S. M. el Rey, y Preceptor militar de SS. AA., Teniente Coronel de Artillería; D. Manoel Novaes de Sequeira, Oficial á las órdenes de S. A. el Príncipe Real, y Capitán de Caballería; y el Dr. D. Antonio María Barbosa, Gran Cruz de la Orden de Cristo y Médico de la Real Cámara.

Los Cuerpos colegisladores también estaban allí representados por D. João Baptista da Silva, Ferrão de Carvalho Martens, Vicepresidente de la Cámara *dos dignos Pares do Reino*, Consejero de Estado y Ayo de SS. AA., á cuyo personaje acompañaba su esposa; y el Vizconde d'Arriaga, Presidente de la Cámara de los Diputados.

Además tomaron asiento en el regio banquete: el Barón do Rio Sado, Vicepresidente de la Cámara Municipal de Lisboa; el Vizconde de Sagres, General de División, Comandante de la primera División y Par del Reino; D. Luis Augusto d'Almeida Macedo, General de Brigada, Comandante general de los Guardias Municipales de Lisboa y Oporto; el Vizconde de Soares Franco, Vice-Almirante y Comandante general de la Armada y Par del Reino; Don Antonio Maria Barreiros Arrobas, Par del Reino y Gobernador Ci-

había presidido á aquel espléndido *jantar*.

La Reina portuguesa, con delicada galantería, vistió en aquella noche hermoso traje tejido con oro, en que sobresalían los colores de la bandera española, brillando en su pecho y cabeza riquísimos brillantes; y la de España de azul pálido, con preciosas labores y bordados, flores y encajes, luciendo también en la cabeza una magnífica corona de brillantes. Las damas españolas y portuguesas con elegantes trages, diademas y adornos de rica pedrería, compitieron todas en elegancia y buen gusto.

Llegados los postres, S. M. el Rey Don Luis brindó por la Reina Doña Cristina, afirmando los sentimientos de amistad que unen á Portugal y España, y añadiendo, que si para él siempre era motivo de gran satisfacción recibir á nuestros Reyes, lo era mucho mayor entonces, porque éstos

vil del Distrito de Lisboa; el Vizconde de Alves de Sá, Presidente del Supremo Tribunal de Justicia, y el Consejero D. Augusto Xavier Palmeirín, General de División y Presidente del Tribunal Superior de Guerra y Marina.

iban á inaugurar la Exposición de Arte retrospectivo, que tanto había de contribuir al progreso del pueblo portugués.

Nuestro Monarca contestó á este brindis, manifestando que deseaba continuar siempre la buena amistad que unió á sus antecesores con los Monarcas portugueses, y brindó por la Reina Doña María Pía y el Príncipe heredero, y por la prosperidad y unión de los pueblos portugués y español, que ligados por tantos intereses comunes deben marchar unidos, aunque conservando cada cual su autonomía é independencia.

Ambos brindis, pronunciados por uno y otro Monarca en correctísimo francés, fueron acogidos con respetuosas, pero marcadas muestras de entusiasmo por los personajes de ambas naciones allí reunidos; y cuando al siguiente día fué conocido el del Rey de España por el pueblo lisbonense, aumentáronse las generales muestras de simpatía que halló por todas partes desde su entrada en territorio portugués.

Terminada la comida y después del café, el Rey de Portugal conversó con los Ministros de España, Sres. Sagasta y Vega Armijo, y con nuestro Embajador Sr. Valera, y el de España con los Consejeros portugueses; y á la una de la madrugada regresaron nuestros Monarcas á Belén, guardando gratísimos recuerdos de aquel inolvidable día (1).

(1) He aquí el *menu* de aquella comida de Corte, que copiamos en francés, tal como estaba en las preciosas y artísticas tarjetas, adornadas exteriormente con un precioso cromo de las armas de Portugal. El francés, sobre ser un idioma casi universal en el extranjero, en esta clase de *documentos* culinarios no puede sustituirse y es intraducible.

PALAIS ROYAL D'AJUDA

Diner du 10 Janvier 1882

Menu

Crème d'orge perlée à la Royale

Potage aux trois filets

HORS-D'ŒUVRE

Friture mêlée à l'italienne

RELEVÉS

Saumon à la Régence

Filets de bœuf à l'andalouse

ENTRÉES

Filets de bécasse à la Talleyrand

Cotelettes de chevreuil à la purée de gibier

Aspic de purée de volaille à la Reine

PUNCH À L'IMPERIAL

RÔTIS

Dindons à la Périgueux
Jambon Asturien à l'espagnole

ENTREMETS

Asperges à la sauce blanche
Pouding Gormanston
Coupe en nougat à la Chantilly

GLACES

VINS

LIQUEURS

CAPÍTULO III.

DÍA II DE ENERO.—ALMUERZO EN LA LEGACIÓN ESPAÑOLA.—CARRERAS DE CABALLOS.—VISITA Á LAS CABALLERIZAS REALES Y AL MONASTERIO DE LOS JERÓNIMOS Y TORRE DE BELÉN.—GRAN BAILE EN EL PALACIO DE AJUDA.

Los festejos del siguiente día despertaban en SS. MM. el recuerdo de otro fausto acontecimiento, grato para ambos pueblos, portugués y español. Hacía ciento cincuenta y cuatro años que tuvo lugar en la basílica patriarcal de Lisboa el casamiento de nuestro entonces Príncipe de Asturias D. Fernando, que después fué el VI de su nombre como Rey de España, con Doña María Bárbara de Braganza, que había nacido en Lisboa á 4 de Diciembre de 1711, y que con

su belleza y sus talentos ⁽¹⁾ cautivó de tal modo á su regio esposo, que apenas pudo sobrevivirla un año después de su muerte, y que áun muerto no quiso separarse de ella, dejando dispuesto que se le enterrase en el mismo suntuoso mausoleo que ambos Monarcas tienen en las Salesas Reales, fundación de la piadosa Doña Bárbara. Grandes fueron los festejos que entonces se hicieron en la corte portuguesa, festejos entre los que fué muy celebrada una sesión extraordinaria que celebró en el Palacio la Real Academia lisbonense, pronunciando elocuentes discursos en tan solemne acto el Marqués de Valença y el Conde de Ericeira.

A las once de la mañana salieron nuestros Reyes del Palacio de Belén, acompañados del Marqués de Alcañices y del Conde de Ficalho, siguiendo en otros carruajes las Marquesas de Santa Cruz y de Mo-

(1) Fué esta regia dama por extremo aficionada á la música y á estudios literarios, muy modesta y piadosa, y además de su idioma natal, hablaba español, francés, italiano, alemán y latín.

lins, los Ministros españoles y algunos otros funcionarios de Palacio, en dirección á la Legación española, donde nuestro Embajador Sr. Valera había dispuesto un espléndido almuerzo, que se dignaron aceptar SS. MM., y en el que, el correcto hablista y académico, intencionado escritor é inspirado poeta, demostró que no empece el cultivo de las bellas letras y de la ciencia, para la práctica de las más delicadas atenciones de la diplomacia y del buen gusto.

S. M. la Reina Doña Cristina vestía un precioso trage de terciopelo azul, y el Rey de levita; y terminado el almuerzo, Sus Majestades recibieron á los españoles residentes en Lisboa, que acudieron á ofrecerles sus respetos sin distinción de opiniones políticas, habiendo dispensado S. M. para este acto el trage de etiqueta. Al terminar la afectuosa recepción, fueron los jóvenes monarcas victoreados con entusiasmo.

Después se dirigieron á las carreras de

caballos en carretela descubierta, llegando al hipódromo, desde el que se disfruta un encantador panorama, cerca de las dos de la tarde, con SS. MM. los Reyes de Portugal y SS. AA. D. Carlos y D. Alfonso; y trascurridos algunos minutos llegó también el Rey D. Fernando con la Condesa Edla y el Infante D. Augusto. Ocuparon á seguida el palco regio, dando la Reina portuguesa la derecha á la española, la cual tenía á su lado á los Infantes de Portugal y al Rey D. Luis: el Rey D. Alfonso colocóse á la izquierda de la Reina Doña Pía. En otro palco, á la derecha del regio, colocóse el Rey D. Fernando con la Condesa Edla, y en otro inmediato el Consejo municipal de Belén. Los Ministros de Portugal, nuestro Ministro de Estado, el Embajador D. Juan Valera, el personal de la legación, y la regia comitiva ocuparon otro palco inmediato á la familia real, habiendo estado paseando junto á la pista nuestro Presidente del Consejo Sr. Sagasta con el del portugués se-

ñor Fontes, y varios periodistas españoles y portugueses.

Las personas más importantes de Lisboa y las más elegantes damas de la distinguida sociedad lisbonense concurrieron en lujosos trenes á las carreras, que se verificaron con grande animación, ganando el primer premio de 700.000 reis (próximamente 16.000 reales) el caballo *Portugués*, propiedad de D. Guillermo Garvey; y el segundo premio, de 200.000 reis, la yegua *Miss Flora*, de nuestro compatriota el Conde de la Rivera, montada por un ginete español llamado García.

La segunda carrera, que disputaron jóvenes de los más distinguidos de Lisboa, por ser el premio un precioso jarrón de plata blanca y dorada, regalo de la Reina Doña Pía, la ganó el caballo *Misanthropo*, propiedad de D. Manuel José Monteiro.

Siguió á esta carrera la de los *campinos*, ó sea de los ganaderos y campesinos de las riberas del Tajo, los cuales vestían calzón

de paño azul, media blanca de algodón, zapato de becerro, chaleco blanco interior y otro negro sobrepuesto, faja de lana encarnada, y barretina azul, verde ó roja.

Con estas carreras, en las que no pudimos conocer el nombre del vencedor, terminó la animada fiesta, volviéndose los Reyes á Belén, desde donde se dirigieron á visitar las próximas Caballerizas, en las que constituyen un verdadero museo los antiguos é históricos carruajes que allí se conservan. Hay alguno que se dice perteneció á Felipe II, aunque el arte de aquel carruaje acusa época más reciente; otro que fué de Alfonso VI de Portugal; alguno de grandes dimensiones y con todas las comodidades que para su destino pudieran desearse, que se dice fué hecho en París para las fiestas de caza celebradas con ocasión del casamiento del hijo de D. Juan V, el Príncipe de Braganza D. José, después Rey de Portugal, con la Infanta de España Doña María Ana Victoria, hija del Rey Felipe V, y

para la solemnidad del encuentro de las familias reales de ambos Reinos, en un rico palacio de madera que se construyó al propósito sobre el río Caia, que parte los límites de ambas naciones. Pero los que llaman, y con justicia, la atención entre todos ellos, son tres coches que sirvieron para la entrada solemne de D. Juan V en 1708, los cuales figuraron, aunque después de haber regresado los Reyes de España á Madrid, en la Exposición de Arte retrospectivo, de que en breve hablaremos. Los tres son del gusto artístico de Luis XIV á Luis XV, estando dos de ellos forrados de terciopelo carmesí y el otro de tisú de oro, y adornados todos con sobre-puestos de plata. Mucho más holgados que los coches ordinarios llevan, en vez de vidrieras, cortinillas de tisú de oro, y además de los asientos de los lados tienen en medio otros giratorios, que se dice eran para las damas de honor. Bizarros grupos escultóricos de madera dorada decoran el frente y la parte posterior de es-

tos carruajes, representando, según el gusto de la época, la Lusitania entre la Fama y la Abundancia, triunfando del Africa y del Asia; Marte y la Geografía llevada por Atlante; las Estaciones y Apolo, el Tajo y el Duero estrechando sus manos.

Otros muchos carruajes hasta el número de 37, si nuestra memoria no nos es infiel, se encuentran en la gran sala donde se conservan, de los cuales los más antiguos son colosales máquinas de pesado gusto, que necesitarían fuertes y poderosos tiros de mulas ó de caballos para ser arrastrados, viéndose entre ellos otros más ligeros y modernos.

La colección de aquellos antiguos carruajes, entre los cuales se encuentran también sillas de manos del siglo pasado y del anterior, es original y curiosísima, y del mayor interés para la historia de aquellos medios de locomoción, así en su parte artística como en la constructiva.

Después de visitar las Caballerizas, reco-

rieron SS. MM. los cercanos monumentos del monasterio de los Jerónimos y de la torre de Belén, volviendo á su regia morada cerca de la noche, desde la cual habían de dirigirse más tarde al gran baile de Corte que daba el Rey D. Luís, para obsequiar á sus ilustres huéspedes, en el Palacio de Ajuda.

Las escaleras y los salones de este espléndido Palacio, presentaban un aspecto deslumbrador. Los salones del piso principal, entre los que sobresale el del Trono, fueron los que sirvieron para la suntuosa fiesta, habiéndose adornado con tal motivo y amueblado de nuevo algunos de ellos. En jarrones y vasos de subido valor, veíanse notables ejemplares de esas hermosas plantas, que constituyen uno de los adornos de mejor gusto en las lujosas habitaciones modernas. En el salón de entrada y en las escaleras habíanse modelado con buen arte trofeos antiguos y modernos, y los mármoles y los jaspes casi quedaban ocultos por los

grupos de plantas, sobresaliendo entre ellos uno admirablemente dispuesto, en medio del cual se levantaba bellísima estatua. Otras cuatro soberbias estatuas de mármol de Carrara flanqueaban la entrada, rodeadas de los más raros ejemplares de la flora exótica. Entre la multitud de plantas que convertían aquellos espléndidos salones en un encantado vergel, sobresalía una palmera de gran tamaño en la sala de entrada, y tan vistosa variedad de camelias, que se contaban más de doscientas especies distintas.

Tres mil invitaciones habíanse distribuido para el baile, al que bien puede asegurarse que concurrió todo lo más notable que encerraba la capital, brillando entre aquella distinguida concurrencia más de doscientas damas, que vestían trages de color blanco, azul y rosa, y otros matices claros, con ricos adornos de flores, encajes y valiosa pedrería.

El vestido de la Reina Doña Pía era muy elegante, de ese delicado é indefinible color que sólo puede precisarse llamándole *color*

manteca; los prendidos eran de flores naturales; el aderezo de brillantes, y la diadema real de gran precio y mérito artístico figurando estrellas, que llevaba con la alta distinción que la caracteriza. La Reina Doña Cristina vestía un delantero color de *oro viejo brochado*, y traje de color crema, ostentando en el cuello, hombros, pecho y cabeza muchos y valiosos brillantes, que realzaban su hermosura. El Rey D. Luis llevaba el uniforme de Almirante y las grandes cruces españolas con el Toisón de Oro; el Rey D. Alfonso, el de Capitán General con las bandas portuguesas de Cristo y de la Concepción; el Rey D. Fernando, el de Generalísimo con el Toisón y grandes cruces portuguesas; y el Príncipe Real, el de Guardia Marina con el Toisón.

Más de las diez y media eran cuando se organizó el primer rigodón, que bailaron, S. M. la Reina Doña Pía, con el Rey Don Alfonso, teniendo enfrente á la esposa del Ministro de Francia con el señor Marqués

de Ficalho; S. M. la Reina de España, con el Rey de Portugal, á cuya regia pareja hacía *vis á vis* el Sr. Sagasta con la Señora Doña Eugenia Telles da Gama; el Rey Don Fernando con la señora Marquesa de Oldoini, frente de Doña Ana de Sousa Coutinho y el señor Ministro de Austria; S. A. el Príncipe Real portugués, con la Camarera mayor de la Reina de España, Marquesa de Santa Cruz, *vis á vis* de la señora Marquesa de Monfalin y el señor Marqués de Alcañices; S. A. el Infante D. Augusto, con la señora Duquesa de Palmella, frente de la señora Condesa de Alcovaças y el señor Marqués de la Vega de Armijo; la señora Marquesa de Cezimbra, con el señor Ministro de Rusia, enfrente de Mad. Greindl con el señor Marqués de Santa Cruz; la señora Condesa de Belmonte, con el señor Ministro de Francia, á los que hacían pareja, la esposa del Ministro del Brasil con el Conde del Serrallo; la Condesa de Lumiares y el Embajador de España, *vis á vis* de Mad. Kleist

y el señor Duque de Medina-Sidonia; la señora Condesa de Villarreal de Mello con el señor Ministro del Brasil, enfrente de la señora Martens Ferrão y el Duque de Palmella; la Condesa de Ficalho y el Ministro de Alemania, con la Sra. Doña Ana de Serpa Pimentel y el Ministro de Justicia; la señora Condesa de Sobral y el Ministro de Inglaterra, con la señora Condesa de Valbom y el señor Vizconde de Arriaga; y la señora Vizcondesa de Mossamedes y el Señor D. Tomás Ribeiro, con la señora Condesa de Casal Ribeiro y el Sr. D. Antonio de Serpa.

Después de este primer rigodón bailó S. M. la Reina de España con el Rey Don Fernando, con el Príncipe Real y el Señor Fontes; y el Rey D. Alfonso con la Duquesa de Palmella, la Condesa de las Alcovaças, Doña Ana de Serpa Pimentel, la Marquesa de Fayal, y una de las hijas del señor Conde de Rezende.

Gran parte de la noche la pasaron ambas

Reinas en el salón del Trono, y el Rey Don Alfonso, además de haber bailado con las indicadas damas, sostuvo animada conversación con los representantes de las letras, de la milicia, del comercio, de la industria y de la administración, demostrando siempre la general cultura de su privilegiada inteligencia, así como análogas dotes el Rey D. Luis en la afectuosa conversación que también mantuvo con los Sres. Sagasta, Marqueses de la Vega de Armijo, generales Echagüe y Terreros, Conde de Morphy y Sr. León y Llerena, con el cual también habló largo rato el Infante D. Augusto.

Abierto el *buffet* presentóse á los ojos de los invitados el deslumbrador efecto que ofrecía, recordando, aunque de diversa manera dispuesto, la magnífica comida de la noche anterior, y luciendo también en los suntuosos escaparates la preciosa vajilla de plata y oro de la Real Casa portuguesa, que se salvó cuando la guerra de los franceses, enviándola previsoramente al Brasil.

Cerca del amanecer terminó la espléndida fiesta, entre cuyos concurrentes veíanse también, acompañando á los Reyes, el Cardenal Patriarca de Lisboa y el Obispo de Oporto; habiendo sido nuestros Monarcas, lo mismo á la entrada en el baile, que en el resto de la noche y á su salida, objeto de las más delicadas muestras de respetuosa deferencia.

CAPÍTULO IV.

DÍA 12.—INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN DE ARTE RETROSPECTIVO. — PRIMERAS TOURADAS.—FUNCIÓN REGIA EN EL TEATRO DE SAN CARLOS.

I.

El acontecimiento más importante del viaje de nuestros Reyes á Portugal, por su gran trascendencia, como dijo acertadamente el Rey D. Luis en su oportuno brindis el día del banquete, fué la apertura de la admirable Exposición del Arte retrospectivo. Dispuesta con acertado acuerdo por Real decreto de 22 de Junio de 1881, adquirióse al efecto por el Gobierno para su instalación el antiguo y extenso palacio del Marqués de Pombal, edificio que después de la

clausura de aquel artístico alarde, se dedicaría á Museo de Bellas Artes. La grande importancia de este acontecimiento hace que consignemos, antes de pasar adelante, las personas todas que oficialmente contribuyeron á realizarlo:

PROTECTOR.

S. M. EL REY D. LUIS I.

COMISIÓN CENTRAL DIRECTIVA.

PRESIDENTE.—S. M. el Rey D. Fernando II.

VICEPRESIDENTE.—El Excmo. Sr. Ministro y Secretario de Estado, de Obras públicas, Comercio é Industria.

SECRETARIO.—El Excmo. Sr. Consejero D. Francisco Augusto Florido Mouta é Vasconcellos, *Jeŕe da repartição* de Comercio é Industria.

VOCALES.

Los Excmos. Señores:

- D. João de Andrade Corvo, Par del Reino.
- D. Antonio de Serpa Pimentel, Par del Reino.
- D. José de Mello Gouvêa, Par del Reino.
- Sr. Vizconde de San Januario, Par del Reino.
- D. Antonio Augusto d'Aguiar, Par del Reino.
- D. Tomás de Carvalho, Par del Reino.
- D. Antonio María de Amorín, Director general de Instrucción pública.
- D. Joaquín Simões Margiochi, Director general de Obras públicas y Minas.
- D. Silvestre Bernardo Lima, Director general de Comercio é Industria.
- D. Ignacio de Vilhena Barbosa, Socio de la Academia Real de Ciencias.
- Sr. Conde de Ficalho, Catedrático de la Escuela politécnica.

- D. José Gregorio da Rosa Araujo, Presidente de la Cámara municipal de Lisboa.
- D. Manuel de Assumpção, Sub-director general del Ministerio de Justicia.
- D. Carlos Ribeiro, Socio de la Academia Real de Ciencias.
- D. Pedro Correia, antiguo Diputado.
- D. Augusto César Ferreira de Mesquita, antiguo Diputado.
- D. Manuel Pinheiro Chagas, Socio de la Academia Real de Ciencias.
- Dr. D. Luis Leite Pereira Jardim, antiguo Diputado.
- D. Luis Augusto Palmeirim, Director del Conservatorio Real de Lisboa.
- D. Venancio Augusto Deslandes, Administrador general de la Imprenta Nacional de Lisboa.
- D. Delfim Deodato Guedes, Inspector de la Academia Real de Bellas Artes.
- D. Antonio Tomás de Fonseca, Director de la Escuela de Bellas Artes.
- D. Augusto Carlos Teixeira de Aragão, Socio de la Academia Real de Ciencias.
- Dr. D. Augusto Felipe Simões, Catedrático de la Universidad de Coimbra.
- D. Eduardo Coelho, periodista.
- Sr. Vizconde de Jerumenha, Socio de la Academia Real de Ciencias.
- Sr. Vizconde de Daupias, industrial.
- D. Carlos Relvas, Socio honorario de la Academia Real de Bellas Artes.
- D. Fernando Pereira Palha Osorio Cabral, propietario.
- D. Antonio Augusto de Carvalho Monteiro, propietario.
- D. Francisco Marques de Souza Viterbo, Profesor de la Escuela de Bellas Artes.
- D. Antonio de Souza e Vasconcellos, Director del periódico *El Arie*.
- D. Francisco Rangel de Lima, escritor público.
- D. João Pedro da Costa Basto, Oficial da Torre de Tombo.
- D. José Luis Monteiro, Profesor de la Escuela de Bellas Artes.
- D. José Simões de Almeida Junior, Profesor de la Escuela de Bellas Artes.
- D. José Ferreira Chaves, socio de mérito de la Academia Real de Bellas Artes.

COMISIÓN EJECUTIVA.

- D. Delfim Deodato Guedes, Presidente.
- D. Antonio Thomas de Fonseca.
- D. Ignacio de Vilhena Barbosa.
- D. Augusto Carlos Teixeira de Aragão.
- D. Francisco Marques de Souza Viterbo.
- D. José Luis Monteiro.
- Dr. D. Augusto Felipe Simões, Secretario.

Con arreglo á las disposiciones de la junta, se admitían en aquella Exposición de arte ornamental retrospectivo, no sólo objetos españoles y portugueses, anteriores al siglo XIX, sino también cualesquiera otros de origen diferente, pero que ya existieran en Portugal ó en España antes de terminar la última centuria; consignando claramente la Comisión ejecutiva los objetos y laudables propósitos de aquel certamen, en los siguientes párrafos, del que pudiéramos llamar su programa.

Conocidos los productos artísticos de cada siglo y los caracteres de sus respectivos estilos, dar idea clara y positiva de los orígenes, evoluciones y fases sucesivas del arte ornamental portugués.

Mostrar las relaciones del arte portugués y del arte español, y sus recíprocas influencias en cada época.

Reunir datos indispensables para la historia del arte, que tanto importa conocer.

Influir en el perfeccionamiento del arte moderno facilitando el estudio y comparación de los ejemplares que mejor atestigüen el gusto y enseñanza, y los procedimientos de los artistas portugueses que vivieron en los pasados tiempos.

Las clases y objetos de obras de arte que se admitieron en aquella Exposición eran las siguientes:

1.º ORFEBRERÍA, METALES PRECIOSOS Y JOYAS.

a) Alhajas de culto.—Custodias, cálices, cruces de altares y procesionales, arquetas, vinajeras, incensarios, navetas, sacras, puertas de sagrarios, porta-paces, candeleros, campanillas, coronas, lámparas, relicarios, báculos, etc.

b) Obras decorativas para uso doméstico.—Jarros, salvillas, fuentes, fruteros y otras piezas de vajilla, urnas, vasos, molduras de espejos, bandejas, utensilios de tocador, etc.

c) Adornos personales.—Brazaletes, collares, broches, pulseras, botones, hebillas, cadenas, condecoraciones, anillos, etc.

2.º OBRAS DE METALES NO PRECIOSOS.

a) Obras de cerrajería.—Puertas y gradas de ventanas, cerraduras, cofres, aldabas, cerrojos, llaves, medallones, estantes, candlabros, hogares, etc.

b) Broncería y obras de otras ligas metálicas.—Fuentes, candeleros, platos, marcos, campanillas, cofres, obras de ataugía, escribanías y otros objetos de uso doméstico, alhajas de culto, etc.

3.º ESCULTURA DECORATIVA.—ESTATUISTAS, BAJO-RELIEVES, IMÁGENES DE SANTOS, FIGURAS DE NACIMIENTO, ETC.

- a) En mármol.
- b) En marfil.
- c) En barro.
- d) En madera.
- e) En cera.

4.º ARMAS.

a) Armas defensivas.—Armaduras, escudos, guanteletes, cotas de malla, adargas, grevas, etc.

b) Armas ofensivas.—Espadas, dagas, mazas de armas, alabardas, lanzas, puñales, arcabuces, espingardas, pistolas, etc.

c) Utensilios de caza.—Frascos de pólvora, cartucheras, cuchillos de monte, etc.

5.º VEHÍCULOS, ARREOS, ESTRIBOS, ACICATES, SILLAS, ETC.

6.º CERÁMICA, VIDRIOS Y ESMALTES.

a) Lozas hispano-árabes, porcelanas extranjeras, terras-cottas, lozas, fuentes, platos, juegos de café, medallones, etc.

b) Porcelanas asiáticas.

c) Lozas portuguesas.

d) Azulejos.

e) Vidrios extranjeros.—Botellas, platos, vasos, frascos, tazas, candeleros, espejos pintados ó grabados, objetos de ornato, etc.

f) Vidrios orientales é hispano-árabes.

g) Vidrios pintados.

h) Vidrios portugueses.

i) Esmaltes incrustados.—Relicarios y otros objetos de culto hechos de cobre esmaltado, etc.

j) Esmaltes pintados.—Dípticos, trípticos, placas, cofres, medallones, tazas, fuentes, y otros objetos, tanto de culto como de uso doméstico.

7.º MOSÁICOS.

8.º OBRAS DE CONCHA.—COFRES, CAJAS DE RAPÉ, PEINES, ETC.

9.º MOBILIARIO.

a) Muebles de uso doméstico.—Mesas, escritorios, camas, sillas, obras marqueteadas ó embutidas, cofres, cueros estampados, baules, puertas, espejos, molduras, estantes, bandejas, armarios, etc.

b) Muebles propios del culto.—Sagrarios, sillerías de coro, retablos, etc.

c) Muebles de la India y del Japón.

10. RELOJES É INSTRUMENTOS DE PRECISIÓN NOTABLES POR SU ORNAMENTACIÓN ARTÍSTICA.

11. INSTRUMENTOS DE MÚSICA NOTABLES POR SU ORNAMENTACIÓN ARTÍSTICA.

12. TEJIDOS Y BORDADOS.

a) Paramentos y ropas de culto.—Paramentos de brocado, lana ó seda, notables por la antigüedad ó por el bordado, casullas, dalmáticas, capas pluviales, paños de hombros, paños de cálices, frontales, pabellones de sagrario, etc.

b) Tapetes.

c) Colchas.

d) Trajes antiguos de hombre y de mujer.

e) Abanicos.

f) Bordados.

g) Randas.

h) Pasamanería.

13. ENCUADERNACIONES.

a) En cuero.

b) En metal.

c) En pergamino.

d) En madera.

14. MINIATURAS.

15. REVESTIMIENTO DE SALAS.

a) Paños de Arras.

b) Paños pintados.

c) Papeles pintados.

16. CUEROS ESTAMPADOS, PINTADOS, DORADOS Ó PLATEADOS.

17. MANUSCRITOS ILUMINADOS.

18. DISEÑOS, MODELOS Y FOTOGRAFÍAS DE OBRAS DECORATIVAS.

Tales eran los grupos que abarcaba todo el proyecto, según los anuncios oficiales del mismo, grupos que respondían á las necesidades convencionales de una Exposición, por más que nosotros creamos que en éstas debiera empezar la enseñanza que ofrecen, por el orden científico seguido en la agrupación de los objetos.

La actividad desplegada por los individuos de la Comisión ejecutiva, excede á todo cuanto pudiera ponderarse. Mientras los unos cuidaban de lo relativo á las obras indispensables en aquel antiguo Palacio, á fin de que sirviera para el nuevo destino que iba á dársele, otros arqueólogos y entendidos cultivadores de la historia del arte y de la industria, como los Sres. Vilhena Barbosa, Teixeira d'Aragão y Simões recorrían las ricas catedrales é iglesias de Portugal, y hallando en sus dignos Prelados y en el clero, casi siempre, cooperación ilustrada y franca, en lugar de egoísta retraimiento y estéril suspicacia, recogieron las mejores

preciosidades que avaloraban la Exposición. Fué este, por decirlo así, el fondo principal de aquel admirable conjunto, además del que ya existía de la Academia de Bellas Artes de Lisboa y de las colecciones de los Reyes D. Luis y D. Fernando, que con otras de particulares, tan importantes algunas como la del Duque de Palmella, constituyeron el gran núcleo de aquel artístico certamen. España correspondió también dignamente al fraternal llamamiento, y aunque no pudieran ser los objetos que llevaba en tal abundancia que dejaran vacíos sus Museos durante la Exposición portuguesa, fueron tan importantes, que su mérito suplió indudablemente por el número. Hasta el Museo inglés de Kensington envió muchos objetos portugueses y en su mayor parte españoles, adquiridos en nuestra patria por inteligentes comisionados del Gobierno inglés, cuyo nombre declaraban las papeletas puestas en los objetos mismos.

Las obras adelantaron rápidamente, lo-

grando habilitar al propósito quince salas, algunas de ellas de grande amplitud, con buena y apropiada estantería, armarios y *vitruinas*, alumbrado eléctrico, para que estuviera abierta la Exposición durante la noche, dos veces por semana, y con un sistema de vigilancia perfectamente montado, para evitar la fácil sustracción de los preciosos objetos allí reunidos.

Faltaban todavía no pocos detalles á la llegada de los Reyes de España, para que la Exposición pudiera inaugurarse; pero venciendo todos los inconvenientes la Comisión ejecutiva, en el día designado 12 de Enero, pudo verificarse aquélla con toda la solemnidad que tan importante acto requería; contribuyendo poderosamente á tal resultado, en la parte que á ella le estaba encomendada, la Comisión española, compuesta del excelentísimo Sr. D. Juan Valera, Presidente; del Vicepresidente, como Profesor de la Escuela de Artes y Oficios, D. Vicente Esquivel; de los Vocales D. Darío Ulloa, D. José Gargo-

llo, el artista D. Enrique Casanova, á quien se encargaron y ejecutó todas las láminas que más tarde enriquecieron el catálogo, y el joven y ya entendido arqueólogo D. José Ramón Mélida, nuestro querido discípulo, Oficial del Museo Arqueológico Nacional, que tan buenos trabajos prestó para la redacción del catálogo, en la parte española. Contribuyeron también como delegados especiales, al éxito obtenido en aquel certamen por España, el Excmo. Sr. D. Leopoldo Alba Salcedo y el Ilmo. Sr. D. Juan Blanco, habiéndose encargado la redacción de una memoria sobre el mismo á D. José Gutiérrez Abascal, memoria que deberá ser del mayor interés y cuya publicación desean todos los amantes de estos estudios.

II.

Aunque la hora señalada para la solemne ceremonia de la inauguración era la una de la tarde, á las once abriéronse las puertas

del Palacio donde tantas preciosidades y riquezas se habían acumulado, para que en él se reunieran la Comisión general, la ejecutiva y los invitados al acto, habiendo tenido que limitarse mucho el número de las invitaciones por no permitir otra cosa el local.

Cerca de la una llegó el Rey D. Fernando, que fué recibido por los individuos de la Comisión ejecutiva; y á las dos y media entraron en el palacio de la Exposición los Reyes de Portugal en compañía de sus regios huéspedes, dando el Rey D. Luis el brazo á la Reina Doña Cristina, y D. Alfonso á la Reina Doña María Pía. Las dos augustas señoras llevaban elegantes y ricos vestidos con bordados de oro, y los Reyes uniformes de gala. El Príncipe real iba de Guardia marina, y el Infante D. Alfonso de sargento de Artillería. El séquito de ambos monarcas era numeroso, figurando entre ellos el Gobierno y Cuerpo diplomático, Pares, Diputados, Oficiales generales y altos dignatarios.

Al entrar los Reyes en el edificio, cuyo vestíbulo y escalera adornaban estatuas, tapices, plantas y flores, la música tocó la marcha real española, y al presentarse en el salón, donde estaba dispuesto un rico estrado para las personas reales, todos los circunstantes se pusieron de pié. Ocupados sus sitios por los Monarcas y real familia, colocáronse las dos Reinas en el centro del regio grupo, teniendo la Reina Doña Cristina á su derecha al Rey D. Luis, al Rey Don Fernando y al Infante D. Alfonso, y la Reina de Portugal á su izquierda al Rey de España y Príncipe heredero.

Delante formaron los concurrentes un semicírculo á respetuosa distancia, y levantándose el Rey D. Fernando, como Presidente de la Comisión ejecutiva, leyó el siguiente discurso:

«Avivar la memoria del grandioso pasado de Portugal, que por sus hechos de armas y sus expediciones marítimas, los encantos de su literatura y la riqueza de sus produc-

ciones artísticas, encierra tantas y tan gloriosas tradiciones, es siempre grato á quien ama como yo el merecido renombre de este país.

»Lo que fué en otros tiempos Portugal, lo dicen nuestras letras, lo atestiguan nuestros monumentos.

»Cronistas y poetas se esforzaron por consignar en circunstanciadas narraciones ó en levantadas estrofas, la poderosa iniciativa que determinan nuestras conquistas y nuestros descubrimientos.

»Monumentos del más puro estilo evidencian hoy todavía, con orgullo y admiración nuestra, lo que de más aventajado y bello produjo la concepción artística en los siglos que pasaron.

»Pero no sólo revelan y traducen nuestros grandes monumentos las creaciones del arte.

»Tan vastos y tan diversos son los campos que la investigación abre al genio de los que la cultivan, que á pesar de esos testimonios, siempre patentes, del florecimiento

y grandeza de otras edades, tenemos muchos productos que nos legaron, los cuales, por la riqueza de sus labores, por la originalidad de sus relieves, ó por el interés histórico de su trabajo, bien merecían comparativo y cuidadoso estudio.

»Y de éstos, aunque no pocos se perdieron en las vicisitudes de las luchas políticas, nos quedan bastantes todavía, ó refugiados á la sombra de los conventos, ó transmitidos como preciosa herencia de familia, ó procurados y adquiridos por los que mejor conocían su valor.

»De aquí la conveniencia de reunirlos y clasificarlos, desentrañando en cuanto es posible su procedencia y edad, y deduciendo de tales elementos importantes datos para la historia del arte en Portugal.

»Tal es, en breves frases, el pensamiento inicial de esta Exposición.

»Y porque no sólo en Portugal, sino también en toda la Península el arte antiguo reviste en sus más preeminentes mani-

festaciones un aspecto especial y característico, justo era que en la presente Exposición figuraran, á la vez que los productos de origen nacional, los del vecino Reino, como hace poco sucedía en Inglaterra en el Museo de South Kensington, y como era propio de dos países que, autónomos y libres, están ligados por estrechos lazos de cordial amistad.

»Así podrán los apreciables ejemplares del arte ornamental, que hemos podido coleccionar aquí, atraer el estudio y la comparación de las sucesivas evoluciones en que el espíritu artístico más se ha distinguido, á fin de que los recuerdos de lo pasado sirvan de estímulo á nuestras empresas para lo futuro.

»Agradezco á V. M., en nombre de la Comisión que presido, la benevolencia que se digna dispensarle.»

Terminado este breve y bien pensado discurso, el Rey D. Luis contestó con las siguientes oportunas y elocuentes palabras:

«Con gran contentamiento vengo hoy á inaugurar la Exposición retrospectiva del arte ornamental de Portugal y España.

»Si las Exposiciones, así de Ciencia como de Arte, así de Industria como de Agricultura ó de Comercio, son siempre de gran provecho y utilidad, ya por la idea de progreso que revelan, ya por la manifestación del trabajo que representan, ya por el movimiento de concurrencia que estimulan, en especial consideración debe ésta ser tenida, por los recuerdos que nos trae de los antiguos tiempos de Portugal.

»Tiempos heróicos y grandes, en los que la audacia que impelía á la navegación, nos abría los horizontes de nuevos mundos, y en los que la espada, que aseguraba la conquista, no iba sólo á descubrir allende los mares riquezas que nos acrecentasen valimiento.

»Los hermosos monumentos que poseemos en las notables producciones del arte que nos restan, son hoy viva demostración

de lo que fueron y de lo que valieron nuestras empresas de otros días.

» Por ello, y al ver aquí reunidos tantos y tan preciosos ejemplares de nuestro antiguo arte, tantos y tan sorprendentes testimonios de la opulencia de los siglos que pasaron, me siento feliz al solemnizar un acto que tan bien merece de Portugal por las reminiscencias que despierta de nuestra historia, y por los sentimientos que invoca de nuestro patriotismo.

« Y tanto es más grato para mí, cuanto que en esta solemne afirmación de la vitalidad de otras edades, viendo á mi lado á S. M. C. mi primo el Rey D. Alfonso, encuentro al lado de Portugal representada á España, cooperando de este modo al interés del arte de los dos pueblos de la Península, que en el mutuo respeto por su independencia, por su libertad y por las tradiciones que á cada uno son peculiares, tienen la más segura prenda de la amistad que los une.»

Con respetuosas pero entusiastas muestras de aprobación fueron acogidos ambos discursos, dando particularmente el parabién á uno y otro Rey nuestro Monarca; y después de haber declarado abierta la Exposición, el Ministro de Obras Públicas, en nombre de S. M., descendieron del estrado los Reyes, y recorrieron detenidamente los salones, demostrando, ante los preciosos objetos allí reunidos, la merecida fama de que gozan por su vasta ilustración.

Entre los diferentes grupos que componían aquel improvisado Museo, el de la orfebrería era sin disputa el más rico, no sólo por la materia de que estaban formados los objetos, sino por el trabajo y la creación artística que representaban; y en este grupo, España tenía expuesto el objeto más antiguo, y como tal de más interés histórico que en la Exposición se encontraba, el cual consistía en los dos brazos de una cruz procesional de oro que se conserva en nuestro Museo Arqueológico Nacional, procedentes

del célebre tesoro visigodo de Guarrazar, donde fueron también encontradas las coronas que, altos funcionarios, sin conocer su mérito cuando les fueron presentadas, dejaron que se llevasen al extranjero, y que hoy son las más valiosas joyas del Museo de Cluny, y otras que con mejor acuerdo, más ilustración y más españolismo, salvó para su patria con fondos de su Real Patrimonio la augusta madre de nuestro Rey, conservándolas entre las ricas colecciones de la Armería Real. Los brazos de esta cruz procesional del Museo, con labores repujadas y caladas, y piedras unidas á la cruz con el mismo arte que á los aros de las coronas, son de lo más notable que la historia de la orfebrería española puede presentar, y en su clase ejemplares únicos de la época á que pertenecen (1).

También de este mismo estilo latino-

(1) En la obra fundada y dirigida por el autor de este libro, con el título de *Museo Español de antigüedades*, tiene publicada una extensa monografía acerca de las coronas visigodas que se conservan en la Armería Real, y de estos brazos de cruz.

bizantino presentó España otro objeto de gran antigüedad, que consiste en una preciosa arqueta de ágatas y plata, cuyo ornato está formado por arquitos entrantes ó de herradura, arqueta de gran mérito, procedente del monasterio de San Isidoro de León.

Aunque algo más recientes, pero sin pasar del siglo XII, eran notabilísimos los cálices de ancha copa semi-esférica, análogos al célebre de Astorga, que perteneció al Cardenal Arzobispo de Toledo, y que hoy posee un rico coleccionista francés (1), cálices entre los cuales sobresalían uno de la Academia de Bellas Artes de Lisboa, y otro, cuya patena tiene grabada en el centro una mano con nimbo, echando la bendición á la manera bizantina, procedente de la Cofradía de las Almas de Santa Marinha de Costa de Guimarães. También, aunque

(1) También está copiado al cromo é ilustrado con una extensa monografía, escrita por D. Rodrigo Amador de los Ríos, en la misma obra, *Museo Español de Antigüedades*.

ya del siglo XIII, llamaron, y con justicia, la atención de los regios viajeros, otro cáliz de plata dorada con la copa en forma de cono invertido, perteneciente á la Colegiata de Guimarães; otro de la sede de Coimbra, delicada y prolijamente labrado, con arca-das y figuras en los intercolumnios, en la parte exterior de la copa semi-esférica, labores y figuras en que todavía predomina el gusto bizantino; y otro más pequeño, pero de forma análoga, de plata, perteneciente á la sede de Braga.

La rica orfebrería portuguesa de los siguientes siglos, en que impera el ojival estilo, estaba también representada por numeroso cálices, cuya decoración arquitectónica demuestra una vez más la influencia de este arte fundamental en todas las manifestaciones artístico-industriales. Delicados intercolumnios, arcos, doseletes y figuras en la parte superior y media del pie los enriquecen, siendo elocuentes testimonios del verdadero mérito artístico de aque-

illos desconocidos orfebres, entre otros objetos de esta clase allí expuestos, los cálices que proceden de la citada Academia de Bellas Artes, de la Misericordia de Oporto y de la Colegiata de Guimarães, con esmaltes y figuras de gran relieve en la copa. En estos cálices, como en las custodias de esta época, de que luego hablaremos, resalta como detalle característico, un adorno de campanillitas de oro á manera de pendientes, que ya habíamos visto en cálices de algunas iglesias españolas, los cuales, en nuestro juicio, procedían de Portugal (1).

Cruces y relicarios, anteriores al completo desarrollo del periodo ojival, también se encontraban en la Exposición, sobresaliendo entre estos objetos una caja de plata dorada con figuras de relieve repujadas, de los principios del siglo XIII, perteneciente á la sede lisbonense.

(1) Recordamos á este propósito un precioso cáliz de esta clase, que se conservaba hace poco en la Colegiata de Osuna.

Pero donde brillaba en todo su esplendor la rica orfebrería portuguesa era, además de los ya citados cálices del periodo ojival, en las cruces procesionales, báculos, relicarios y custodias. Sobresalían entre las primeras, una del siglo XIV perteneciente á la sede de Coimbra; otra de gran tamaño, de la de Evora; otra de Funchal con marcados caracteres de orfebrería portuguesa; y otra de la Colegiata de Guimarães, en cuyas partes componentes se encuentran grandes analogías con las custodias de las catedrales de Evora y de Oporto. Todas ellas, llenas de pináculos, arcadas, festones y minuciosos detalles, tienen ese carácter propio del estilo ojival y de transición en el vecino reino, que consiste en una lujosa profusión de tales ornatos, los cuales, como ha dicho muy bien nuestro querido amigo y discípulo el ya citado Sr. D. José Mélida, descomponen á veces las líneas generales del conjunto. Entre los báculos llamaban especialmente la atención el remitido por

nuestro Museo Arqueológico, y que lleva las armas del que mandó hacerlo, el antipapa D. Pedro de Luna ⁽¹⁾, báculo de plata dorada con medalloncitos de esmaltes, y figuras en el centro de la voluta; y otro análogo á éste, pero más rico en el cincelado, de la sede de Evora. De los relicarios y cajas-relicarios, sin contar los de estilo mahometano, de que en breve hablaremos, llamaron la atención de SS. MM. en la sala M, donde estaban reunidos la mayor parte de los objetos de orfebrería, el precioso cofrecito de plata dorada de Montemor-o-Novo, en forma de baul, cuyo frente anterior adornan figuras en bajo relieve con la cruz de San Andrés, á cuyo santo mártir pertenecía la reliquia que había conservado, arquita cuyos frentes laterales estaban divididos en cuatro triángulos por los brazos de una cruz semejante de mayores

(1) También está publicado en dicho *Museo Español de Antigüedades* con su correspondiente monografía, escrita por el Catedrático de la Escuela superior de Diplomática, D. Toribio del Campillo y Casamor.

dimensiones, leyéndose en el posterior la dedicatoria con la fecha de 1454; el relicario de la iglesia de Santa Justa y Rufina de Lisboa, aunque desfigurado con aditamentos del siglo xvii, compuesto de una placa de cristal con la imagen grabada de la Virgen, guarnecida de estrecha moldura de oro y piedras preciosas, sirviendo de peana otras piezas de cristal en facetas unidas de la misma manera, sistema original en esta clase de objetos del siglo xv, que se ve también empleado en las cruces de Setubal y de Mafra, y que parece imitación veneciana; y el relicario de plata, también del siglo xv, cuyo sagrado contenido se colocaba dentro de un cilindro horizontal calado, con bellísimo remate del mismo estilo que le corona, objeto procedente de la sede de Coímbra.

Pero en medio de tantas riquezas y de tantos primores de detalles, la serie de custodias allí reunidas atrajo preferentemente la atención de los regios viajeros, sobre

todo la de Alcobaça del año 1366; la de Oporto y la de Setubal de fines del siglo xv ó principios del xvi; la de Belén, del año 1506; la de Evora y la de Cintra, también de los principios de la Centuria décimasexta; la de Coimbra, del año 1527; la de Viseo, del 1533; la llamada de la Academia, próximamente del mismo año; y la de Guimarães, del 1534.

Todas eran notabilísimos ejemplares de la orfebrería portuguesa en aquellas centurias, pero sobresalía entre ellas con indiscutible superioridad la de Belén. Su fabricación va enlazada al gran acontecimiento que fué causa de que se levantase el monasterio de los Jerónimos, pues queriendo dar el Rey D. Manuel digno empleo al oro que le fué ofrecido por varios Príncipes infieles del Africa oriental, mandó que con él se hiciera la custodia que había de ostentarse en la capilla mayor de aquella iglesia, encargando de tan importante obra al célebre artífice Gil Vicente, con

razón llamado el Enrique Arfe de Portugal. Terminó éste su verdadera concepción artística con toda la riqueza de detalles propias del estilo ojival en su último periodo, agrupando en círculo debajo del viril, con excelente acuerdo y como adorando la sagrada forma, las estatuitas de los doce Apóstoles, cinceladas con gran delicadeza y coloridas con finísimo esmalte.

La índole de este libro nos permite sólo citar las piezas más salientes y que llamaron con preferencia la atención de nuestros Reyes, por lo que sin entrar en estudios comparativos de las demás custodias y objetos que en riquísima agrupación allí se veían reunidos, seguiremos ocupándonos en dar noticia de los demás objetos que con justicia atraían las miradas de los regios viajeros y daban origen á sus acertados juicios. Fué otro de ellos el admirable tríptico repujado y cincelado en plata dorada de la Colegiata de Guimarães, objeto tenido como el más importante de este gru-

po, aunque para nosotros comparte con él la preeminencia la citada custodia de Belén. Además de su mérito goza de gran celebridad entre la gente poco ilustrada de Portugal, porque se supone fué tomado al Rey de Castilla en la batalla de Aljubarrota; errónea tradición alimentada por el amor á la independendencia que tanto distingue al pueblo portugués, pero cuya falsedad descubre el mismo tríptico, como ha demostrado con grande imparcialidad y acierto el docto Secretario de la Comisión ejecutiva ⁽¹⁾. Contra la tradición, dice este diligente escritor, están protestando claramente los escudos de las armas reales portuguesas de tiempo de D. Juan I, sin vestigio alguno de haber sido añadidas con posterioridad á la fabricación del tríptico; confirmando su origen en la agradecida piedad de aquel monarca, la relación de Gaspar Estaço, ca-

(1) *A Exposição retrospectiva de Arte ornamental portugueza e hespannola em Lisboa; cartas ao redactor do «Correio da noite», por A. Filippe Simões. Lisboa, typographia universal, 1882.*

nónigo de la Colegiata de Guimarães, que vivió en los siglos XVI y XVII, el cual publicó un libro en el año 25 de esta última centuria, intitulado *Varias antigüedades de Portugal*, en el que no sólo hace caso omiso de la supuesta leyenda, sino que refiriéndose á dicho Rey D. Juan I, dice que, armado de todas armas, «se mandó pesar en plata, dándola en ofrenda á Nuestra Señora, con la cual se hizo el retablo de plata del Nacimiento de Cristo Nuestro Señor, que en los días solemnes se pone en el altar mayor y en el que están las armas de este Rey.»

Aunque el tríptico carece de fecha, además de sus caracteres artísticos y de los trages de las estatuitas que lo adornan, los referidos escudos de armas que lleva en la parte superior la suple, demostrándonos que tan notable producto de orfebrería debió ser hecho á fines del siglo XIV ó principios del XV. El asunto principal de la composición es el Nacimiento de Jesucristo, re-

presentado con admirable delicadeza. La Virgen, recostada en su lecho, tiene sobre la ropa que la cubre sentado al divino Niño, que el artista, con grande elevación de pensamiento, representó lleno de animación y vida, como Sér superior que no podía estar sujeto á la torpe inacción y debilidad que caracteriza esos primeros instantes de la vida humana. Dos ángeles agitan sendos incensarios, ofreciéndole perfumes como á Díos; entre ellos se ven las tradicionales cabezas de la mula y el buey; y á los piés de la cama, San José contempla el divino misterio. Cuatro arcos conopiales cierran por la parte superior esta sencilla composición, que recuerda otros monumentos esculturales españoles de la misma época, en que se halla representado el Nacimiento de análoga manera. Sobre los arcos levántanse esbeltos y labrados cuerpos arquitectónicos, con arcos y agudos gabletes con frondarios; en las impostas de los arcos, debajo de doseletes, cinco ángeles de pié; y en la par-

te más alta otro á cada lado, sustentando en sus manos el escudo de las armas de Portugal. Las hojas ó puertas del tríptico están divididas en cuatro nichos con arcos trilobados, gabletes y frondas, nichos que llevan estatuas representando la Anunciación, la Visitación, la Presentación, la Adoración de los pastores y la de los Reyes.

Este admirable producto del arte de la orfebrería portuguesa, que mide 1,^m35 de longitud por 1,^m23 de latitud, ofrece la particularidad de tener esmaltados de color de rosa violácea los rostros y carnes de las figuras, la parte que se ve del forro en la cubierta del lecho de la Virgen de rojo y verde, y los escudos de azul y carmín.

Para pasar de los últimos tiempos en que el estilo ojival predominaba con la cristiana creencia en las esferas del arte, al pagano del Renacimiento, encontrábanse también en las salas de la Exposición portuguesa preciosos objetos de aquel estilo de transición, de que hablamos en el anterior

capítulo, tales como un cáliz del Concejo de Cintra, el de la Vera-Cruz de Aveiro, dos custodias de la sede de Evora, y otra de la Academia de Bellas Artes, hermosos modelos en que se ven amalgamados y compenetrándose los elementos ornamentales de ambos estilos; debiendo también mencionarse, entre la multitud de objetos que allí representaban el periodo de transición y los principios del Renacimiento, el relicario de oro adornado con finísimos esmaltes, filigrana y piedras preciosas del monasterio de la Madre de Dios, por más que parece trabajo, mejor que de artistas portugueses, de flamencos ó italianos, que en las centurias xv y xvi trabajaron con frecuencia para los Reyes y magnates de Portugal.

De pleno Renacimiento portugués, que se diferencia del nuestro en su mayor exuberancia de detalles y en apartarse de la pureza de líneas del predominante gusto italiano, son en cambio, en nuestro juicio,

las custodias de Santa Clara de Coimbra y de Santo Domingo de Odivellos; los cálices de plata dorada de Nuestra Señora de la Esperanza y de la Academia de Bellas Artes de Lisboa; un cáliz de plata, también sobredorada, mucho más sobrio en sus ornatos, de Elvas; el plato de la sede de Coimbra, con delfines entre ondas y luchas de hombres y animales fantásticos; y los hermosos ejemplares expuestos en la preciosa sala del Rey D. Fernando y de la Condesa de Edla, donde se encuentran platos de delicada ornamentación, repujada y cincelada, jarrones con figuras en las asas y una bellísima figura de un ciervo, si bien es cierto que no todas aquellas obras son de artífice portugués, revelando varios detalles su procedencia germánica ó italiana. Entre aquellos platos los había también de los principios del Renacimiento, ó acaso anteriores, tales como dos grandes del Rey Don Fernando, con grandes y desproporcionadas figuras, casi deformes, é incorrecto dibujo

en todos los ornatos, palabras portuguesas en caracteres de los llamados góticos, y grandes cordones retorcidos entrelazados; y otro gran plato de la colección del Rey D. Luís, con adornos en zonas, representando cuadros de combates, asaltos, navegaciones, viajes y muerte de un personaje, que parece ser el héroe de aquella desconocida historia.

De pleno Renacimiento, como labrado en el año 1587, cuya fecha lleva, es también un admirable cáliz de oro, repujado, cincelado y esmaltado, perteneciente á la iglesia de Evora, cuyo primor de ornamentación y las artísticas composiciones de sus cuadros en relieve, que decoran la parte inferior de la copa y los lados del exágono que forma la parte central del cáliz, con asuntos de la Pasión, y el pié con los cuatro evangelistas, y San Pedro y San Pablo, indican desde luego eximio artista, que no porque en esta obra se apartase de la *manera* general portuguesa, debiera ser extranjero; pues con

harta frecuencia artistas nacionales se inspiraban en las mejores obras de su época, labradas fuera de su país, ó en él mismo por artífices de otras naciones, llamados por los poderosos ó atraídos por la protección que en él encontraban las artes. Enríquecen además este admirable cáliz los esmaltes que realzan sus adornos, con bellísimos y variados tonos, en los que predomina el blanco y rojo combinado con el del oro, y en algunas partes con azul y verde.

Y ya que de esmaltes hablamos, ocasión es de mencionar los principales que se encontraban en la Exposición, tales como los relicarios de los siglos XII y XIII de la Sede de Viseo, y las placas de la Biblioteca de Evora; los esmaltes de la ornamentación de varios objetos de los siglos XIV y XV; el gran tríptico de la misma Biblioteca de Evora, del siglo XVI; otros veinte y seis esmaltes que pertenecieron al monasterio de Santa Cruz de Coimbra, de donde pasaron á la Academia de Bellas Artes de Oporto; cinco del Viz-

conde de Daupias; y otros muchos que figuran como accesorios de varios objetos, entre los cuales no puede quedar en olvido el de la hermosa patena de oro que perteneció á un cáliz de Alcobaça, en la que está representada, por un lado, en bellísima miniatura esmaltada, la Cena, y en la otra Jesucristo desclavado de la cruz, entre Nuestra Señora y San Juan. Todos estos objetos, algunos de los cuales, como los 26 esmaltes de la Academia, han sido calificados de españoles, no pueden con certidumbre considerarse como obra española ni portuguesa, porque carecemos de datos para afirmar que, aunque conocida y usada como accesorio por los orfebres de ambos reinos, la artística industria del esmaltador se cultivase en Portugal y en España como arte independiente, de la manera que se practicaba en Limoges.

Al Renacimiento español pertenecía una hermosa Paz de plata de gusto plateresco en forma de retablo, con una composi-

ción en figuras de alto relieve, representando á la Virgen imponiendo la casulla á San Ildefonso, obra, aunque española, presentada por el Museo de Kensington, así como algunas bandejas de plata con ornatos calados, y unas preciosas joyas con piedras y esmaltes, que pertenecieron al tesoro de la Virgen del Pilar de Zaragoza.

El siglo xvii estaba dignamente representado en aquel hermoso alarde de la antigua orfebrería portuguesa, entre otros muchos objetos, por la célebre cruz de Villaviciosa, guarnecida de granates; un cáliz de plata dorada de la Sede de Viseo, y dos custodias, una de la Misericordia, de Cascaes, y otra del convento de Santa Calteria, de Evora; y en la parte española por un juego de altar de plata dorada, con marfiles y corales, que perteneció á la iglesia de Santa María de Madrid, conservado hoy en nuestro Museo Arqueológico nacional. El decadente siglo xviii también ofrecía abundantes obras, dignas de estima, aunque del mal

gusto que le caracterizaba, sobresaliendo sin embargo entre ellas la custodia de Santos ó Velho.

Entre las ricas preseas con que en los siglos medios se enriquecieron las iglesias por la piedad de los príncipes y magnates cristianos, figuran preciosas arquetas árabes, que, destinadas entre los musulimes para guardar joyas, arrancadas á sus poseedores como botín de guerra, eran ofrecidas á los templos cristianos, donde servían de relicarios. Tal origen tienen varias que enriquecen todavía los tesoros de algunas iglesias españolas, y otras que conservamos en nuestro Museo Arqueológico nacional, á las cuales pertenecían en la sala española preciosos cofrecillos de plata con labores é inscripciones cúficas de esmalte oscuro, que se remontan á los siglos XI y XII (1).

Entre las joyas de personal ornato, que

(1) Han sido también publicadas en el *Museo Español de Antigüedades*, con una monografía de D. Rodrigo Amador de los Ríos.

en grande abundancia se encontraban en las salas destinadas á los objetos de orfebrería y sus análogos, atraieron también la atención regia, el fragmento de un collar de oro, perteneciente al convento de Santa Clara, en Coimbra, que es tradición constante perteneció á la santa y caritativa Reina Doña Isabel de Portugal, tradición que confirma el arte de tan interesante obra, correspondiente al siglo XIV; un notable anillo de plata dorada con una cornalina donde está grabada la figura de un rey coronado, y en el aro á los lados de la piedra dos YY, también coronadas, como las que usaba D. Juan II en sus monedas, por lo que se atribuye esta joya á aquel monarca ⁽¹⁾; una corona de oro adornada con piedras finas, perlas y esmaltes, donación de la Infanta Doña María, hija del Rey D. Manuel, al convento de la Luz, de donde pasó á la Academia de Bellas Artes; unos pendientes de oro esmaltado, pedrería y per-

(1) Fué expuesto por Doña Elena de Aragao, y dícese fué encontrada en Alvôr.

las, del siglo xvi, de la condesa de Prime, y de Doña Manuela de Brito é Castro; y otras varias joyas del mayor interés, pertenecientes al convento de Santa María de Almos-ter, con figuras del mismo género que otra esmaltada, con un caballero que cabalga en un delfín, al que parece golpear con su maza, y otra de plata también esmaltada, representando un cisne montado por Cupido, joyas todas estas del siglo xvi, y que parecen demostrar, como otras muchas de la misma clase, que en Portugal conservan varios particulares, que en aquella centuria debía cultivarse en el vecino reino este ramo de joyería, como también era cultivado en España, imitando las obras de artistas italianos y franceses. Desgraciadamente faltan datos para llenar este vacío en la historia de las industrias artísticas de Portugal, como apenas los tenemos para escribir la de sus desconocidos orfebres.

Entre las joyas reunidas en la Exposición portuguesa, ocupaban también lugar

preeminente las árabes de los siglos XIV y XV, presentadas por nuestro Museo Arqueológico Nacional.

Pero no sólo los numerosos objetos de orfebrería reunidos, principalmente en las salas M, N y O, en cuyas dos últimas sobre todo, podía seguirse la marcha histórica del arte, llamaron la atención de los regios viajeros en aquel abundantísimo concurso de las antiguas industrias artísticas. De cobre, ó mejor de bronce, aunque en número mucho menor, había también objetos del mayor interés, tales como un báculo bizantino del siglo XII, procedente de la sede de Braga, otro del siglo XIV de la iglesia de Ermida, y la célebre cruz de Sancho I expuesta por el Rey D. Luis, y que perteneció al monasterio de Santa Cruz de Coimbra, cruz labrada en los principios del siglo XIII, y cuyo frente principal se adorna con aljofares, zafiros, rubíes y finos arabescos grabados y guarnecidos de filigrana, estando las labores de la cara posterior grabadas á

buril. En el centro, como otras cruces de la misma época y posteriores, lleva un *Agnus Dei*; en las extremidades y en los brazos simbólicas representaciones de los Evangelistas; y en el asta la inscripción que declara haber sido hecha de orden de D. Sancho: la fecha, ANO INCARNATIONIS MCCXIII, se encuentra en una cinta que el ángel de San Mateo lleva en las manos.

También en este grupo sobresalían, una preciosa cruz portuguesa del siglo xiv, la hermosa lauda sepulcral grabada de Castro-Urdiales, que se conserva en nuestro Museo; y de arte árabe español la magnífica lámpara de bronce y hermoso estilo naserita, como labrada en tiempo de Mahommad III de Granada, objeto que bien puede asegurarse no tiene rival en los Museos de Europa, y que se conserva en el repetidamente citado Museo Arqueológico Nacional (1).

(1) Se ha publicado también una hermosa lámina, que reproduce este admirable objeto de la industria aceraria granadina, en dicho *Museo Español de Antigüedades*, con una monografía de Don Rodrigo Amador de los Ríos.

De ferretería artística, veíanse en la sala de España preciosos objetos, tales como dos cajas de ornamentación ojival, pertenecientes la una al Museo Arqueológico y la otra al Sr. D. Ignacio Bauer; los dos grandes candelabros, ojival el uno, plateesco el otro, procedentes de la catedral de León y que hoy enriquecen nuestro repetido Museo ⁽¹⁾; una arqueta con adornos repujados de Renacimiento español, presentada por el inteligente coleccionista y antiguo diplomático Excmo. Sr. D. Mariano Díaz del Moral; la admirable romana labrada en el siglo xvii por el maestro español Salinas, que se conserva en el mismo Museo; las artísticas cerraduras del Escorial presentadas por la Real Casa; y los notabilísimos objetos esculturales del siglo xv también labrados en hierro, de arte portugués, que demuestran fué común á ambos

(1) Están igualmente publicados en la misma obra, con una monografía del malogrado arqueólogo D. Isidoro Rossell y Torres, que la dejó sin terminar.

pueblos el cultivo de tan difícil industria artística.

En pequeñas esculturas, también España ocupó digno lugar en aquel certamen, principalmente en marfiles, sobresaliendo entre todas las obras de esta clase, la incomparable cruz de San Isidoro de León, regalada á aquella antigua Colegiata por Don Fernando el Magno y Doña Sancha, obra admirable del siglo xi que hoy se conserva también en nuestro Museo y que no tiene rival en los extranjeros ⁽¹⁾. Por su antigüedad y mérito llamaban también la atención, una caja ó relicario con bajo relieves del siglo ix, y otras dos arábigas, una de ellas rarísima y de tradición persa, próximamente de la misma época, perteneciente también al Museo ⁽²⁾. No eran de menos mérito las que, también de arte árabe español,

(1) También está publicada en la misma obra con una monografía escrita por D. Manuel de Assas.

(2) Estas arquétas están publicadas en el mismo *Museo Español de Antigüedades*, con monografías de los Sres. D. José Amador de los Ríos y de su hijo D. Rodrigo.

calada la una, del siglo x, otra mayor, esculpida, de tradición persa con figuras entre el adorno, de igual fecha, y dos cilíndricas con tapas, del siglo xii, figuras é inscripciones, había presentado el Museo de Kensington, y otra análoga á éstas con inscripción también cufica y figuras de ciervos entre el adorno, arqueta perteneciente á la sede de Braga.

Al hablar de las esculturas de marfil, no puede olvidarse, aunque no sea de arte peninsular, sino italiano, el precioso Cristo expuesto por el Rey D. Fernando, cuya expresión dulce y tranquila, y su actitud, de pié, desnudo, con la mano derecha sobre el pecho y el rostro vuelto hacia el lado izquierdo, tanto se aparta de la manera de representar al Hijo de Dios en los crucifijos de los últimos tiempos de la Edad Media, donde olvidada la antigua práctica de figurarlo como Cristo triunfante, se le representaba con más humano sentimiento, espirando ó muerto. El precioso Cristo á que nos re-

ferimos es obra del italiano Francisco Terillo, que lo labró el año 1546, como lo declara la inscripción puesta al pié de la figura.

También era una verdadera joya del Renacimiento, el bajo-relieve esculpido en piedra litográfica, y presentado también por el Rey D. Fernando, que representa la Virgen con su Hijo rodeada de ángeles, y bajo una construcción ornada con artísticos y delicadísimos accesorios. Lleva la firma de Juan Daher Augustano.

De los siglos xiv y xv, y de arte en nuestro juicio portugués, eran en cambio unos curiosos bajo-relieves con asuntos de la Pasión, labrados en jaspe, presentados el más antiguo por D. Domingo José d'Oliveira, y los otros por el Museo de la Real Asociación de Arquitectos civiles y Arqueólogos portugueses.

La talla en madera, tan cultivada por los artistas peninsulares, estaba dignamente representada por arcones ojivales y del Renacimiento españoles, expuestos por nuestro

Museo Arqueológico, y la portuguesa de los siglos xvii y xviii por los grandes armarios del Rey D. Fernando, formados con fragmentos de muebles pertenecientes á dichas centurias, entre los que sobresalen bajos relieves representando pasajes de la vida de Jesucristo, y por notables camas y sillas, con bien tallados aunque algo barrocos adornos, y mesas con piés y largueros torneados tan características de Portugal.

En el poco numeroso grupo de armas de la Exposición, sobresalía una preciosa espada mahometana de estilo granadino, expuesta por nuestro Museo; dos medias armaduras fabricadas en Pamplona para Felipe III y el Príncipe D. Carlos cuando eran niños; otra damasquinada y empavonada del mismo Rey; dos notables adargas vacaries con bordados de estilo morisco; y cuatro escopetas madrileñas de los maestros que aquí gozaban merecida fama en el pasado siglo, todo ello presentado por la Armería Real; otras cuatro escopetas de la misma proce-

dencia, expuestas por el conocido é ilustrado coleccionista D. Manuel Rico Sinobas; y otra importante colección de escopetas portuguesas de la misma época, presentadas por los Sres. Bento de Sousa y Teixeira d'Aragao. Pero el objeto que en este grupo atrajo preferentemente la atención de los regios viajeros, como la de todos cuantos visitaban aquellos salones, era la preciosísima gola damasquinada y cincelada, expuesta por el Rey D. Luis, perteneciente á la armadura de Francisco I, que se conserva en el Louvre, pieza admirable por la perfección artística y técnica que la avalora.

En monturas y arreos había también algunos ejemplares muy curiosos, pero cuyo examen no era tan interesante que distrajera la atención, deseosa de fijarse en los objetos del sexto grupo, perteneciente á la industria cerámica; grupo en el cual ocupaba también España un honroso puesto.

Casi desconocidos en nuestra patria son los objetos de esta industria, pertenecientes

al que pudiéramos llamar arte cristiano en la Edad Media, lo cual es debido, no á que las artes é industrias españolas estuviesen en tal estado de atraso, que necesitaran el influjo regenerador del arte musulmico, como ha supuesto con disculpable error algún arqueólogo del vecino reino ⁽¹⁾, pues contra tal aserto deponen las obras arquitectónicas, esculturales, de orfebrería, de ferretería y de otras muchas manifestaciones artísticas, que tan alto elevan el renombre español en los siglos medios y principios de la Edad moderna, sino á la costumbre de valerse de otras materias, tales como el estaño, el cobre y los metales preciosos, para los usos á que más adelante se dedican los productos cerámicos, que con preferencia labraban los mahometanos, por ser arte cultivado en Oriente, sobre todo en Persia, de donde lo importaron á nuestras costas, extendiéndose bien pronto por el interior, y cultivándolo también en breve los cristianos. Tal

(1) D. A. Simões, obra citada.

origen tienen los vasos y platos llamados por unos moriscos, por otros árabes y acaso con más propiedad mahometanos, cuyo principal carácter es el reflejo metálico que tanto los embellece, por más que en los fabricados en algunas comarcas, como sucede en Granada, apenas se encuentre este reflejo, fiando aquellos artífices el buen efecto de sus obras, mejor á la sencillez y elegancia de los ornatos, y á la combinación de los escasos colores que empleaban, que al brillante reflejo cobrizo, de oro, de plata, ó nacarado que distingue á los de otras localidades.

Los objetos de esta hermosa industria, cuya práctica se conservó aún después de la definitiva expulsión de los moriscos, de tal modo, que todavía existe, aunque decadente, en territorio valenciano, eran poco numerosos en la Exposición, pero en cambio muy importantes, sobresaliendo entre ellos el magnífico jarrón, de 1^m,35 de altura, que nosotros creemos granadino, como el de la

Alhambra, con labores azules, á diferencia del célebre de Fortuny, que mejor nos parece malagueño ^(x); un plato con caracteres árabes ornamentales, y adornos también azules, del siglo XIV, precioso ejemplar que tiene pocos semejantes; y otros que ya podemos llamar mudejares, y que debieron ser fabricados á poco de la conquista de Granada, cuyos adornos también son de color azul aunque más oscuro, teniendo alguno de ellos un león heráldico en el centro, y en el borde la salutación angélica, escrita con caracteres llamados vulgarmente góticos. Todos estos bellísimos y peregrinos platos son también de nuestro Museo Arqueológico, lo mismo que otros con prolijos dibujos geométricos, hojas, y ornatos varios de esmalte dorado, pardo y azul, con escudos heráldicos, alguno de los cuales lleva las armas de Sicilia, que formaba parte, en la época á que el plato se refiere, de los do-

(x) El jarrón está copiado también en el *Museo Español de Antigüedades*, con una monografía escrita por el autor de este libro.

minios españoles. En este grupo de cerámica hispano-mahometana, sobresalía también un plato expuesto por el Rey D. Fernando, con esmalte azul y ocre oscuro sobre fondo blanco, ornamentado con figuras de corzos que recuerdan los antílopes del vaso de la Alhambra, plato que se cree pertenezca á los alfares de Puente del Arzobispo; lo cual nada tendría de extraño, pues como ya indicamos, se extendió aquella industria por el interior de Castilla y Aragón, habiéndose encontrado pruebas patentes de que se fabricaban en Calatayud. Otros hermosos ejemplares de platos, también de la misma clase, se encontraban en la sala del Rey D. Fernando.

La importante industria de azulejos, también de origen oriental, tan cultivada por los árabes, y después por mudejares y cristianos, estaba igualmente representada en la Exposición, en sus dos ramas de alicatados y de azulejos de esmalte ó barniz incrustado, por los que presentó nuestro Museo; por

un notabilísimo escudo heráldico con los blasones de la casa de la Cerda, formado por dos azulejos brillantemente esmaltados de azul y oro, expuestos por el conde de Valencia de D. Juan; y por otros muy antiguos y curiosísimos portugueses con figuras de conejos, de color pardo ó melado. También veíanse en este grupo otros azulejos igualmente portugueses, ya de relieves, ya de reflejos metálicos, ya sencillamente pintados con adornos del Renacimiento, y de época posterior, que demuestran el gran desarrollo que adquirió esta industria en Portugal, siendo el más sencillo y más elegante revestimiento arquitectónico empleado en los antiguos edificios de Lisboa ⁽¹⁾ y de otras ciudades principales.

El cultivo de esta manifestación del arte cerámico en Portugal, demuestra, contra el

(1) En muchas casas hasta los zócalos de las habitaciones principales estaban cubiertos con esta clase de revestimiento. Recordamos haber visto en un salón, decorado á mediados del pasado siglo, uno de estos zócalos, que representaba cuadros de la historia de Don Quijote.

parecer de algunos de sus hijos, que no les falta aptitud para elevarlo á otras esferas, como lo comprueba la célebre fábrica de Rato, establecida por el espíritu progresivo y emprendedor del Marques de Pombal, en la cual, aunque la dirección era de artistas extranjeros, los trabajos se hacían también por portugueses. Productos de aquella importante fábrica, sostenían dignamente en la Exposición la competencia con otros de renombradas fábricas extranjeras, preciosos grupos de hermoso barniz blanco y gusto de Luís XV, un busto de tamaño natural y un marco de espejo, presentados también por el Rey D. Fernando. Si la cerámica portuguesa no ha continuado por aquel buen camino, culpa es de otras causas económicas que no son del caso examinar, y que hacen que, llenos los mercados portugueses de baratísimas vajillas extranjeras, principalmente inglesas, no encuentren los capitales estímulo para dedicarse á tan importante industria.

Las antiguas fábricas españolas de Talavera, en los tres últimos siglos, estaban también dignamente representadas, por la colección de cuencos decorados, pilas de agua bendita con imágenes de relieve, tinteros, salvaderas y dos extrañas figuras de un perro y un león, presentadas por nuestro Museo Arqueológico, y mejor todavía por los hermosos jarrones del Rey D. Fernando, adornados con figuras de ginetes y guerreros sobre fondo de paisaje. Varios platos decorados con flores y frutos, algunas piezas escultóricas, tales como una salsera figurando un pato, y un cestito con calados y pájaros en el asa, representaban la fábrica de Alcora, á más de algunas piezas de pasta tierna de mayor finura que las anteriores, en las cuales se habían procurado imitar los artísticos productos de la fábrica del Retiro: sólo tres hermosos grupos escultóricos de asuntos mitológicos y dos preciosos candeleros, revelaban las perfecciones técnicas y artísticas de esta última

é importantísima fábrica, en mal hora destruida por nuestros *generosos auxiliares*.

El grupo de tejidos y bordados era de los más numerosos de la Exposición, estando en él representada España dignamente, ya por los notables restos del manto y birrete del Infante de Castilla D. Felipe, hermano del décimo Alfonso, encontrados en su sepulcro, tejidos enteramente de carácter árabe, que demuestran la costumbre que ya tenían en el siglo XIII los señores y Príncipes cristianos de usar telas fabricadas por los infieles; ya con la magnífica capa pluvial del siglo XIV tejida con plata y bordada, figurando entre sus adornos composiciones de asuntos bíblicos, ambos peregrinos objetos expuestos por el Museo Arqueológico; bien con el precioso trozo de bordado gótico del siglo XIII con asuntos de la vida de la Virgen, expuesto por el Señor Conde de Valencia de D. Juan; ó bien por los admirables bordados en oro y sedas de la época del Renacimiento que pertene-

cieron á una capa litúrgica del monasterio del Escorial.

Los tejidos portugueses, de extraordinaria riqueza y en gran número, no iban, sin embargo, más allá del siglo XVI, excepción hecha sólo de una mitra de seda blanca perteneciente al siglo XIII, encontrada con un báculo de la misma época en la iglesia de Ermida, cerca de Castro Daire. Imposible sería mencionar siquiera todo lo más notable de aquella abundante colección, contentándonos con hacerlo de los objetos que con justicia llamaron más preferentemente la atención de SS. MM., y que fueron: la capa pluvial de la Abadesa de Lorvão, delicada obra de la décimasexta centuria; el frontal perteneciente á la iglesia de la Madre de Deus, hecho de terciopelo carmesí con hermosos medallones bordados á la manera de los del Escorial, representando pasajes de la vida de Jesucristo; los bordados en oro y matices, de alto relieve del convento de la Concepción de

Béja, de la sede y de la iglesia de San Antão de Evora; los frontales de Lorrão y de Carnide; las casullas y dalmáticas con orlas é imágenes de Santos; la capa pluvial de Belén, con grandes bordados de oro y sedas, que representan á la Virgen rodeada de Santos, sobre rico terciopelo labrado; los ornamentos del convento de Mafra, de terciopelo morado, con ancha franja bordada, de precioso dibujo, obra del siglo xvii; la capa pluvial bordada de oro, aunque con más riqueza que exquisito gusto en el siglo xviii, para la célebre capilla de San Juan Bautista en la iglesia lisbonense de San Roque, y la magnífica colección de colchas bordadas, principalmente las que fueron expuestas por el Sr. D. Julio Cordeiro.

Otras muchas y ricas telas persas, japonesas é indias, fueron también expuestas; pero de ellas no hacemos especial mención, como tampoco antes la hemos hecho de los objetos de otros grupos pertenecientes á renombradas fábricas extranjeras, porque

siendo la Exposición hispano-portuguesa, y disponiendo de escaso tiempo, mejor se fijaban nuestras miradas en productos del arte peninsular que en los de otros países ya conocidos, y cuya agrupación en aquel certamen revelaba el deseo de enriquecerlo, y el buen gusto y conocimientos de los coleccionadores.

Entre el grupo de los tejidos españoles, hubiéramos, en cambio, sentido olvidar el originalísimo muestrario de pasamanerías de los siglos XVI, XVII y XVIII, presentado por el Conde de Valencia de D. Juan, que bien puede considerarse como único en su clase de esta industria, hermana y auxiliar de la de los tejidos.

A esta última y en su más artística manifestación, pertenecen también los tapices, de los que España presentó admirables ejemplares, tanto bordados como tejidos. A los primeros pertenecían tres de gran tamaño, todos bordados con seda, oro y plata, que forman parte de la magnífica co-

lección mandada hacer por el Conde-Duque de Olivares para el convento llamado de las *Terasas*, de Madrid, y adquirida por nuestro Museo Arqueológico. A los segundos, los que presentó la Real Casa, de la renombrada fábrica de Santa Bárbara, de Madrid, de los cuales uno representa un pasaje del *Quijote*, otro *una comida campestre*, estilo de Teniers y cartón ejecutado por Wanlóo, y otros la *Maja* de Goya y la *Ramilletera* de Bayeu.

En la sección de manuscritos y códices, España ocupó también digno lugar por la antigüedad y mérito de sus obras. Justifican esta afirmación, el notabilísimo Breviario del rito muzárabe, anterior al siglo x, con la traducción de los salmos atribuida á San Isidoro, neumas musicales al principio de ellos, y letras iluminadas con fantásticos dibujos propios de la época; el llamado *Liber Moraliuum*, de San Gregorio el Magno, también del siglo x; el *Liber Evangeliorum*, del siglo xi, con iluminaciones doradas y

coloridas; la *Biblia*, que perteneció á la Iglesia de Avila, también con iluminaciones, y en la primera hoja representada el arca de Noé y adornos de estilo románico, no árabes, como se ha dicho por algún escritor contemporáneo; el código del *Ordenamiento de Alcalá*, llevando en la primera hoja el *sello rodado* del Rey D. Pedro, en cuya época hubo de hacerse esta copia, código que perteneció á la librería del célebre prelado D. Pedro Tenorio; *las cartas de Fernando Boba y Galloz* á los Reyes de Aragón, Castilla y Portugal, con el retrato iluminado del Príncipe de Viana, notable código, terminado, según declara la suscripción, en 1480, por Antonio Arnar; la *Gramática latina* de Antonio de Nebrija, con la primera hoja elegantemente iluminada, representando al profesor rodeado de sus discípulos; el *Misal antiguo de Toledo*, y el *Misal rico*, dedicado al cardenal Jiménez de Cisneros, obra admirable de iluminación, en que debieron tardar más de catorce años

los que la hicieron, á juzgar por las fechas, desde 1503 á 1517, que con los nombres de los iluminadores, el clérigo Alfonso Ximénez, Fr. Felipe y Bernardino Carderrosa, se encuentran en sus páginas; dos libros de horas ó devocionarios, también del siglo xvi, con admirables miniaturas, uno de los cuales, el mejor y más antiguo, perteneció á Doña Leonor de la Vega, códices todos presentados por nuestra Biblioteca Nacional; otro notable devocionario, que se dice con fundamento usó Carlos V en el monasterio de Yuste, y un códice que contiene el ceremonial de la consagración y coronación de los Reyes aragoneses, también con ricas iluminaciones, expuestos por D. Manuel Lorves de Aragón, vecino de Sadaba, en la provincia de Zaragoza; y por último, una interesantísima colección de siete códices enviados por la Diputación de Barcelona, que contienen los dibujos originales de joyas y obras de orfebrería fabricadas por artistas barceloneses durante un periodo de

tres siglos y medio, con los nombres en su mayor parte de los autores, códices de que tantas noticias ha sacado para su obra sobre la orfebrería en España el ilustrado barón Davillier.

No menos interesantes son los manuscritos portugueses presentados en la Exposición, distinguiéndose entre ellos los comentarios del Apocalipsis copiados por Egas en 1189, que perteneció al monasterio de Lorvao, y cuyas iluminaciones son del mayor interés para la indumentaria; la *Biblia* del siglo xv, legada por el Rey Don Manuel al monasterio de Belén, y un libro heráldico del siglo xvi con preciosas figuras acuareladas, códices todos ellos presentados por el Archivo de la Torre do Tombo; la *Biblia* castellana y el segundo tomo de *La grande y general historia* de Alfonso el Sabio, códices ambos del siglo xiv, aunque españoles, presentados por la Biblioteca pública de Evora; la *Biblia* hebráica expuesta por la Biblioteca nacional de Lisboa, có-

dice de los siglos XIII y XIV, del mayor interés por el estilo de sus iluminaciones mudejares; el libro de horas ó devocionario de la Reina Doña Leonor, del siglo XV con iluminaciones al claro oscuro atribuidas á Antonio de Holanda, padre del célebre pintor portugués Francisco; y el del Rey D. Duarte, cuya primera estampa representa á Santa Catalina con la corona real, y con la palma y la rueda de su martirio; otros libros de horas ó devocionarios del Monasterio de Mafra y de la Biblioteca de Evora; el códice de la Biblioteca nacional de Lisboa, que contiene parte de las crónicas de Eusebio, escritas en lengua española; un libro curiosísimo de blasones, presentado por el señor Conde de Mesquitella, que mandó hacer el Rey D. Manuel; y otro de la Torre do Tombo, con un erudito prólogo dirigido al Rey D. Juan III por Antonio Godinho, su secretario de Cámara; otro libro interesantísimo, intitulado *Libro das fortalezas que são situadas nos extremos de Portugal e Castella*, hecho

por Duarte de Armas en el reinado de Don Manuel, cuyo libro contiene hasta sesenta fortalezas dibujadas á la pluma; el misal de Esteban Gonzálvez que, aunque ya del siglo xvii, es una notable obra de muy buen gusto; y otros muchos códices que no podemos enumerar, y que demuestran que, tanto en Portugal como en España, la ilustración de los príncipes, prelados, próceres y magnates, hacía que los copistas é iluminadores realizasen obras de la mayor importancia en su género, sin las cuales sería difícil escribir la historia del arte en aquellos periodos.

Antiguos impresos también se presentaron de importancia, cuyo interés bibliográfico aumentaba el de las antiguas encuadernaciones que los enriquecían de los siglos xv, xvi y xvii, en las cuales podían estudiarse los diversos estilos predominantes de la época en que se grabaron, ya fuese la materia de que estaban hechas vitela, tafilete ó terciopelo.

No mencionamos otros muchos objetos de los diversos grupos en que la Exposición estaba dividida, porque semejante trabajo, impropio de este libro, nos alejaría de nuestro principal propósito; y porque, terminada la regia visita á la Exposición, tenemos que seguir á nuestros Reyes, que desde ella se dirigieron á presenciar otro de los festejos con que fueron obsequiados durante su breve permanencia en la capital del reino lusitano.

III.

Consistía éste en una corrida de toros á estilo portugués. La plaza estaba adornada con mucho gusto, cubiertas las paredes con un verdadero tapiz de hojas y flores, entre las que abundaban variadas camelias, y en los palcos hermosos ramos para las damas. Las barreras ostentaban los colores de España y Portugal, trofeos y escudos con monogramas de ambos Reyes por-

tugués y español, y banderas de ambas naciones en palcos, tendidos y galerías. Al lado del palco regio, lujosamente engalanado con tapices y ricas colgaduras, había otros seis para las comitivas de ambos monarcas, cuerpo diplomático, gobernador, altos dignatarios y periodistas extranjeros. A las cuatro de la tarde se presentaron en el palco el Rey y la Reina de España, y la Reina y el Príncipe heredero de Portugal, izándose en aquel momento el pabellón real, al mismo tiempo que la música llenaba el espacio con los ecos de la marcha real española, y los espectadores se ponían en pié para saludar atentamente á los Monarcas.

La lidia de los cinco toros que faltaban por correr al llegar SS. MM., ofreció variados lances, luciendo su extremada habilidad en la suerte de rejoncillos y en la de banderillear desde el caballo, los caballeros en plaza Sres. Alfredo Marreca, Luis do Rego, Mourisca, Robertos, Peixinho y

Sancho, todos los cuales vestían ricos y vistosos trages. Después tuvo lugar una *pega* hecha por *campinos*; y terminada la lidia, en la que no se mataron los toros, limitándose á marcar las estocadas con un palo, y en la que ofrecieron suertes á las personas reales casi todos los que tomaron parte en ella, y que fueron muy aplaudidos por SS. MM., volviéronse éstas á palacio, atravesando por en medio de una compacta multitud que se agrupaba á su paso en todas las calles del tránsito.

En la noche del mismo día tuvo lugar en el teatro de San Carlos la función de corte, con que también los Reyes de Portugal obsequiaron á los de España.

Es aquel teatro uno de los primeros de segundo orden que hay en Europa, habiendo sido construido en seis meses por el arquitecto portugués José da Costa y Silva, á expensas de una compañía de opulentos negociantes, á cuyo frente se hallaba el barón de Quintela. La primera representación que

se dió tuvo lugar el 29 de Abril de 1793, para festejar el nacimiento de la Princesa de Beira, Doña María Teresa, primera hija de D. Juan VI. La espaciosa sala es elíptica, con 120 palcos distribuidos en cinco órdenes, y un verdadero y magnífico salón de columnas, que es el palco regio, espléndidamente decorado, que da frente al escenario. Entre los adornos de este notable edificio, es digno de especial mención el techo del salón de entrada, que representa la caída de Faetón, obra del pintor portugués Cirilo Wolkmar Machado. Todo el edificio es de cantería, por lo que se dice que está hecho á prueba de fuego. Los corredores están todos abovedados, y las escaleras son también de piedra y en tan gran número, que en caso de incendio de las decoraciones darían pronta salida á todos los espectadores. Además, la plaza en que está situado, cuadrada y extensa, deja amplio espacio para el tránsito de carruajes y del público, que acude á oír en aquel teatro, de-

dedicado á la ópera italiana, los artistas que gozan de más merecida reputación.

En la noche del 12 de Enero presentaba exteriormente aquel teatro sorprendente efecto, pues por los frisos y adornos de su fachada parecían correr verdaderos raudales de luz, y el interior ofrecía un golpe de vista deslumbrador, iluminada la sala con verdadera profusión de artísticos candelabros. A la entrada para la tribuna real se había levantado un precioso pabellón pintado de blanco con arabescos dorados, y cortinas y cenefas carmesíes, sobre el cual ondeaban ocho gallardetes con los colores españoles y portugueses, alumbrando el pabellón cuatro estatuas que sostenían grandes candelabros. El corredor que desde allí conducía al palco regio había sido tapizado de nuevo, así como aquél y la sala de descanso y sala de la Reina, una y otra adornadas con ricos muebles de seda carmesí y amarillo, plantas y flores.

En los palcos y butacas veíanse princi-

pales familias portuguesas, como las de los Sres. Marqués de Oldoini, condes de Ficalho, de Villa Real, das Galveias, de Cabral, de Valbom, de Linhares, vizcondes de Sacavem, barón de Mattosinhos, señores Daun Lorena, Ulrichs, Bensaudes, Carlos Santos, Barbosa du Bocage, Serpa y otras no menos distinguidas.

A las nueve y media entraron en el palacio SS. MM., en cuyo acto todos los espectadores se pusieron en pié, tocando la orquesta la marcha real española. Los Reyes saludaron con la distinción que les caracteriza á los circunstantes, ocupando después los asientos que les estaban preparados, colocándose en el centro la Reina Doña Pía, que daba la derecha al Rey D. Alfonso, siguiendo el Rey D. Luis, que daba también la derecha á la Reina Doña María Cristina, y después de ésta el Príncipe Real. A la izquierda de la Reina Doña María Pía, colocóse el Rey D. Fernando, y después el Infante D. Augusto.

La Reina de Portugal vestía elegante traje rosa y encarnado, y de color perla la de España, llevando la primera la Orden de María Luisa y la segunda la de Santa Isabel, luciendo además una y otra ricos aderezos de brillantes.

La ópera que se cantó fué el *Amleto*, perfectamente interpretada por la Sra. Donadío y el barítono Kaschewan.



CAPÍTULO V.

DÍA 13.—EXPEDICIÓN Á CINTRA.—FUEGOS
ARTIFICIALES EN EL TAJO.

El siguiente día 13 estaba destinado para la expedición á Cintra con que S. M. el Rey D. Fernando obsequió también á nuestros Monarcas.

Situada aquella pintoresca población á cinco leguas cortas de Lisboa, es el sitio más nombrado de recreo que se encuentra en el vecino reino, donde tan frecuentes son los hermosos paisajes que la naturaleza ofrece, y en él se encuentran cuantos encantos y atractivos pueda desear la imaginación más soñadora. Todos los males desaparecen, según las palabras de un entusiasta escritor lusitano, en aquel edén de Portugal, donde el prosaismo de la vida no

tiene entrada. Desde que se sale de Lisboa por la barriada de *Sete Ríos* empiezan á disfrutarse hermosas perspectivas, cuya belleza va siendo cada vez mayor á medida que se acerca el término de aquel corto viaje. Dejando á la derecha la pintoresca *villa* de Larangeiras, perteneciente al Barón de Quentella, y la preciosa casa de campo de la Vizcondesa de Regaleira, se pasa por delante de Bemfica, que atraviesa el magnífico acueducto de que ya hicimos mención en el capítulo II, destacándose en el limpio horizonte los agudos remates y las inquietas aspas de multitud de molinos de viento. Más allá de Bemfica se descubre el Campo Grande, donde tienen lugar las carreras de caballos, y dejando atrás á Porcalhota, el camino flanqueado de álces serpentea por medio de una vasta campiña, que empezaría á ser monótona si pronto no se llegase á Cacine, donde el paisaje toma de nuevo su encantador aspecto de onduladas colinas, riente verdura y magníficos

árboles. Todavía hay que atravesar las pequeñas aldeas de Charneca y Ramalhao antes de llegar á Cintra, no sin pasar también por la magnífica quinta de los Marqueses de Viana, que según las palabras del mismo escritor portugués, parece la sala de espera de un palacio de hadas, que anuncia al visitante se encuentra á las puertas de un paraíso.

Cintra está situada á la falda de una sierra, cuyas alturas fueron llamadas montañas de la Luna, y que termina en el Cabo de la Roca al NO. de Lisboa. Por la parte del Sur el suelo es árido, levantándose por todas partes abruptos picos con restos de antiguos castillos, aspecto sombrío, que forma admirable contraste con los prados de animada vegetación, árboles y gigantes cas piteras que bordan el camino. Las desiguales casas de la población apenas se distinguen en medio de bellísimos jardines, abundantes céspedes y árboles frondosos, que crecen entre masas informes de frag-

mentos graníticos. Encinas, pinos, limoneros, naranjos é higueras, agrúpanse en torno de las habitaciones, y sobre los muros y los terrados extienden su verde toldo hojosas parras y fragantes flores, serpenteando por todas partes cristalinos arroyos, cuya frescura presta también vida á arbustos tropicales, que allí crecen lozanos junto á las coníferas del Norte.

En medio de aquel encantador paisaje que recuerda la Alhambra de Granada, levántase el antiguo castillo, hoy Palacio real, que edificaron los Reyes moros de Lisboa, como claramente lo indican restos de las antiguas fábricas que se conservan, á pesar de las alteraciones que en épocas recientes ha sufrido.

Imposible es llegar ante aquellos restaurados muros sin que la memoria evoque el recuerdo de los antiguos Reyes de Portugal, ya el de D. Juan I, que los reedificó casi totalmente, ó el de D. Duarte, que allí tuvo su morada favorita; bien el de D. Al-

fonso V que en ella vió la primera luz y en ella la última; ya de D. Juan II y de Don Manuel que terminaron las obras; ahora del alentado D. Sebastián que de allí partió para la triste jornada de Africa; ó del desgraciado D. Alfonso VI que allí gimió ocho años en un pequeño cuarto, cuyo pavimento está gastado por los pasos, tanto tiempo repetidos sobre el mismo sitio, de aquel infeliz esposo y Rey.

Entre las diversas habitaciones del palacio, encuéntrase la *Sala de Armas* ó de los *Ciervos*, así llamada por las cabezas de estos animales que en ella se encuentran, sala mandada edificar por D. Manuel, y que contiene 74 escudos blasonados de otras tantas familias nobles portuguesas, entre los cuales aparecen borrados los de Tavora y Aveiro, á causa del proceso que se siguió á sus poseedores como cómplices en el atentado contra la vida de José I; la *Sala das Pegas* ó de las *Urracas*, donde hay pintados muchos de estos pájaros que llevan cintas en el pico con

la divisa *Por ben*, obra de D. Juan I y de su mujer Doña Felipa de Lancaster, que recuerda una galante aventura de aquel caballeroso monarca; y la magnífica habitación principal que ocupa la Real familia portuguesa, cuando reside en aquel palacio, habitación que despierta la memoria del Papa León X y de su grande artista Miguel Angel, con una grandiosa chimenea de mármol, regalada por aquel Pontífice al Rey D. Manuel, y esculpida con admirables relieves por aquel eximio escultor, pintor y arquitecto.

Pero lo que indudablemente atrae más la atención del viajero en Cintra, es el célebre *Palacio acastellado da Pena*, que pertenece al Rey D. Fernando, y que este Rey artista ha convertido en un alcázar que parece la realización de un fantástico cuento de las mil y una noches. Aquel castillo calificado de gótico morisco, levántase á gran distancia tanto del mar como de los montes de Lisboa y de otros muchos lugares de Extremadura, en uno de los más altos y abruptos

picos de la sierra, en el mismo lugar donde estuvo el antiguo convento da Pena ó da Penha, edificado por D. Manuel, y en cuyas torres pasaba también este monarca largas horas esperando el regreso de Vasco de Gama.

Del antiguo convento que, á consecuencia de la secularización, quedó casi en ruinas, y que compró el Rey D. Fernando, apenas resta en pie más que la iglesia, con un precioso retablo y trasparente sagrario de alabastro, cuidadosamente reparada en su propio estilo, sirviendo de capilla al nuevo palacio que ha levantado la poderosa é inteligente dirección del Rey D. Fernando, mezclando y confundiendo los estilos ojivales y mahometanos de tal modo, que la crítica no puede ejercerse en aquel peregrino conjunto, abismado el espíritu en la contemplación de aquel admirable agrupamiento de torres, cúpulas, murallas, almenas, puente levadizo, fosos, patios, garitas y miradores, todo adornado con exquisitos re-

lieves y con caprichos de la más rica fantasía, que se extienden por las puertas, las ventanas, las torres, las arcadas y los muros. El castillo está como enclavado entre los picos de la sierra y colosales masas de rocas basálticas, pero sus torres se elevan por encima de todo, y nada impide á la vista extenderse por el Océano, hasta abismarse en ilimitados horizontes, por las montañas de Extremadura y de Alentejo, ni detenerse en las torres y cúpula de Mafra, en los edificios de Lisboa, ó en las risueñas planicies y valles que lo cercan.

Largo camino, parte abierto en la roca y parte levantado sobre altos terraplenes, serpentea y trepa por entre riscos y gigantescos árboles desde Cintra hasta el castillo, encontrándose á cada paso, al subir por aquel encantador sendero, ya bosques de salutíferos pinos, ya sombrías grutas con agua cristalina, rústicos asientos á la sombra de seculares árboles, ó lagos rodeados de abundantes flores y con hermosas aves

acuáticas, hasta llegar al puente elevadizo, á cuyo extremo se encuentra la portada principal del castillo á 3.000 piés de altura sobre el nivel del mar, puerta encima de la cual se ven esculpidas las armas de Portugal y de Sajonia. Allí también, y como dando la guardia, se encuentra la figura de un gigantesco caballero, vestido al uso de la Edad media y mostrando en su escudo las armas del Barón de Echwege, director de aquellas obras, á quien de tal manera quiso el Rey D. Fernando demostrar el alto aprecio que sus talentos científicos y artísticos le merecían.

Pero si la obra arquitectónica ha realizado el sueño de un regio artista, el inmenso y accidentado parque que se dilata á los piés del castillo en muchas leguas de extensión, ha realizado también sus ilusiones de poeta. En hondos valles ó en elevadas colinas, las camelias, los mirtos, los plátanos, los geranios, las hortensias azules ó rosadas y otras mil flores, todas al aire libre, como

desafiando los rigores del invierno, que allí parece no existen nunca, forman cuadros indescriptibles, comparables sólo á fantásticos paraísos. Desde cualquier paraje de aquel verdadero edén, la vista goza de perspectivas siempre variadas y siempre hermosas; y el regenerador ambiente de los pinos, mezclado con el perfume de tantas y tan variadas flores reunidas de uno y otro continente, prestan vida al cuerpo y sumen el espíritu en arrobamiento indescriptible.

A poca distancia del Palacio encuéntranse restos de otro edificio llamado *Castello de mouros*, que el Rey D. Fernando también ha reparado, entre los que estaban los de una antigua mezquita. Excavando para las obras de reparación, encontráronse hace pocos años huesos humanos, que probablemente serían de la *rauda* ó panteón de la mezquita, pero que ignorándose si eran de moros ó cristianos, mandó el Barón de Echwege se enterrasen juntos, labrando en

la estela funeraria con que se cubrieron, una cruz y una media luna, emblema de las dos religiones, y debajo estas palabras:

O que fiçou junto, Deus separava.

En el centro de aquel restaurado edificio consérvase una antigua cisterna que, como en todas las construcciones mahometanas, demuestra la previsión de los hijos del Desierto.

La visita de los Reyes de España, que con su comitiva, ocupando 15 carruajes, adelantaban hacia la encantada Alhambra portuguesa, produjo grande animación en los moradores de Cintra y de sus cercanías, los cuales acudían presurosos al camino con ramos y con flores, para obsequiar con los mejores productos de aquel privilegiado suelo á los ilustres huéspedes. A las once de la mañana llegó el Rey D. Fernando y el Infante D. Augusto con sus ayudantes, todos vestidos en trages de mañana, y la Condesa Edla con elegante trage de terciopelo

oscuro y grana, á los cuales había precedido el Ministro de Negocios extranjeros. Al acercarse el Rey D. Fernando y el Infante, las músicas de Cintra tocaron la marcha real portuguesa. Cerca del *Picadeiro* se habían levantado dos tiendas de campaña, adornadas con ramaje y flores, en una de las cuales estaba dispuesto un bien servido refresco ó *lunch* (como ahora se dice), y en otra un tocador para la Reina.

Cerca del medio día llegaron SS. MM. los Reyes de España y la Reina de Portugal, con las comitivas de ambas cortes, vistiendo también todos trages de campo. Al acercarse, las músicas tocaron la marcha real española, y multitud de flores cayeron á sus piés, alfombrando completamente el camino. Sin detenerse apenas, y ya reunidos con el Rey D. Fernando, montaron en los tradicionales y humildes medios de locomoción que para subir á la Pena emplean todos los viajeros, ofreciendo curioso y animado espectáculo aquella cabalgata de pe-

queños, pero vivos y fuertes borricos, que conducían en sus humildes lomos tan altos personajes. El Rey D. Alfonso marchaba delante de todos en una de aquellas pacientes cabalgaduras, conocida en Cintra por su ligereza con el nombre de *Pulga*, y á su lado y detrás, en vistoso desorden, las Reinas, el Rey D. Fernando, Infante, damas, ministros y magnates.

Llegados á la cima, el Rey D. Fernando hizo los honores de aquel encantado alcázar, con el buen gusto y delicadeza de pormenores que tanto le caracteriza; y después de haber recorrido con sus convidados los principales departamentos del castillo, y de haber admirado nuestros Reyes los mil encantos de aquel indescriptible alcázar y extensos panoramas que desde él se disfrutaban, invitóles á un espléndido almuerzo que, bajo una gran tienda de campaña en una de las más pintorescas esplanadas de aquellas alturas, estaba dignamente preparado. El Rey D. Fernando ocupó uno de los cen-

tros de la mesa, teniendo á la derecha á la Reina de España y á la izquierda á la de Portugal, y en frente á la señora Condesa de Edla, con el Rey D. Alfonso á su derecha; y al llegar á los postres dirigió á nuestro Monarca un cariñoso brindis, á que contestó con otro no menos expresivo nuestro Rey ⁽¹⁾.

Terminado el banquete, recorrieron Sus Majestades los más pintorescos sitios de

(1) He aquí el *menu* de aquel regio almuerzo:

Potage purée de gibier, aux quenelles

HORS D'ŒUVRE

Croquettes de riz de veau, aux truffes

RELLEVÉS

Filets de bœuf à la nivernaise

Jambon glacé aux choux de Bruxelles

ENTRÉES

Filets de perdrix à la royale

Côtelettes de veau aux petits pois

Pain foie-gras en belle-vue

ROTI

Dindon garni de bécasses

Salade mêlée

ENTREMETS

Macédoine de fruits, à la gelée

Gateau napolitain

Château de Pena Cintra.

aquel delicioso parque, deteniéndose algún tiempo en la preciosa quinta y *chalet* que dentro de él ha levantado, bajo su inmediata dirección, la Condesa Edla, con el buen gusto que la distingue; y poco después volvían á Lisboa, siendo despedidos en Cintra con iguales respetuosas y expresivas muestras de consideración. En el carruaje descubierto en que iban las Reinas y el Rey D. Alfonso, se habían colocado por orden de S. M. el Rey D. Fernando elegantísimos cestos de admirables camelias, escogidas entre sus magníficas colecciones.

A las siete de la noche llegaron al palacio de Ajuda, y dos horas después dirigíanse al Palacio de la Exposición, brillantemente alumbrado con luz eléctrica, para presenciar desde sus *janelas verdes* los juegos artificiales que debían quemarse en el Tajo, á bordo del transporte *India* y del cañonero *Rio Limas*.

El panorama que ofrecía el río y sus apartadas orillas, era de lo más extraordi-

nario que puede concebir la fantasía. El Aterro destacaba en el fondo oscuro de las nocturnas sombras extensas líneas de arabescos formadas con bien combinadas luces de colores, y las accidentadas líneas de las montañas de *Outra banda*, iluminadas en sus cumbres con grandes hogueras, limitaban con gigantescos trazos la bahía. La fragata *Don Fernando* y las corbetas *Estefanía* y *Bartholomeu Dias*, la cañonera *Douro* y el acorazado *Vasco de Gama*, estaban iluminados con luz eléctrica, y los buques mercantes con faroles venecianos.

El espectáculo que en breve iban á presenciar SS. MM. y el público lisbonense, y los muchos forasteros que habían acudido para asistir á los reales festejos, y que se agrupaban en el Aterro, en los paseos y en los edificios de ambas orillas, sólo pudiera compararse con las célebres fiestas que celebraba en el siglo xvi la orgullosa reina del Adriático.

Son las diez de la noche. La espectación

de la multitud es sólo comparable al silencio con que se espera la señal, que hace al fin la luz de magnesia que brilla en el terrado del palacio de la Exposición, donde están SS. MM. A esta señal responden salvas hechas por todos los navíos de guerra; rómpe-se un fuego general con luces de iluminación; hienden el espacio inmensos ramos de cohetes de colores; y cúbrese la superficie de las aguas con luces, que brillan sobre ellas, siguiendo sus movimientos con ondulaciones de fuego. Nuevos ramos de cohetes de maravillosa novedad hienden nuevamente el oscuro firmamento, y empréndese el simulado combate, que termina con el incendio de un buque, cuyas altas llamas reflejan sobre la ría como un gigante de fuego.

SS. MM. retiráronse en extremo complacidas de la esplendente fiesta, mucho después de la media noche.



CAPÍTULO VI.

DÍAS 14 Y 15.—GRAN REVISTA MILITAR.—
BAILE DE LA ASOCIACIÓN DE COMERCIO.—
PASEO FLUVIAL.—SEGUNDA TOURADA DIS-
PUESTA POR EL SR. ALFREDO ANJOS.—
FUNCIÓN EN EL TEATRO DE DOÑA MARÍA.

El siguiente día 14 era el designado para la revista militar que se había dispuesto en honor de nuestros Reyes, revista en que formaban las fuerzas siguientes:

El batallón de alumnos del Real colegio militar.

El cuerpo de marineros de la Armada, (cuerpo de fusileros y marineros de batería).

Dos batallones de ingenieros.

Una división de artillería compuesta de los regimientos números 1 y 3 al mando del señor General Zuchelli.

Una brigada de caballería compuesta de

los regimientos número 2 de lanceros y 4 de cazadores á caballo, al mando de S. A. el Infante D. Augusto, Duque de Coimbra.

Una división de infantería, mandada por el señor General de brigada D. José María de Moraes Rego, formando tres brigadas; la ligera, compuesta de los batallones de cazadores números 2, 5 y 6, al mando del señor General Vallada; la primera de infantería, formada por los regimientos números 1, 2 y 5, mandada por el señor General Talaya; y la segunda de infantería con los regimientos números 7, 11 y 16, al mando del señor General Alves.

Trenes de equipajes, carros de municiones y ambulancias.

En la plaza de D. Pedro, vulgarmente llamada del Rocío, habíase levantado una magnífica y extensa tribuna tapizada de seda con los colores de España y Portugal, Austria é Italia, tribuna compuesta de un elegante cuerpo central y dos galerías laterales en anfiteatro. En el primero, colocá-

ronse las Reinas Doña Pía, que llevaba un elegante vestido de gró verde mar, y la Reina Doña Cristina, que vestía un precioso traje de terciopelo azul, y el Rey D. Fernando, con las personas de sus comitivas; y en la segunda, el Cuerpo diplomático, Pares, Diputados y Altos dignatarios.

Cerca de la una de la tarde montaron á caballo SS. MM. el Rey D. Luis y D. Alfonso, pasando por delante de las tropas seguidos de sus Ayudantes Generales y de órdenes y de un numeroso cuartel Real, y colocándose después frente al teatro de Doña María para presenciar el desfile. Comenzó éste á los acordes de las músicas que tocaban marciales marchas, principalmente la llamada de los Cadetes, en el mismo orden que hemos mencionado, siendo los primeros que abrieron la marcha los jóvenes alumnos del Real Colegio militar, que con su distinción y su marcial apostura arrancaron entusiastas aplausos. Siguiéron después todas las fuerzas en el mismo

orden ya indicado, demostrando todos los cuerpos del Ejército un estado de adelanto y de instrucción superior, siendo esmerado en los batallones de cazadores. Los cañones de la artillería eran todos de la fábrica Krupp; el armamento en su mayor parte del sistema Berdan; la caballería muy buena, aunque sus uniformes, lo mismo que los de todo el Ejército, menos vistosos que los nuestros; el tren de Sanidad militar y el de la Cruz roja excelente; todo, en fin, indicaba en aquel militar alarde que el ejército portugués se encuentra hoy á la altura de los más adelantados de Europa.

A las cuatro y media terminó aquella fiesta marcial, volviéndose los Reyes de España al palacio de Belén, donde recibieron á muchos portugueses distinguidos, entre los cuales tuvimos el gusto de ver al célebre explorador del Africa, el mayor Sr. Serpa Pinto, que ofreció á nuestro Rey ejemplares de sus obras, acerca de sus importantes viajes.

En la noche de este mismo día tuvo lugar el baile con que la Asociación del comercio de Lisboa obsequió á nuestros Reyes. El local escogido para esta gran fiesta fué el magnífico palacio de San Sebastián de Pedreira, residencia verdaderamente señorial de D. José María Eugenio, cedida para este acto por la espléndida viuda de este señor. Los jardines de entrada, el pórtico, las escaleras, los salones, todo estaba lujosa y espléndidamente adornado con hermosas plantas, dispuestas por el célebre horticultor portuense señor Marqués Soureiro, estatuas, espejos, arañas y luces con una profusión indecible. La familia Real llegó cerca de las once, siendo recibida por la dueña de la casa y por el Presidente de la Asociación el Consejero Sr. Chamiço, y la Comisión promovedora de la fiesta. A su llegada quemóse un precioso castillo de artificio en los jardines, cuya iluminación de gas, faroles venecianos y de colores producía un efecto encantador, destacándose entre aquella

masa de luz, el follaje de los árboles y los cuadros de las flores. El Rey D. Luís entró en el palacio dando el brazo á la Reina Doña Cristina, que vestía con su acostumbrada elegancia un traje de raso azul con encajes y broches de brillantes; y el Rey D. Alfonso á la Reina Doña Pía, que llevaba un rico vestido de raso gris perla, y en el cuello y cabeza hermoso aderezo de la misma rica pedrería.

Los Reyes vestían de frac.

En el primer rigodón bailó el Rey Don Luís con la Reina de España, el Rey Don Alfonso con la Reina de Portugal, el príncipe D. Carlos con la esposa del Sr. D. Carlos Dos Santos, el Rey D. Fernando con la del doctor Luís Jardim y el Infante D. Augusto con la hija del Sr. D. Carlos Santos.

Bailó después S. M. el Rey D. Luís con la Condesa de Silva Monteiro, y con la esposa del Sr. Henri Burnay; el Príncipe Real D. Carlos con la hija del Vizconde de Ribeiro da Silva; el Rey D. Alfonso con di-

versas señoras y señoritas, cuyos nombres no pudimos anotar; habiéndose dignado bailar también las Reinas con el Presidente ya citado y con el Sr. Margiochi, Par del Reino y yerno de la dueña del palacio.

El buffet fué espléndido y bien servido, demostrándose en él, como en todos los detalles de aquella notable fiesta, la distinción que caracteriza al comercio de Lisboa.

El Rey D. Alfonso estuvo conversando gran parte de la noche con industriales y comerciantes, ya de tratados de comercio, ya del fomento de la industria y de la producción, así de materias primas, como de los objetos elaborados, ó bien de los adelantos agrícolas mercantiles é industriales en Europa y América, dejando verdaderamente admirados por su vasta ilustración y acertados juicios, á aquellos dignos representantes del capital y del trabajo.

A las tres de la mañana se retiraron SS. MM., que manifestaron repetidamente á la Comisión ejecutiva y á otros muchos

individuos de la Asociación, la profunda gratitud que sentían por tan señalado obsequio.

El siguiente día 15 era el destinado para la gran tourada con que el Sr. de Anjos deseaba obsequiar á SS. MM. en la plaza del Campo de Santa Ana.

En la mañana de aquel día estuvieron los Reyes en el tiro de pichón, tomando parte en la caza los socios de Lisboa, Sevilla, Jerez y Madrid, ganando la primera piña el Sr. Davies, de Jerez, y la segunda el Vizconde de Igneste y el hijo del señor Marqués de Villamejor.

Después del medio día SS. MM. el Rey D. Luis y D. Alfonso, y SS. AA., acompañados por el Presidente del Consejo y Ministro de Marina y sus respectivas comitivas, embarcándose cerca de Belén en las falúas reales, se dirigieron al *Vasco de Gama*, á cuyo bordo subieron SS. MM., que estuvieron más de un cuarto de hora examinando aquel magnífico *vaso de guerra*. En

éste, como en los demás buques de la armada, vistosamente empavesados, la gente en las vergas dió los vivas de ordenanza, al mismo tiempo que los cañones hacían las salvas que á tan altos personajes correspondían.

Después hizo rumbo la escuadrilla de falúas al arsenal, donde llegaron casi al mismo tiempo las Reinas Doña Pía y Doña Cristina en carruaje descubierto, dirigiéndose todos reunidos poco después á la Plaza de toros, en la que entraron á las dos y media de la tarde.

Antes, en el Arsenal, S. M. había visitado las principales dependencias de aquel notable establecimiento de Marina, elegante construcción del Marqués de Pombal, levantado en parte del sitio que ocupaba el antiguo Palacio Real antes del terremoto, con un hermoso dique, almacenes, un sólido guindaste de vapor, ramal de línea férrea, largo y espacioso muelle de hierro, extensa *sala do visco*, donde están las Es-

cuelas naval y de construcción, el Telégrafo central del Reino, y fácil comunicación con los edificios de la parte occidental de Terreiro do Paço, en que se hallan la Contaduría y Pagaduría de Marina, las oficinas del Mayor General de la Armada y la Superintendencia del mismo arsenal.

También visitaron SS. MM. la Escuela politécnica, antiguo Colegio de Jesuitas, que trasformado después en Colegio de Nobles y Academia Real de Marina, fué en 1836 destinado á dicha Escuela, habiendo tenido que reedificarlo después de 1848 por el incendio, que casi lo devoró completamente. SS. MM. recorrieron con satisfacción sus bien dispuestos departamentos, y el Museo de Historia Natural que allí se encuentra, donde se conservan interesantísimos objetos para el estudio de esta ciencia.

La plaza del Campo de Santa Ana estaba elegantemente adornada con banderas, trofeos, ramas y flores, y en cuatro puntos opuestos de la plaza cuatro bandas milita-

res tocaban escogidas piezas. En los palcos veíanse multitud de damas portuguesas y de nuestra patria, que lucían en aquella tarde la airosa mantilla española.

Al presentarse SS. MM. en el palco regio, tocaron las cuatro bandas la marcha real, soltáronse de todas partes pintados pájaros con cintas y divisas, y los espectadores se pusieron en pié. Poco después comenzó el espectáculo con la majestuosa ceremonia de los saludos, de que indudablemente no puede tenerse idea sin haberla visto. Formaban aquel animado grupo seis caballeros con lujosísimos trages del pasado siglo, montando magníficos caballos de la antigua raza peninsular, que parece conservarse mejor en Portugal que en España. Eran aquellos caballeros los señores Alfredo Ferreira dos Anjos, Carlos Relvas, Antonio Véllez Caldeira, D. Antonio Lobo de Almeida (Galveias), D. Antonio de Portugal y Enrique Alvaro Martins, á los cuales rodeaba la cuadrilla de banderilleros,

compuesta de los tres hermanos Maniques, D. Antonio, D. Diego y D. Rafael; D. Alfredo Tinoco da Silva, D. Ernesto de Mendonça, D. Juan Cagliardi, y los arrojados *moços de forcado* Eduardo Rebello de Andrade, Alejandro de Souza Botelho, Antonio Martins y otros, cuyo nombre no recordamos. El grupo de los llamados *mozos de curro*, completaban el brillante cortejo tauromático, y diez caballos de combate, llevados de la brida por criados de galoneadas libreas, formaban el fondo del cuadro. Los caballeros y todo el grupo avanzaron lentamente con una precisión que pudiéramos llamar matemática tres veces hasta delante del palco regio, saludando respetuosamente y retirándose con el mismo orden otras tantas, distinguiéndose de tal modo en aquella repetida evolución, que la multitud rompió en aplausos entusiastas.

Después comenzó la corrida, lidiándose 14 toros de la ganadería de D. Cayetano de Bragança. Era el ganado flaco y poco cor-

pulento, pero bravo y querencioso, prestándose bien para las especiales suertes de aquella lidia, que tiene muy poco de común con las corridas de toros españolas. Consistía la principal suerte en quebrar rejoncillos desde el caballo, lo cual hicieron todos á maravilla, y especialmente los Sres. Carlos Relvas, D. Antonio Lobo de Almeida, y el principal héroe de la fiesta, D. Alfredo Anjos, luciendo, no sólo su habilidad tauromáquica, sino también sus excepcionales conocimientos en equitación. Eran los toros embolados, circunstancia que quitaba mucho sobresalto á las bellas espectadoras, pero no por eso fué menor el mérito de caballeros y lidiadores, que sabían burlar diestramente las acometidas de los toros.

Distinguiéronse como banderilleros los hermanos Maniques y Tinoco, y como pegadores ó *moços de forcado*, los Sres. Rebello de Andrade, Ramos Lima, D. Juan Paraty y D. Alejandro Villa-Real. Calurosos aplausos recogieron todos; y SS. MM.

las Reinas arrojaban á los lidiadores hermosos ramos, y cajas de seda con los colores españoles y portugueses, llenas de dulces, mientras los Reyes y los Príncipes les arrojaban también magníficos mazos de cigarros habanos.

Pero si todos recibieron justos aplausos, los más entusiastas y prolongados fueron para el generoso mancebo Alfredo Anjos, que tan bizarramente ofreció *la tourada* á los augustos huéspedes. Los espectadores todos, puestos en pié, le aplaudían con loco entusiasmo, agitando los pañuelos y arrojando á su paso ramos, confites y cigarros, ofreciéndole SS. MM. las Reinas de España y Portugal dos magníficas coronas.

Al retirarse los Reyes de la plaza, cerca de la noche, recibieron nuevamente una expresiva manifestación de respeto y de simpatía.

En la noche de aquel mismo día 15 tuvo lugar una nueva función de gala en el teatro de Doña María, que es el dedicado

al arte dramático del vecino reino, como nuestro antiguo teatro del Príncipe en Madrid.

Concluido en 1847, aunque inferior al de San Carlos en grandeza y solidez, le excede, sin embargo, en la elegancia y lujo de los ornatos. La fachada principal, que embellece la plaza de D. Pedro, tiene seis hermosas columnas coronadas por un frontón, donde se ve un alto relieve representando á Apolo y siete de las Musas, dibujo de Fonseca, ejecutado por Aragão Cezarino, Lata y Caggiani, viéndose las dos musas que faltan en aquel grupo, Melpómene y Talía, á los lados de la estatua central, que representa al poeta Gil Vicente, modelada por Assiz, y ejecutada por Cezarino, debiéndose las dos últimas Musas citadas á los cinceles de Caggiani y Lata, Pedro de Alcántara y Eça.

Todo el edificio apareció profusamente iluminado desde las primeras horas de la noche, y la entrada al palco regio, que se

encuentra en la fachada principal, estaba precedida de un elegante pabellón, adornado con magníficas plantas. La escalera, alfombrada de rico terciopelo, tenía á uno y otro lado grandes ramos con hermosísimas camelias; y el lujoso palco se engalanaba con trepadoras plantas, entre cuyas verdes hojas entrelazábanse rosas japonesas de varios colores.

La sala de descanso para SS. MM. estaba decorada con exquisito gusto, viéndose en él grandes jarrones del Japón, elegantes y artísticas porcelanas de Sevres, de Sajonia y de otras renombradas fábricas extranjeras, vasos todos llenos de magníficas plantas y flores: ricos muebles y grandes espejos destacaban sobre aterciopelados tapices, y las colgaduras de seda blanca con bordados de oro, completaban el suntuoso conjunto.

El salón presentaba también bellísimo aspecto con la multitud de luces que reflejaban sus rayos en los espejos de los palcos,

en las ricas pedrerías que llevaban las damas, en los bordados uniformes y en las cruces y placas de los caballeros, y sobre todo en los brillantes ojos de las jóvenes lisboenses y españolas.

En el momento de entrar SS. MM. en el palco, todos los circunstantes se pusieron de pié, y las actrices y actores, vestidos de etiqueta, aparecieron en la escena, con ramos de flores; de los últimos órdenes de palcosoltáronse multitud de pintadas aves con cintas amarillas y rojas; la orquesta repitió los acordes de la marcha real; y terminada ésta, las actrices arrojaron desde el proscenio sus ramilletes de violetas y camelias.

La obra que se representó después de la *Mantilha de Renda*, fué la comedia de Eduardo Caillerón, intitulada en la traducción portuguesa *Sociedad donde á gente se aborrece*, y en el magistral desempeño de esta obra demostraron los artistas que tomaron parte, y entre cuyos nombres recor-

damos los de Gertrudis, Virginia, Rosa Damasceno, Emilia dos Anjos, Juan y Augusto Rosa, Brazao, Machado y Tabeira, las grandes dotes que para el difícil arte de la declamación tienen los portugueses. Con razón decía en aquellos días un periodista español que aquellos artistas, en el primor de la ejecución, recordaban los que componían la compañía italiana que trabajó en el teatro de Madrid.

CAPÍTULO VII.

DÍA 16.—SALIDA DE LISBOA PARA VILLAVICIOSA.—CACERÍA REAL.—DESPEDIDA.—LLEGADA Á ELVAS.—REGRESO Á MADRID.

A las nueve de la mañana del día 16 llegaron al muelle frente de Belén SS. MM., donde los esperaban los Ministros, el Embajador de España con todos los empleados de la legación, los Sres. Soares Franco, Vizconde da Praia Grande, Oficiales de ejército y marina, Vizconde da Lançada, Cámara municipal de Belén y mucho pueblo que acudía presuroso á saludar por última vez, en aquel viaje, á los Reyes de España. Daban la guardia de honor fuerzas de infantería; y junto al puente ó muelle de embarque, hallábanse los remolcadores del arsenal, y botes y falúas de la corbeta *Bav-*

tholomeu Dias. Las augustas personas embarcáronse en el vapor *Don Alfonso*, perteneciente á la Compañía del ferro-carril del Sur, dando el brazo, cuando se presentaron en el muelle, el Rey D. Luis á la Reina de España, y D. Alfonso á la de Portugal. Al pasar el vapor por delante de los buques de guerra, los cañones de éstos hicieron salvas y la marinería en las vergas daba los vivos de ordenanza.

A las diez llegó el vapor á Barreiro, donde desembarcaron SS. MM. para tomar el tren. La estación estaba vistosamente engalanada con banderas nacionales, españolas, austriacas é italianas, verdes festones y vasos con flores naturales, y entre las tribunas, forradas de azul y blanco, ocupadas por las familias de los empresarios y con las principales personas de la localidad, tocaba la música de la Sociedad filarmónica llamada *Capricho Barreirense*. Allí también esperaban, entre numeroso pueblo, la Cámara municipal de Barreiro, las autoridades ci-

viles y eclesiásticas, y los alumnos de la escuela de la población, que arrojaban flores al paso de las personas reales.

Acompañaban á éstas en aquella expedición, además de la comitiva del Rey de España, entre otras distinguidas personas de la corte portuguesa, los Duques de Palmella y de Loulé, Conde da Vidigueira, Conde das Galveias, el Conde y la Condesa de Ficalho, Condesa de la Torre, Vizconde de Massamedes, D. Fernando de Linhares, D. Nuño Belmonte, Sres. Osborne Sampaio, Vito Moreira, General Teixeira Rebello, D. Thomas Rosa, Vizconde de Seisal y el Doctor Barbosa; además iban en el tren real los empleados superiores del camino de hierro. A las cinco de la tarde llegaron SS. MM. á Villaviciosa, cuyo antiguo castillo, solar de los Duques de Braganza, había sufrido una transformación completa. Fundado aquel histórico edificio por el Duque D. Jaime en el año 1501, apenas conserva restos de su primitiva construcción,

fuera del claustro de la capilla, alguna parte de ésta y el llamado Jardín del Bosque, conocido también por el Jardín de las Damas, por ser el sitio desde donde presenciaban éstas los juegos de cañas, justas y torneos en aquella centuria.

Los sucesores de D. Jaime hasta Juan IV engrandecieron á porfía aquel edificio conocido entonces con el nombre de casas de Regüengo, siguiendo en sus obras el estilo greco-romano, predominante en el siglo xvi. D. Juan V hizo en él grandes mejoras en el pasado siglo, mandando, entre otras, pintar la Sala de Tudescos, tarea que encomendó á Pedro Antonio Quillard, formando además la galería de retratos de los Duques de Braganza, desde sus progenitores hasta su hijo, el entonces Príncipe D. José. Reedificó la capilla adornándola con cuadros del mismo Quillard y dotándola con ricas imágenes de plata y ornamentos de oro. Su hijo José I continuó las obras emprendidas por su padre, debiéndole

sele la construcción del llamado *Chafariz del Rey* y la Caballeriza real de la Isla, mucho mayor que las que había hecho su padre, hasta el punto de poder acomodarse en ella con amplitud cuatro escuadrones de caballería. Doña María I y D. Juan VI hicieron también nuevas reformas en el palacio, siendo la más importante de las que llevó á cabo la primera la llamada casa *Dos Alfayates*, notable por sus imitaciones de mármoles; y entre las del Rey D. Juan las verificadas en la capilla en el año 1818, al instituir la como cabeza de la Orden de Nuestra Señora de la Concepción. Los actuales Reyes portugueses también han hecho muchas obras en el edificio de sus antepasados, dividiendo, entre otras, las salas para que puedan dar fácil alojamiento á la multitud de personas á que el Rey Don Luis distingue convidándolas á sus regias cacerías.

Consta el edificio de dos cuerpos, á los que da acceso anchurosa escalera, en cuyo

primer tramo una pintura al fresco representa la toma de Azamor por el Duque Don Jaime. En el segundo encuéntrase las puertas que dan ingreso á las principales habitaciones, la primera de las cuales es la llamada Sala de Tudescos, donde se encuentra la galería de retratos de los Duques de Braganza. Después encuéntrase la llamada Sala de las Virtudes, luego la de Hércules y en seguida la del billar, que encierra numerosos objetos de arte, y tras de ella sigue otra que da paso á las habitaciones de SS. MM., notables por su lujoso mobiliario, las cuales habían sido destinadas para los regios huéspedes. En el segundo piso están las habitaciones destinadas al Infante D. Augusto y á las personas á quienes el Rey D. Luis hace la honra de invitar á sus cacerías.

Durante la permanencia de los Reyes de España, los de Portugal ocuparon habitaciones en este piso.

En las que residieron nuestros Reyes, la

sala llamada de los Duques estaba adornada con antiguos muebles de cuero portugués, viéndose en ella cuatro reposteros de terciopelo escarlata, bordados de plata y oro, que se dice sirvieron en la proclamación de D. Juan IV. En las paredes de la sala de Hércules veíanse también tapices, y en frente de la chimenea un riquísimo y antiguo paño bordado de gran valor. La sala del billar había sido forrada de verde, imitando chagrín, estando además adornada con reposteros del mismo color. Sobre una de las puertas se veía colocado el escudo de las armas de Braganza, y en la otra el de las armas de Portugal, llamando también la atención en esta sala dos artísticos muebles de riquísima talla. Magníficos trofeos de caza adornaban las paredes del comedor, y en ricos aparadores y mesas elegantemente dispuestas, lucían también hermosas piezas de vajilla y figuras de plata dorada.

El tren real, como ya dijimos, llegó á

Estremoz á las seis de la tarde, no sin que antes y durante el camino, al atravesar por Evora, recordase nuestro ilustrado Monarca que aquella plaza fuerte, capital de la provincia de Alentejo, situada en medio de una riente campiña cubierta de naranjos, de olivos y de higueras, fué la antigua Ebora erigida en municipio por Julio César con el nombre de *Liberakitas Julia*; que en ella se conservan numerosas antigüedades de su esplendor pasado, entre otras, las ruinas de un templo de Diana y el acueducto atribuido á Sertorio; y que á su iglesia catedral, á su biblioteca y á su museo pertenecían muchos de los objetos que atrajeron sus miradas en la Exposición retrospectiva.

Al llegar el real convoy á Estremoz, después de recibir SS. MM. á los individuos de la Cámara municipal y Autoridades, ocuparon los carruajes, guiando galantemente el Rey de España el que conducía á la Reina de Portugal.

A las dos de la tarde del día 17 partió

para *a Tapada* el numeroso cortejo que seguía á los Reyes de España y Portugal, el Príncipe y el Infante D. Augusto, para tomar parte en la lucha venatoria. La Reina Doña Cristina no pudo asistir por haberse quedado en el Palacio con una ligera indisposición de garganta. Al lado del carruaje de la Reina de Portugal iba el Rey D. Alfonso en un hermoso caballo árabe, el Príncipe D. Carlos y el Infante D. Augusto. Al llegar á San Eustaquio dejaron todos carruajes y caballos para distribuirse en los puestos de espera. Las damas dirigieronse también armadas de escopetas á los que se les destinaron, y comenzó la primera batida, en la que murieron pocas piezas. La Reina y las damas retiráronse después á Palacio, tanto por lo desapacible de la tarde, como por hacer compañía á la Reina de España, y los cazadores dieron la segunda batida, en la cual se indemnizaron con creces de la primera, pues el ganado parecía haberse reunido todo en aquel momento.

Viéronse rebaños de más de 500 cabezas, y aunque no todas se pusieron á tiro, murieron en aquella cacería más de 40 piezas. El Rey D. Alfonso mostró en aquella ocasión sus grandes cualidades de tirador, así como el Príncipe Real portugués.

Por la noche, en el *jantar* de despedida, el Rey de Portugal brindó por los Reyes de España, y D. Alfonso por los portugueses y Real familia, mostrándose vivamente agradecido á las repetidas pruebas de cariño que le habían dispensado, y á la afectuosa recepción del pueblo portugués.

Una banda militar tocó repetidas piezas durante la comida; y después de ella improvisóse un pequeño sarao, en el cual el Rey D. Luis tocó el violoncello con gran perfección, acompañado al piano por el señor Conde de la Torre; y el Secretario de S. M., señor Conde de Morphi, tan conocido en el mundo artístico por sus composiciones musicales, ejecutó también al piano, por indicación de S. M., alguna de ellas.

A las ocho de la mañana del siguiente día salieron los Reyes de España con dirección á Elvas, habiendo sido la regia despedida, tierna y afectuosa. Los dos Reyes estuvieron algún tiempo abrazados en la puerta del Palacio, lo mismo que las Reinas; y después, ocupando los carruajes, volvióse el Rey de Portugal para Estremoz, siguiendo los de España para Elvas, donde llegaron á las diez de la mañana. Bien pronto, después de despedirse de las autoridades portuguesas que hasta allí habían llegado, dejaron aquella antigua población fronteriza de Portugal, considerada como la plaza más fuerte del Reino, y que defendida por tres escarpados cerros fortificados que se agrupan con el que sirve de asiento á la ciudad, lleva en su nombre de Elvas ó Yelves identificado con el bretón *huel-va* (población de las alturas) su propio significado (1). El tren emprendió su rápida marcha, y bien pronto nos hallamos de nuevo en el

(1) Fita, obra citada.

territorio de la patria querida, siendo acogidos SS. MM. en todas las estaciones del tránsito con las mayores muestras de amoroso entusiasmo. Al pasar por delante de la célebre Emérita Augusta, hoy Mérida, capital de la antigua Lusitania, fundada por los soldados *eméritos* de César y de Augusto, llamó S. M. la atención de los que le seguían hacia los colosales arcos del roto acueducto romano, que según la comparación de un poeta extremeño, parecen, destacándose sobre el horizonte, la destrozada osamenta de un gigante. Gloriosos recuerdos despertó también en el regio viajero la antigua *Metellinum*, hoy Medellim, famosísima patria de Hernan-Cortés; y luego Ciudad-Real, sede episcopal del territorio que fué de los Oretanos, cuya fundación recuerda la energía de castellanos y leoneses que, vencidos en Alarcos y repuestos de su derrota, fundaron á Villa-Real, ciudad más tarde; y más adelante Mora de Toledo, última población de la antigua Celtiberia en el límite

con la Carpetania; y el castillo visigótico de Almonacid de Toledo; y los desnudos campos de Esquivias, immortalizada por Cervantes; y Torrejón de Velasco, célebre por las prisiones y desgracias de los Duques de Osuna y de Uceda; y Getafe, con sus memorias de la ignorada infancia del vencedor de Lepanto; llegando de nuevo al mediar la noche á la estación de Madrid, donde los esperaban Ministros, Cuerpo diplomático, autoridades, corporaciones, altos dignatarios de Palacio y numeroso pueblo que, á pesar de lo avanzado de la hora, acudió á dar la bienvenida á sus queridos monarcas, y poco después al regio alcázar de sus antepasados (1).

(1) Los Reyes de España, antes de abandonar la capital del Reino lusitano, entregaron 4.000 duros para que se repartiesen entre la servidumbre del Palacio de Belén; otros 4.000 para los pobres de este barrio; 1.000 para la servidumbre del Palacio de Villaviciosa, y 6.000 reales para los seis marineros de la falúa que estuvo al servicio de las Reales personas, además de muchas limosnas particulares que hicieron á personas necesitadas.

ÍNDICE.

	Páginas.
DEDICATORIA.....	5
CAPÍTULO I.—De Madrid á Lisboa.	7
CAP. II.—Recepción en Lisboa el día 10. —Lisboa.—Gran comida en el Pala- cio de Ajuda.....	37
CAP. III.—Día 11 de Enero.—Almuerzo en la Legación española.—Carreras de caballos.—Visita á las Caballeri- zas Reales y al Monasterio de los Je- rónimos y Torre de Belén.—Gran baile en el Palacio de Ajuda.....	109
CAP. IV.—Día 12.—Inauguración de la Exposición de Arte retrospectivo.— Primeras <i>touradas</i> .—Función regia en el teatro de San Carlos.	125
CAP. V.—Día 13.—Expedición á Cintra. —Fuegos artificiales en el Tajo. ...	199
CAP. VI.—Días 14 y 15.—Gran revista militar.—Baile de la Asociación de comercio.—Paseo fluvial.—Segunda	

<i>touyada</i> dispuesta por el Sr. Alfredo Anjos.—Función en el teatro de Doña María.....	217
CAP. VII.—Día 16.—Salida de Lisboa para Villaviciosa.—Cacería Real.—Despedida.—Llegada á Elvas.—Regreso á Madrid.....	235



